

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

Luis Carlos Lapuente

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

A Juan y Azu

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

INDICE

1 – La Universidad	11
2 – El Vaticano	29
3 – Llamada a Julián	39
4 – En Roma	53
5 – De vuelta a casa	71
6 – El líder	85
7 – El descubrimiento	98
8 – Las tarjetas	113
9 – Dos Cardenales en Madrid	126
10 – La determinación	151
11 – La manifestación	167
12 – Marini y Elena	182
13 – En la celda	204
14 – El final	217
15 – Hasta hoy	232

Improntuario de una crisis de fe

Improntuario de una crisis de fe

A nadie se le escapa que la transición a la democracia fue un duro golpe para el Ejército y sobre todo para la Iglesia. Pasaron de tener un poder casi absoluto a ser instituciones relegadas a un segundo plano. Y eso duele. Y como cualquiera de nosotros cuando nos quitan lo que más queremos, ellos también intentaron en más de una ocasión recuperar la supremacía arrebatada entre urnas y escaños de piel azul y marrón y no tuvieron reparo en usar cualquier método a su alcance. El instinto atávico de ambas instituciones, su miedo a la incertidumbre y los intereses creados se aliaban todos en su causa frente a la aceptación de cualquier novedad.

A mediados de los ochenta, cuando ocurrió esta historia, la sociedad española era un hacinamiento de corrientes de pensamiento, de creatividad y de eclecticismo y vivía en una democracia joven, muy joven e inexperta, y expuesta a todo tipo de amenazas de descerebrados reaccionarios que no estaban

Improntuario de una crisis de fe

dispuestos a asumir que sus vidas valían lo mismo que las de los demás. Pero también era un campo que había estado en barbecho durante cuarenta años y eso permitía tener una tierra en perfectas condiciones para esparcir las semillas de cualquier avance social y político para que germinaran de una forma rápida y se enraizaran profundamente en la sociedad civil.

Improntuario de una crisis de fe

1 - La Universidad

Las clases de Don Julián siempre estaban abarrotadas. La clase de Sociología de la Religión hasta poco antes sólo era frecuentada por unos pocos empollones, pero en aquel curso de 1985-86, con el cura rojo, como así le llamaban en la Complutense, eran un hervidero de estudiantes y de oyentes.

La verdad es que no sé cómo le permitían a Don Julián dar clases de esta asignatura. Don Julián. Siempre me ha chocado el que a los curas haya que llamarles de “Don”. No sé qué tienen ellos que no tengamos los demás. Y menos Don Julián. Bueno, Julián. Me extrañaba que le dejaran dar clases, especialmente teniendo de compañero a Manuel Fraga, que era catedrático de Teoría del Estado y Derecho Constitucional. Parece mentira que se llevaran tan bien. Oír una

Improntuario de una crisis de fe

discusión entre ambos era asistir a un combate dialéctico del que nunca salía nadie ganador, a excepción del contratista de la cafetería de la facultad de Políticas, porque esos debates duraban varias horas y aún más cafés, consumidos tanto por Julián y Fraga como por los que les escuchábamos fascinados.

Me llamo Carlos y soy amigo de Julián desde que éramos críos. Él siempre fue un tipo muy peculiar, nada al uso de los chavales de finales de los sesenta y primeros setenta. La mayoría solíamos jugar al guá, al escondite o al *Llanero Solitario*, pero Julián prefería leer, ir al cine y hablar. Lo que más le gustaba del mundo era hablar. Con todo lo desgarbado que era, tenía una energía envidiable. Ya desde chavales tuvo esa cara aguileña que me recordaba siempre al *Caballero de la mano en el pecho*; dicen que *El Greco* pintaba así sus retratos porque era astigmático, pero yo creo que se inspiraría en algún ascendiente de Julián. Tanto su padre como su abuelo, según yo los recuerdo, tenían la nariz larga y afilada como un estilete, la cara delgada y alargada, casi con forma de melón, las orejas de soplillo y los dedos de las manos el doble de largos que la palma. Julián era igual,

Improntuario de una crisis de fe

pero aún más desgarbado y con la barba tan larga que traía de cabeza al Arzobispo, que estaba siempre discutiendo con él de todo, empezando por su barba, ya canosa a los veintiséis.

El Arzobispo ya no sabía qué hacer con él. Siempre estaba intentando aleccionarle en la doctrina más pura de la Iglesia, pero Julián no consentía en predicar y enseñar algo en lo que no creía. Había muchos “*curas rojos*” por los barrios marginales y en algunos pueblos, pero creo que ninguno como Julián. No sé si por la trascendencia que tenían sus enseñanzas o quizá por lo radicales que eran en aquel momento, pero el Arzobispo estaba desesperado, o eso me contaba Julián entre risas.

Un día fui a una de sus clases de oyente, para intentar comprender qué es lo que tenían de especial. No es que diera sermones en contra de la religión ni nada parecido. Lógicamente un cura no va a hacer eso, pero su forma de entender el papel de la religión en la sociedad no era muy habitual en esos primeros años de la democracia y mucho menos por parte de un sacerdote católico. Ya sé que diez años antes serían

Improntuario de una crisis de fe

impensables y que a mitad de los ochenta se permitía de todo, que pasamos de la introspección más absoluta al todo vale y si es raro y poco ortodoxo, mejor que mejor. Pero lo de Julián no iba por ahí. Eran ideas muy elaboradas, con mucho criterio de base y que eran difíciles de rebatir, incluso para el mismo Manuel Fraga.

— Hoy vamos a hablar de los padres de la sociología y de cómo veían ellos el papel de la religión en la sociedad —empezó Julián a introducir la clase mientras encendía un cigarrillo. En aquellos años aún se permitía fumar en casi cualquier sitio—.

» Marx decía que la religión era el opio del pueblo, que cumplía una función social, si bien desaprobaba sus fundamentos. Creía que la religión era la respuesta espiritual a la condición de alienación de las clases oprimidas, instrumentalizada para sostener las ideologías y sistemas culturales que favorecen el capitalismo opresivo.

» Por su lado Durkheim pensaba que la religión no es meramente imaginaria: en tanto que expresión social, la religión es un fenómeno real y tangible y no existe ninguna sociedad sin

Improntuario de una crisis de fe

religión. Para Durkheim, percibimos en tanto que individuos la existencia de una fuerza más poderosa que nuestras propias individualidades. Esa fuerza es nuestra dimensión social a la que le atribuimos un rostro sobrenatural. Esto nos conduce a expresarnos religiosamente de manera colectiva acrecentando a su vez ese poder simbólico. La religión sería así la expresión de la conciencia colectiva, o si se quiere, la fusión de nuestras conciencias individuales que se fragua, ella misma, una realidad propia.

» Para Weber la religión tiene poder suficiente para construir la representación que un individuo se hace del mundo. Esa representación afecta a su vez la percepción de sus intereses y en definitiva el curso de sus acciones –con esta escueta introducción, Julián daba por terminada su aportación teórica mientras encendía su segundo cigarrillo–.

» Bueno, lo demás que queráis saber, ya sabéis, id a la biblioteca, compraos libros o pedid los apuntes a los alumnos del profesor Pérez. Ahora vamos a lo interesante. ¿Quién está de acuerdo con alguno de estos autores?

Así empezaba un animado debate en el que se

Improntuario de una crisis de fe

hablaba de todo y se daban todo tipo de opiniones. Julián, sentado encima de la mesa del profesor, prácticamente no tenía que hacer de moderador porque aquí todos se respetaban y todos se escuchaban. No intentaba aleccionar pero por supuesto daba su opinión como los demás. Y aquí es donde venía el problema, pues sus opiniones no iban muy al hilo de la doctrina oficial de la Iglesia. En el debate hablaba de la rémora que ha representado la religión en la historia de la humanidad aunque reconocía que muchos de los grandes avances han sido apadrinados por la Iglesia o por los gobernantes musulmanes, pero en su balanza no ganaba precisamente la religión. Y cuando hablaba de la Iglesia Católica en la España de Franco, se le comían los demonios.

— ¿Por qué crees que me he hecho cura? — me preguntaba después de su clase en la cafetería de la Facultad, delante de un café sólo bien cargado, su principal vicio además del tabaco. Siempre se le podía ver con un *Tres Carabelas* sin filtro en la boca. En la clase, en el quinto cigarrillo ya dejé de llevar la cuenta—. La Iglesia de Franco, porque no se le puede llamar de otra manera, ha sido el mayor lastre para el

Improntuario de una crisis de fe

avance de este país en toda su historia.

- Hablas ya como Carrillo o como Felipe – le decía yo para intentar fastidiarle–.
- No me vas a chinchar Carlos. Además Felipe o Carrillo son personas con las que seguro que se puede hablar sin tapujos. Cada vez que hablo con el Arzobispo intento medir mis palabras, pero todavía es peor. Le digo cosas que aún le caborean más, pero es que es superior a mis fuerzas –decía mientras encendía otro cigarrillo y pedía un café–. Si es que mis jefes son lo más retrógrado y reaccionario que he conocido en los días de mi vida. A ver si hacen Arzobispo a Manuel Heredia, que por lo menos es una persona un poco más abierta y, aunque no comparte mis ideas, por lo menos me respeta.
- No te enfades conmigo. Ya sabes que lo decía para jorobarte y que pienso como tú. Pero claro, yo no soy cura y a mí no me lo tienen en cuenta mis compañeros del partido.

En cuanto legalizaron el Partido Comunista, en el 77, me afilié con sólo dieciocho años. En su día fui el afiliado más joven y desde que ingresé en el partido intenté que Julián se viniera conmigo, pero él pensaba que desde dentro de la Iglesia

Improntuario de una crisis de fe

podía hacer más por los demás. Y el tiempo le estaba dando la razón. Yo me limitaba a escribir artículos en *El País* y entonces estaba con otros compañeros intentando sacar adelante el proyecto de un semanario progresista, más a la izquierda que Felipe, que duró unos cuantos años en el panorama editorial. En cambio Julián estaba educando en la tolerancia a miles de jóvenes, que en el futuro serían los políticos en España. Da igual de qué tendencia, pero por lo menos no serían tan intolerantes como lo eran los de entonces.

Estuvimos tomando café, fumando y charlando hasta que nos echaron de la cafetería. Yo creo que es lo que más le gustaba a Julián. Hablar, hablar y hablar. De cualquier tema, pero especialmente de lo que debería de ser la Iglesia en la sociedad actual. Según él, tendría que ser simplemente una entidad de ayuda a los necesitados y de orientación espiritual, pero nada más. Y mucho menos dedicarse a la política o a la economía. Y si hablábamos del Opus, le cambiaba la cara.

– No puedo soportar que por un lado estén hablando de buscar a Cristo en el trabajo y la familia y por otro estén acumulando riquezas y

Improntuario de una crisis de fe

poder y hayan hecho hace sólo diez años un santuario como el de Torreciudad, que parece más un centro de culto a la ostentación que a la Virgen –exponía Julián casi gritando y aplastando el cigarrillo contra el cenicero a golpes–. Y lo peor es que hay personas que les siguen como si fueran cabestros, sin ver lo que pasa a su alrededor. ¡No puedo soportar la moral del consumo ostentoso!

– Pero ¿tú estás seguro de que eres cura? –a mí lo que más me gustaba era sacar a Julián de sus casillas–.

– Venga, Carlos –dijo más pausado–, no vas a conseguir que entre al trapo. Pues claro que soy cura. Es la mejor forma de intentar hacer algo desde dentro, de que la Iglesia se dedique a lo que se tiene que dedicar, a ayudar y a predicar, a nada más. Yo me hice sacerdote porque creo en Dios y creo en una Iglesia que ayude a los más necesitados, que sea una referencia espiritual para quienes lo quieran, que predique lo que predicó Jesucristo, pero que no obligue a nadie a ninguna creencia, que no sea un poder fáctico, económico o político, que use sus recursos únicamente en el socorro y no en el enriquecimiento personal de sus dirigentes. Y

Improntuario de una crisis de fe

quiero aportar mi granito de arena para intentar conseguirlo. Pero no dudes que si no consigo nada siendo sacerdote lo intentaré de todos los medios posibles. Creo que es la misión que tengo en este mundo y es el sentido que le doy a mi vida y lo intentaré cumplir con todas mis fuerzas.

– ¡Joder Julián! ¡Vaya sermón me acabas de echar!

Así nos pasábamos los días. Uno de esos días vinieron a la cafetería unos alumnos suyos, a hablar con él. Se sentaron en nuestra mesa y estuvieron preguntándole sobre cómo iban a ser los exámenes.

– A mí me interesa más saber lo que pensáis que si sabéis lo que pensaban otros. Eso puede ser un punto de partida, pero quiero que penséis por vosotros mismos, que reflexionéis y que intentéis no repetir lo que otros han dicho, que digáis vosotros. Prefiero que no estéis de acuerdo con nadie, ni por supuesto conmigo, a que seáis el eco de otros. Quiero ver nuevas ideas, nuevas formas de entender la religión. Eso os ayudará a vosotros y me ayuda a mí –los alumnos lo escuchaban pasmados, como si les

Improntuario de una crisis de fe

hubiera hipnotizado. Yo también. Me daban ganas hasta de matricularme de nuevo en la universidad—. Como decía Bertrand Russell, la tiranía de la vasta maquinaria de las organizaciones, gobernadas desde arriba por hombres que apenas conocen ni se preocupan por las vidas de aquellos a quien dirigen, está aniquilando la individualidad y la libertad intelectual y forzando cada vez más a los hombres a amoldarse a un modelo único. Eso tenemos que cambiarlo entre todos. Hay que dedicar más energías en formar y hacer progresar la facultad de pensar, prescindiendo de su forma de aplicación.

Julián además de ser profesor era sacerdote y oficiaba en el Colegio Mayor Universitario San Juan Evangelista. Este colegio mayor era también conocido como el Johnny y como *el colegio de los rojos*. En los últimos años de la dictadura y los primeros de la transición allí se celebraban reuniones del Partido Comunista en la clandestinidad y conciertos de música “políticamente incorrectos”. Era por supuesto el colegio más abierto y progresista de los de la Ciudad Universitaria de Madrid, pero también el más feo, con una fachada de hormigón y uralita

Improntuario de una crisis de fe

que me recordaba a los grises barrios obreros del extrarradio de Dublín. Tenía un Club de Música y Jazz que organizaba conciertos durante todo el curso escolar, trayendo a los mejores jazzistas, bluesmen y flamencos; de hecho, en los primeros años de celebración del festival de jazz de Madrid, era éste su escenario principal. Era curioso ver cuando actuaba Camarón de la Isla cómo se llenaban el aparcamiento y los alrededores de flamantes Mercedes, a cada cual más grande, y el salón de actos de gitanos ensortijados y con unas cadenas de oro que deslumbraban al cantante cuando los focos apuntan a la sala de butacas.

Unos meses antes, esta sala de butacas saltó por los aires literalmente en un concierto del grupo *Los Elegantes*, con los colegiales y demás asistentes dando saltos encima de los asientos hasta que los destrozaron y hubo que sustituir las primeras seis filas por otras nuevas.

Todos los domingos Julián oficiaba una breve misa en la pequeña capilla del colegio –por llamarla de alguna manera, porque era una habitación con una mesa del comedor escolar a modo de altar y unas cuantas sillas de la sala de estudio anexa–. A continuación de la eucaristía

Improntuario de una crisis de fe

charlaba con los asistentes sobre la lectura del Evangelio hecha en la celebración. Por supuesto estas charlas no eran muy ortodoxas en lo que se refiere a la doctrina de la fe que marca la Iglesia, pero tenían mucha menos trascendencia que las clases de la universidad. Hasta que llegó Julián, la capilla del Johnny estaba siempre casi vacía, pero cuando entró en el colegio y se fueron comentando en el centro sus ideas y sus formas, domingo a domingo se había ido llenando hasta quedarse pequeña. Alguna vez incluso había oficiado en el salón de actos y allí se organizó algún multitudinario debate que duró hasta bien entrada la tarde. Y por supuesto Julián no paraba de fumar en ninguna de estas celebraciones.

A mí me gustaba ir al Johnny todas las semanas a ver a Julián, cualquier día a última hora. Vivía en el colegio y desde su habitación en la zona reservada para el equipo directivo, al lado del médico, preparaba sus clases y escribía sus artículos para el periódico del colegio. Al principio el periódico sólo se leía dentro del centro, pero desde que escribía Julián, los chavales tuvieron que aumentar la tirada y venían desde toda la Ciudad Universitaria a recoger sus ejemplares

Improntuario de una crisis de fe

gratuitos. En sus columnas, Julián hablaba de todo tipo de temas pero principalmente de lo que todo el mundo esperaba leer, del papel de la religión en la sociedad, no sólo de la católica y por supuesto hablando de todas las épocas. Sus artículos eran bastante críticos con el papel jugado por los dirigentes religiosos y de las atrocidades que se han cometido a lo largo de la historia en una u otra época en nombre de algún Dios, pero en todos los escritos siempre hacía una reflexión positiva sobre el futuro que él querría, aunque siempre se planteaba interrogantes sobre la posibilidad de que así ocurriera.

El caso de Julián claramente era un caso especial y nada habitual, pero cada vez eran más los que seguían sus clases, leían sus artículos y asistían a sus misas y también cada vez estaba ocasionando más revuelo entre sus jefes, los dirigentes de la Iglesia tanto en España como en el Vaticano.

Un día fui a tomar una caña al bar del colegio –al “*Fenicio*”, como le llamaban los colegiales, supongo que por lo tacaño que era– y allí estaba Julián con un grupo de chavales jugando una partida de mus, aunque la verdad es que pocos

Improntuario de una crisis de fe

órdagos y envites se escuchaban en la mesa y muchas críticas contra instituciones de todo tipo y también muchas ideas para el futuro. Creo que alguno de los chavales que estaba sentado a la mesa, o a sus alrededores, que eran muchos, ahora será dirigente de alguna de las instituciones a las que entonces criticaba. Parece mentira que chavales de veinte años tuvieran esa claridad de ideas y realizaran propuestas tan innovadoras.

– ¡Envido a grande! –dijo amenazante uno de los chavales mientras bebía un sorbo de cerveza, que le dejó su espesa barba con la espuma pegada y le hacía parecer un perro rabioso–.

– ¡Veo! –respondió el chaval de su derecha–. Lo que tampoco hay derecho es a lo de la Inquisición. ¿No predicaban la piedad y luego asesinaban sin compasión? Yo en el diccionario de sinónimos, al lado de *Intolerancia* pondría *Inquisición*.

– En eso estamos todos de acuerdo. No sé por qué dices eso ahora; es un tema que no tiene la menor discusión –respondió el de las barbas–. ¡Todas a chica!

Improntuario de una crisis de fe

– ¡Jugador de chica, perdedor de mus! –le dijo Julián–; ¡quiero! ¡Cuatro ases! Y no estés tan seguro de que el tema de la Inquisición no tiene discusión.

– Eso es verdad –interpeló uno de los chavales que estaba viendo la partida–. Yo creo que si no hubiera actuado la Inquisición, la Iglesia no hubiera tenido el poder que tuvo y no se habrían acometido muchas de las empresas que han revolucionado la historia. Y, contrario a lo que han difundido los enemigos de la Iglesia, la Inquisición fue diseñada para proteger al acusado, utilizando métodos de investigación justos y aceptables. La verdad es que fueron más las personas exoneradas que las condenadas.

– Yo creo que sí se habrían acometido todas esas empresas, pero no en nombre de Dios. Seguro que Colón hubiera ido a América, pero desde luego no se habrían matado tantos indios por seguir queriendo adorar a sus dioses – respondió el compañero de Julián en la partida de mus–.

– ¿Tú no opinas, Julián? –intervine yo–.

– ¡Pero qué chinche que eres, Carlos! – gruñó Julián entre risas–. Todos sabéis lo que

Improntuario de una crisis de fe

pienso de Tomasín de Torquemada y de sus acólitos, que no tenían la menor piedad en quemar a quienes no pensaran como ellos. Si no, preguntádselo a los cátaros. Pero si queréis, el domingo después de la misa organizamos un debate sobre el tema. Ahora me tengo que ir a preparar la clase de mañana –dijo levantándose de la mesa–.

Allí se quedaron los chavales en una animada discusión sobre el tema. Bueno, más bien fue un ataque contra el que estaba a favor de la Inquisición, que se defendió como gato panza arriba. El defensor de la Inquisición, al que todos llamaban Tole, era un chico de una edad indeterminada, con el pelo y la barba completamente blancos y que llevaba en el colegio desde que todos tenían memoria. Nadie sabía a qué se dedicaba porque supuestamente había terminado la carrera de sociología pero no se le conocía trabajo alguno. Era lo que allí se llamaba un subdirector de comunidad, que debía ser un colegial que hacía de enlace entre la dirección del centro y los residentes, uno por cada una de las tres comunidades, que eran grupos de dos pisos de habitaciones, aunque en realidad era un residente con una habitación

Improntuario de una crisis de fe

mucho más grande que las demás, diminutos espacios de unos seis metros cuadrados en los que cabían a duras penas una cama, un armario, un lavabo y el escritorio.

El debate del domingo prometía estar muy animado; a Tole se le habían unido unos cuantos chavales, aunque yo creo que más por animar el cotarro y tocar las narices que por convicción en sus argumentos.

2 - El Vaticano

En el despacho del Cardenal Marini había una animada discusión. Estaban hablando de Julián, de sus ideas y de su cátedra en la Universidad Complutense. El Cardenal era un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado como Julián, con una hechura similar, Si se dejara barba, casi podría confundirse con él, pues aparenta una juventud y una energía nada habitual en un hombre de su edad. Era el único que comprendía las ideas y la forma de inculcarlas que tenía el *“parroco rosso”*. Con él estaban hablando el Cardenal Rosini, responsable en El Vaticano de la Doctrina de la Fe y el Cardenal Scciola, responsable de Educación Católica. Marini era el Secretario de Estado de Asuntos Generales, uno de los colaboradores directos del Papa Juan Pablo II, como el vicepresidente del Gobierno podríamos decir.

Improntuario de una crisis de fe

El despacho era muy amplio, presidido por una fotografía del Papa y un gran crucifijo. Tenía un gran ventanal desde el que se divisaba la plaza de San Pedro, viéndose toda la columnata de Bernini. En las paredes se agolpaban las estanterías repletas de libros antiguos y archivadores con legajos y expedientes desde la temprana Edad Media hasta hoy en día. Marini era un fanático de los escritos antiguos y siempre estaba intentando descubrir algo que diera un rumbo nuevo a la historia. Estaba mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos, con las manos a la espalda mientras Rosini y Sciola lo miraban pacientemente.

– No sé, quizá estemos haciendo una montaña de un grano de arena –Marini pensaba en voz alta–. Siempre ha habido curas que se han salido algo de la doctrina marcada por su delegación, Rosini.

– Ya lo sé eminencia, pero yo creo que Julián Luna se está pasando. Ya no es que no predique o enseñe conforme a la Doctrina de la Fe, sino que es abiertamente contrario a toda la historia de la Iglesia y especialmente a la de España durante el mandato de Franco.

Improntuario de una crisis de fe

– Y yo lo entiendo –respondió Marini para sorpresa de sus contertulios–. Convendrán conmigo en que en estos años se han hecho muchas barbaridades en nombre de la Iglesia, especialmente durante la guerra y en los años cuarenta. También es cierto que no es un cura la persona más indicada para emitir esas críticas y mucho menos para encabezar un movimiento en contra.

– Todavía no ha comenzado ese movimiento, pero estoy seguro de que como no hagamos algo pronto se nos escapará de las manos. Especialmente en la Universidad Complutense de Madrid, en la que ahora empieza a haber muchos grupúsculos izquierdistas que, como se unan, van a generar como mínimo una duda en la sociedad española de la que no saldrán alabanzas para nosotros, eso seguro –apuntó Sc-ciola, que conocía muy bien el funcionamiento de los grupos en las Universidades–. Y si uno de los cabecillas de ese movimiento es un sacerdote, podemos tener problemas hasta con el Gobierno de España y más ahora que están los socialistas en el poder y estamos en negociaciones con ellos.

– Tienen ustedes razón. Aunque no me

Improntuario de una crisis de fe

parezcan tan descabelladas las ideas de nuestro curita hay que atajar esto rápidamente, antes de que no tenga remedio. Ahora si me disculpan, querría estar a solas para pensar qué hacer con este asunto.

Rosini y Sc-ciola salieron del despacho de Marini yéndose cada uno por su lado, sin despedirse siquiera. No se tenían mucho afecto y, a pesar de estar de acuerdo en este asunto, habían tenido muchas desavenencias en el pasado. Cuando Juan Pablo II fue elegido Papa en el 78, Rosini se quedó a las puertas de ser él quien ocupara el trono de San Pedro. Desde luego mejor que fuera así, aunque no sea más que por su aspecto, bajito y rebotudo, la cabeza redonda y casi calva y un bigotito muy fino que recordaba a algún personaje siniestro que ahora no acierto a nombrar.

Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero él estaba seguro de que fue Sc-ciola el que con su voto negativo impidió que así sucediera. Rosini tenía muchos adeptos y muchos detractores, pero no dejaba indiferente a nadie. Era bastante fundamentalista en lo que a la doctrina de la fe se refiere, quizá demasiado para los tiempos que corrían y para los gustos del Papa, pero Karol

Improntuario de una crisis de fe

Wojtyla quiso ponerlo como responsable de la Doctrina de la Fe para tenerlo controlado ya que tenía muchos seguidores en la jerarquía de la Iglesia y no quería problemas internos.

En cambio Sc-ciola, un siciliano que bien podría pasar por un capo de la mafia, era mucho más del gusto del Papa y por eso lo puso en Educación Católica. Está claro que ambas delegaciones –o ministerios como le gustaba decir a Wojtyla– tienen mucho en común y a veces había competencias que se solapaban, lo que originaba muchas disputas y disentimientos entre Rosini y Sc-ciola. Muchos pensaban que el Papa estructuró su Gobierno así en la confianza de que Sc-ciola se impusiera y se relegara a Rosini a otros trabajos puramente administrativos por su propia voluntad, para así quitárselo de en medio sin ponerse en contra sus seguidores.

En el asunto de Julián estaban de acuerdo en que había que pararle los pies, aunque por motivos diferentes. Parecía ser que a Rosini le salía una cana verde cada vez que alguno de los soldados de a pie –como él llamaba a los sacerdotes– se salía lo más mínimo de su línea marcada a la hora de adoctrinar, o más bien, de amaestrar a las masas para que siguieran a pies

Improntuario de una crisis de fe

juntillas sus dictados, mientras que Sc-ciola era mucho más transigente y tolerante, pero sabía que el ejemplo de Julián iba a ser perjudicial y se podría extender como la pólvora en España, que en estos últimos años se encontraba en una época de cambio y todo lo que fuera romper con lo anterior se consideraba lo mejor y más adecuado para la nueva sociedad. Él sabía que Julián no era profesor de religión sino de sociología y no tenía competencia directa en su enseñanza, pero sí la tenía el Vaticano en el ejemplo que estaba dando y consideraba conveniente atajarlo antes de que fuera peor.

Mientras tanto, Marini seguía mirando por la ventana de su despacho a la columnata de Bernini pensando qué hacer con Julián. En condiciones normales esta situación no hubiera pasado de una mera anécdota, pero precisamente ahora que la Iglesia estaba en negociaciones con el Gobierno de González para firmar unos Acuerdos jurídicos y docentes, no era conveniente que este tipo de actitudes tomaran relevancia.

Marini estuvo con Juan Pablo II en su visita a España tres días después de que Felipe ganara sus primeras elecciones y todavía no se había

Improntuario de una crisis de fe

ahondado tanto en la separación de la Iglesia y el Estado. Esta visita fue bastante cordial y guardaba un muy buen recuerdo de España, pero ahora las cosas habían cambiado en unos pocos años y se notaba bastante hostilidad hacia la Iglesia tanto en el Gobierno como en la sociedad. Por eso tenía que ir con pies de plomo en este asunto y no quería precipitarse en tomar una decisión que generara más problemas que beneficios.

Incapaz de tomar una decisión, Marini salió a pasear por los jardines vaticanos, una de sus aficiones que más le relajaban. Solía sentarse a meditar debajo del monumento a San Pedro, centro geográfico del Estado Vaticano destinado en un principio a conmemorar el Concilio Vaticano I sobre la colina del Gianicolo y después colocado en el Vaticano, primero en el patio de los Museos, actualmente detrás de la Basílica Vaticana. Ahí y en soledad solía encontrar respuestas a muchas de las preguntas que se planteaba, sobre todo de las referidas a su relación con Dios y con los hombres, pero sabía que esta vez iba a ser difícil solucionar el espinoso asunto de Julián, especialmente cuando pensaba que casi lo envidiaba, que si

Improntuario de una crisis de fe

estuviera en su lugar actuaría de la misma manera, que los alumnos de Julián eran afortunados por tener a alguien que les enseñara a pensar por sí mismos, sobre todo en temas de religión. Él había tenido que aprender a pensar muchos años después de que le inculcaran las ideas católicas desde su infancia, en el seno de una familia excesivamente tradicionalista y nunca había tenido alguien cerca con la amplitud de miras de Julián que le ayudara a comprender lo que había fuera de su estrecho círculo.

Marini quería encontrar una solución al problema sin entrar en contradicción consigo mismo y contentando al resto de la jerarquía vaticana, pero no sabía muy bien qué hacer y era consciente de que el tiempo corría en su contra. Cuanto más tiempo estuviera Julián dando clases en la Universidad, más probable sería que se integrara dentro de los movimientos que estaban surgiendo entre el alumnado de las diferentes universidades madrileñas y que ya se estaban empezando a organizar. Si esos movimientos se concentraban en un solo grupo y entre sus organizadores estaba un sacerdote, el impacto que tendría en la sociedad sería tremendo y desde luego nada positivo para la Iglesia. Tenían

Improntuario de una crisis de fe

que intentar atajar todas estas corrientes de pensamiento.

Al día siguiente volvió a llamar a Sc-ciola y a Rosini a su despacho.

– ¿Qué proponen ustedes que hagamos en el asunto del Padre Julián Luna?

– Yo lo excomulgaría y que así sirva como ejemplo de la mano firme de la Iglesia –dijo tajante el Cardenal Rosini–.

– Sabía que iba a decir eso –interpeló Sc-ciola–. Si lo excomulgáramos más que de mano firme sería un ejemplo de intransigencia de la Iglesia. ¿No les parece?

– Y si no lo hiciésemos sentaría un precedente negativo y esto se repetiría por doquier, señores –se defendió Rosini–.

– ¿Y no sería mejor intentar que se retirara de la docencia sigilosamente, sin hacer ningún tipo de ruido ni dar opción a un escarnio público, que es lo que pasaría con una excomunión? –propuso Sc-ciola en un tono moderado–. Además, no sé porqué tiene usted tanto interés en deshacerse del Padre Luna.

Improntuario de una crisis de fe

- Es un cáncer que debe ser extirpado antes de que se extienda y se convierta un problema para nuestros intereses.
- ¿Qué intereses?
- Los de la Iglesia en España, Excelencia. Esto no puede seguir así y algo hay que hacer.

Marini escuchaba mirando por la ventana, con las manos a la espalda, como hacía siempre. Rosini y Sc-ciola lo miraban como esperando una intervención por su parte, pero ésta se hacía esperar. Mientras, los dos seguían discutiendo, cada uno enrocándose en su postura, sin dar a torcer ni un ápice su brazo. Al cabo de un rato en esta situación, Marini intervino.

- Les he estado escuchando a los dos exponiendo sus encontradas posturas y sigo sin ver la solución. Creo que lo mejor de momento va a ser llamar a consulta al Padre Luna, para que nos exponga su forma de ver la religión, la enseñanza y los movimientos que se están produciendo en España en un sentido u otro.

3 – Llamada a Julián

A los pocos días vino a visitarme Julián al despacho desde el que escribía mis artículos y en donde estábamos montando las oficinas de una nueva revista progresista desde la que poder dar cabida a todas aquellas personas críticas con la sociedad en que vivíamos, desde un punto de vista afín al partido. La redacción de momento la teníamos en un piso de techos altos bastante destortalado, alquilado en la Plaza del Ángel, encima del *Café Central*, donde nos solíamos juntar a ver alguna de sus actuaciones diarias. Siempre que tocaba Javier Krahe nos sentábamos a tomar una copa mientras oímos esas poesías surrealistas que tanto nos gustaban.

Estaba escribiendo un artículo para *El País* sobre la recién aprobada ley de educación, la famosa

Improntuario de una crisis de fe

LODE –famosa en aquellos días, porque después de ésta han venido otras, cada vez más polémicas y que han supuesto continuos avances y retrocesos en la educación de nuestro país– intentando poner un poco de juicio en el agrio debate nacional que se había abierto, cuando Julián entró como una exhalación en mi despacho, agitando un papel en lo alto de su mano, mientras en la otra por supuesto llevaba un *Tres Carabelas*.

- ¡Ya sea liado Carlos! –fue el saludo de Julián–.
- ¿El qué se ha liado?
- Mira la carta que me ha llegado de Roma –me dijo entregándome un sobre con el escudo vaticano–.
- ¿Qué, ya te llaman al orden?
- Sí. Lo que me extraña es que me llamen directamente desde El Vaticano. Lo que dicta el protocolo es que primero sea el Arzobispo o el Nuncio.
- ¡Pero si el Arzobispo ya está harto de hablar contigo! Además, estarás de acuerdo conmigo en que tu caso está traspasando los

Improntuario de una crisis de fe

límites de la Iglesia y ahora que están a punto de firmar los Acuerdos con Felipe eres una china bien gorda en el zapato de quien te haya llamado –le dije reflexionando–.

- Marini
- ¿Qué?
- Cardenal Silvio Marini –repitió Julián–. Es el Secretario de Estado de Asuntos Generales de El Vaticano. La mano derecha del Papa. Es quien firma la carta.
- ¡Vaya! No se andan con chiquitas, ¿eh?
–le dije mientras abría la carta–.

«Roma, a 13 de noviembre de 1985

Estimado Padre Julián Luna:

Por la presente le convocamos el próximo día 10 de diciembre a personarse en mi despacho, a las 09:00 h., para tratar de su actitud e ideas a la hora de impartir clase en la Universidad Complutense de Madrid, escribir en el periódico del Colegio Mayor en el que usted es el Responsable Religioso así como de la celebración de la Eucaristía y los debates que modera en dichas

Improntuario de una crisis de fe

celebraciones.

Mientras tanto, le agradecería que en sus clases se limitara a una exposición objetiva del temario señalado por los planes de estudio y en el Colegio se limitara a celebrar la Eucaristía con un breve sermón carente de opiniones personales y ajustándose a la Doctrina de la Fe marcada por la Iglesia.

Sin otro particular, le saluda atentamente,

Cardenal Silvio Marini

Secretario de Estado de Asuntos Generales.

El Vaticano»

- Escueto pero contundente, ¿no te parece? –preguntó Julián–.
- ¡Casi da miedo!
- Marini no me da miedo. El que me da miedo es otro Cardenal que seguro está en el ajo. El Cardenal Rosini, el delegado en Doctrina de la Fe. Si estuviéramos en la Edad Media seguro que él sería el Inquisidor General. Si por él fuera, me ataría a un palo rodeado de paja y ramas y él mismo encendería el fuego –se lamentó Julián–.

Improntuario de una crisis de fe

- ¡No será para tanto! –no me daba para más que para hablar con exclamaciones. Todavía no me había formado una opinión sobre la situación de Julián–.
- Por lo menos espero que esté también el Cardenal Scciola. Es el responsable de Educación Católica. No es mi jefe directo pero creo que tendrá algo que decir.
- ¿Por qué no es tu jefe directo si es responsable de educación?
- De educación religiosa. Y yo imparto sociología de la religión en una Universidad que no depende de la Iglesia. No tienen potestad para apartarme de esta cátedra ya que la tengo en propiedad por oposición, pero si no me avengo a sus instrucciones estoy seguro que me podrían apartar del sacerdocio.
- Pues, ¿qué quieres que te diga? Creo que es lo mejor que te podría pasar –le dije, arrepintiéndome según lo estaba diciendo–.
- ¡Te has pasado Carlos! Yo pensaba que sabías que el ser sacerdote es muy importante para mí –me dijo según me quitaba la carta de las manos y se dirigía hacia la puerta–.

Improntuario de una crisis de fe

- ¡Perdona Julián! ¡No te enfades! Ya sé que es muy importante para ti. Yo lo que quería decir es que así serías más libre para ejercer la enseñanza.
- ¡Parece mentira que no me conozcas, Carlos, joder! –gritó Julián, que nunca decía una palabra más alta que otra–. Ya me siento totalmente libre enseñando y no lo sería más fuera de la Iglesia. Además no es lo único para mí. También me reconforta impartir misa, debatir con los chavales e intentar educar en la fe, al menos según la entiendo yo. ¡Eres la única persona a la que le he enseñado la carta, pero veo que me he equivocado! –dijo saliendo por la puerta–.

No supe reaccionar. Lo que tenía que haber hecho era salir corriendo detrás de él y pedirle disculpas, invitarle a un café y hablar del tema, pero me quedé tan descuadrado que no tuve ni la rapidez ni la perspicacia necesarias. Nunca había visto a Julián tan enfadado ni hablar de una forma tan vehemente; esta situación le estaba empezando a afectar mucho y no supe animarle. Él siempre me había apoyado incondicionalmente en cualquiera de los múltiples enredos y caos en los que me veía involucrado

Improntuario de una crisis de fe

tan a menudo. Aún recuerdo cuando me detuvieron por orinar borracho en la puerta de la futura catedral de La Almudena, aún en construcción, y Julián vino a sacarme del calabozo. Ya había sido ordenado sacerdote y ni siquiera me preguntó porqué lo había hecho, ni puso una mala cara; se limitó a llevarme a casa y meterme en la cama.

Recuerdo especialmente cuánto me apoyó cuando decidí afiliarme al Partido Comunista. Mis padres, a pesar de su pasar tan humilde y de vivir en un barrio casi marginal, tenían una muy arraigada visión tradicional y religiosa de la vida y eran de pareceres bastante contrarios a las ideas del partido, por decirlo de una manera casi eufemística. Julián, que por aquél entonces estaba en el seminario interno, salió una noche para venir a dormir a mi casa y hablar con mis padres; el hecho de que un chaval que iba para cura les hablara de las bondades y de la generosidad de las ideas comunistas y de su similitud con lo que él predicaba, dejó encandilados a mis padres. La verdad es que cuando oí el discurso que les plantó encima de los postres me dieron ganas hasta de alistarme en el *“Partido de Dios”*, como así llamaba

Improntuario de una crisis de fe

entonces Julián al sacerdocio.

No sabía en qué acabaría la reunión en El Vaticano, pero estaba seguro de que para Julián sería un mal trago. Por mucho que se dijera libre en todos sus actos, tanto enseñando como ejerciendo el puro sacerdocio, yo sabía que no sería plato de gusto para él estar en el despacho más alto de la jerarquía católica para recibir un rapapolvo e intentar justificar todos y cada uno de sus actos.

Estuve indagando sobre los Cardenales que me había nombrado y comprobé que tenía razón. Si por Marini y Sc-ciola fuera, supuse que reconduciendo un poco su actitud o simplemente con que no trascendiera, sería suficiente. Pero con Rosini seguro que lo iba a pasar mal. En lo que llevábamos de año había excomulgado a treinta y seis sacerdotes, degradado a siete obispos y retirado de la vida pública a más de doscientos religiosos. Era un fundamentalista que hubiera sido capaz de convocar la novena cruzada para combatir a los comunistas, francmasones y socialdemócratas.

Me quedé bastante deprimido. Julián era mi mejor amigo, casi mi hermano, y me sentía

Improntuario de una crisis de fe

culpable por haberle hecho sentir mal y porque se hubiera enfadado conmigo. No era una persona que se enfade fácilmente, así que le debí de herir en lo más profundo, aunque realmente pensara lo que le dije y él lo sabía. Además, creo que no estaba del todo en desacuerdo conmigo. Era un luchador por sus ideales, por intentar hacer de éste un mundo mejor, por ayudar a los demás y por sentirse bien y hacer sentirse bien a los demás a través de la oración y los valores humanos. Exactamente lo mismo que yo –salvo por lo de la oración, claro está–. Yo lo trataba de hacer desde la política y el periodismo y él lo intentaba desde la Iglesia. Dentro de esa institución que yo tanto detesto él estaba completamente encorsetado y con las manos atadas para poder hacer lo que pretendía, si bien es cierto que si hubiera conseguido cualquiera de sus objetivos, habría dado un paso de gigante.

Me hubiera gustado poder ayudarle en este mal trago que tenía que pasar, pero no sabía si me iba a dejar después de mi comportamiento tan mezquino. Fui a la cafetería del colegio a ver si lo encontraba, pero me dijeron los colegiales que estaba en su habitación y que no quería recibir a

Improntuario de una crisis de fe

nadie. Lo habían ido a buscar para jugar una partida de mus pero los había despedido con cajas destempladas, así que bajé a ver si podía hablar con él.

– Hola Julián. Soy yo, Carlos –dije mientras llamaba a la puerta con la mano–.

– ¡Vete Carlos! Necesito estar sólo. Además ahora estoy trabajando –su tono de voz había sido muy seco–.

– ¡Perdóname Julián! Siento haberte dicho que era lo mejor para ti. Sé que no es así y que esto es un disgusto para ti. ¡Por favor, déjame entrar y hablamos!

No respondió. Pasé unos minutos en la puerta esperando a que abriera. Cuando ya me había dado por vencido e iba por el pasillo, oí la llave girar en el bombín de la cerradura de su habitación.

– ¡Pasa!

Me volví sobre mis pasos y entré en la habitación. Normalmente todo está en perfecto orden, pero ese día tenía la mesa llena de papeles y recortes de periódico. Julián también había estado documentándose acerca de los

Improntuario de una crisis de fe

Cardenales, de sus acciones anteriores, de su labor en la Iglesia, de su actitud hacia los sacerdotes y sobre todo de las negociaciones que estaba llevando a cabo el Gobierno de Felipe González con la Santa Sede.

- ¡Esto me ha pasado en el peor momento!
- ¿Por qué lo dices? –le pregunté intrigado–.
- Pues porque soy un mal ejemplo. Si todo esto llega a oídos del Gobierno, tendrán una baza para hacer los Acuerdos más favorables para ellos.
- ¿Y qué es para ti un acuerdo favorable? –le pregunté, otra vez arrepintiéndome de mis palabras. En ese momento Julián necesitaba mi apoyo y yo no hacía más que meter el dedo en la llaga–.
- ¿Tú qué crees, Carlos?
- Ya sabes cuál es mi opinión, pero ahora lo que importa eres tú. Disculpa lo que te he dicho antes. Ya sé lo importante que es el sacerdocio para ti. Y también creo que sé lo que esta llamada al orden supone para ti.

Improntuario de una crisis de fe

– No sé si lo sabes Carlos, pero te agradezco que estés aquí. Es un momento muy difícil para mí y necesito tu apoyo.

– Quiero ir contigo a Roma, Julián. Si quieres te ayudo a recopilar información acerca de los Acuerdos que van a firmar Iglesia y Gobierno.

– Gracias. No sé muy bien dónde buscar esa información –dijo Julián con una sonrisa en la boca–.

– Yo sí. No te preocupes. Tengo amigos en varios periódicos y seguro que entre todos podemos averiguar todo lo que haya podido trascender, aunque sólo sea mínimamente –aún no había terminado de decir esto cuando Julián vino hacia mí y me dio un abrazo–.

Estuve varios días investigando lo poco que se había divulgado o filtrado de las negociaciones entre el Gobierno de y la Santa Sede. En aquel momento no pasaban por un buen momento debido a la reciente aprobación y publicación de la LODE, la nueva ley de la enseñanza que arrinconaba un poco más a la Iglesia y eso lógicamente no les había gustado mucho, así que las cosas estaban un poco tensas en la parte de

Improntuario de una crisis de fe

educación de los Acuerdos, que es la que a Julián y a mí nos interesaba, ya que a la parte jurídica no creíamos que les afectara mucho la actitud de Julián.

– Bueno Julián. Pocas conclusiones podemos sacar de lo que hemos conocido.

– Casi mejor. Yo actuaré como hasta ahora, fiel a mis principios y a todo en lo que creo. Espero que la cosa al final no trascienda y no llegue la sangre al río y que Marini y Sc-ciola me apoyen un poco frente a Rosini.

– ¿Tú crees que te van a apoyar? Si fuera así no creo que te hubieran llamado a consultas, ¿no crees? –intenté hacer reflexionar a Julián–.

– No creo que me apoyen en esta situación, pero espero que paren un poco los pies a Rosini para que no me queme en la hoguera.

– ¿Hablando figuradamente, no?

– Llámalo hoguera, excomunión, párroco de un pueblo perdido o como quieras. Yo quiero seguir enseñando y oficiando en el colegio. Creo que es mi lugar y aquí quiero seguir. Si me mandaran a un pueblo lejano no podría seguir

Improntuario de una crisis de fe

dando clases en la Facultad y eso sería tanto como que me apartaran del sacerdocio. Como comprenderás, tienen suficiente poder como para amargarme la vida.

Improntuario de una crisis de fe

4 – En Roma

Aterrizamos en el aeropuerto de Roma-Fiumicino la mañana del día antes de la reunión. Lo habíamos programado así para aprovechar la tarde y hacer una visita turística.

Lo primero que hicimos fue tomar un taxi hasta el hotel Arcangelo en donde nos íbamos a alojar. Estaba situado en el corazón de Roma, cerca del Vaticano y del Castel Sant'Angelo, ubicado en un delicioso edificio de la época Umbertina desde cuya azotea se divisaba el horizonte de Roma delineado por el Cupulón. En esa azotea había una cafetería en la que antes de salir descansamos un rato tomando una taza de café.

A primera hora de la tarde salimos a pasear por el centro de Roma, bajando por Via Propezzio hasta el río, que cruzamos por el puente de Sant'Angelo para bordearlo hasta que llegamos

Improntuario de una crisis de fe

al Circo Massimo y después subir por la Via di San Gregorio hasta el arco de Constantino y el Coliseum. La visita a éste me decepcionó un poco. No sé qué me esperaba encontrar, pero al entrar y ver el coso como un laberinto de muretes de piedra echó por tierra la imagen que tenía de él. Parece ser que en la Edad Media fue usado como cantera y lo fueron desmantelando poco a poco hasta que a algún Papa se le ocurrió prohibir esa barbarie, más vale tarde que nunca.

Allí nos sentamos en una terraza a descansar. Yo notaba que Julián estaba cada vez más nervioso.

- Te veo inquieto, Julián
- ¿Tú como estarías si te llamara Carrillo a su despacho para abroncarte porque en tus artículos haces apología de la propiedad privada o del liberalismo más rancio?
- Hombre, no creo que sea comparable eso con tu situación.
- Básicamente es lo mismo. Mis jefes me llaman para darme una reprimenda porque no hago lo que se espera de mí. Y esperemos que se quede ahí la cosa y no vaya a más –dijo

Improntuario de una crisis de fe

entre cortando las palabras—.

— Bueno, si lo miras así... Pero creo que no debes de ponerte nervioso. Tú defiende tu actitud con argumentos y que pase lo que Dios quiera.

— O lo que quieran sus comisionados aquí —bromeó con la cara un poco más relajada—. Aunque me parece que mis argumentos no les van a valer.

— ¿Por qué no? Yo los veo perfectamente compatibles con lo que predicaba Jesucristo.

— Si, con eso sí, pero no con la doctrina que mantiene ahora la Iglesia y mucho menos con las ansias de poder que ha demostrado a lo largo de la historia y por supuesto en estos momentos no lo son menos.

— Hombre, creo que ahora no es como en la Edad Media —intenté suavizar la situación e hice una pausa—. Me parece mentira lo que estoy diciendo, defendiendo a la Iglesia delante de un cura.

— Ya. Ahora no es como en la Edad Media, pero en España en los años de la dictadura de Franco se le parecía bastante. Era todopoderosa y todo el que no pasara por el aro lo llevaba

Improntuario de una crisis de fe

claro.

» Bueno, sea como sea, mañana intentaré defender mi postura, aunque no creo que sea fácil. Si los Cardenales están ahí, por algo será. Seguro que me rebaten mis argumentos y tienen muchas oportunidades de dejarme en evidencia.

– Creo que te valoras poco, Julián. Yo te he visto en multitud de debates tanto en el colegio como en la facultad e incluso con Fraga, y creo que eres muy duro de pelar.

– Gracias Carlos, pero creo que esta vez el debate va a ser mucho más agresivo contra mí y los contertulios se van a intentar ensañar, por lo menos alguno de ellos. En los debates de los que hablas simplemente se exponen posturas, pero mañana creo que no habrá mucho que discutir. Lo que hay es lo que hay y a eso me tengo que amoldar.

– Tú siempre predicas que todos debemos de pensar por nosotros mismos y que no debemos ser el eco de lo que piensan otros. Lo que me estás diciendo es que tus jefes quieren que seas su eco.

– Ellos me pueden llamar al orden,

Improntuario de una crisis de fe

obligarme a mantener una actitud en mis clases y en mis celebraciones religiosas, pero no pueden hacer que sea eco de nadie. Yo pienso como pienso y eso no lo van a cambiar jamás.

– ¿Ves? Siempre tienes argumentos para rebatirme. ¡Anda, vámonos al hotel!

Como ya se hacía tarde, en lugar de volver andando tomamos el metro hasta la parada de Lepanto y luego caminamos unos minutos hasta el hotel. Fuimos directamente al restaurante y pedimos la cena, que transcurrió en un incómodo silencio. Julián me dijo que prefería ir solo al Vaticano, que le esperara en el hotel a la hora de comer.

A la mañana siguiente, Julián se levantó temprano, se dio una ducha y pasó por la cafetería del hotel en donde desayunó frugalmente, dos tazas de café, a pesar de que cuando viajaba le encantaba desayunar en los hoteles, probando de todo lo que tenían y terminando incluso a media mañana. Pero esta vez necesitaba sentirse ligero y con la mente despejada. No sabía cómo iba a desarrollarse la reunión, pero cuanto más despierto, mejor.

Salió del hotel y fue caminando hasta la plaza de

Improntuario de una crisis de fe

San Pedro. En un rincón de la plaza se encontraba la entrada a los despachos de los dirigentes vaticanos. Nada más entrar se presentó ante el sacerdote que había en la recepción, que le mandó esperar en una salita con retratos de los últimos papas, las paredes cubiertas con terciopelo rojo y unos asientos de piel verde bastante incómodos. Al cabo de unos minutos el cura de la recepción acudió en su busca y le comunicó a subir a la segunda planta, donde le esperaba el propio Cardenal Marini en el final de la escalera.

— ¡Hombre, por fin conozco al famoso *parroco rosso*! —dijo Marini en perfecto castellano, intentando suavizar la tensión del momento—.

— Encantado, Excelencia —dijo Julián besando el anillo de Marini—.

— Venga Julián ¿puedo llamarte así? Dejémonos de ceremonias y vamos a mi despacho a hablar un poco sobre ti.

Entraron al despacho y allí estaban, tal y como ya sospechaba Julián, los Cardenales Rosini y Sc-ciola, sentados en las sillas de confidente que había delante de la mesa de Marini. Se

Improntuario de una crisis de fe

levantaron y se dirigieron hacia una mesita redonda de reuniones que había en un rincón del despacho.

– Señores, les presento al Padre Julián Luna. Estos son los Cardenales Rosini y Scciola –dijo dirigiéndose a Julián–. Supongo que habrá oído hablar de ellos ¿no?

– Sí señor. Conozco más o menos la estructura del Gobierno vaticano.

– ¡Los ministros, como dice Su Santidad! – dijo Scciola entre risas. Parecía que la reunión iba a ser distendida–.

– Bueno, a lo que vamos –dijo Marini–. Como supongo que deduciría por mi carta, estamos un poco disgustados con sus formas y los contenidos de lo que enseña y predica.

– Yo no enseño o predico nada que no sea cierto –respondió rápidamente Julián–.

– ¡Vamos, vamos, no se ponga tenso y alerta! –intentó tranquilizarle Marini–. Aquí estamos los cuatro para dialogar e intentar encontrar una solución al problema.

– ¿Y cuál es según ustedes el problema? –

Improntuario de una crisis de fe

Julián seguía bastante vigilante—.

— ¡Se lo diré yo! —respondió Rosini en un tono mucho más amenazador que su jefe—. El problema es usted. El problema es que predique contra la Iglesia y que saque a relucir los errores cometidos en el pasado y no recuerde los aciertos y que a la hora de predicar no siga estrictamente la Doctrina de la Fe que hay ahora impuesta por la Santa Madre Iglesia —concluyó dando un puñetazo en la mesa—.

— Bueno, vamos a tranquilizarnos todos — intervino Scciola—. Está claro que su forma de enseñar y de celebrar la eucaristía no es muy ortodoxa y que sus artículos a veces rayan en lo heriente.

— Quizá tenga razón —asumió Julián—. Pero sinceramente creo todo lo que digo. En mis clases mi papel es enseñar la sociología de la religión, es decir, el papel que juega la religión en la sociedad. Allí hablo no sólo de la Iglesia Católica, hablo de todas las religiones y del papel que han jugado hasta nuestros días en la sociedad, de lo que han planteado los sociólogos al respecto y de las diferentes corrientes de pensamiento. Pero sobre todo intento que los

Improntuario de una crisis de fe

alumnos den sus opiniones al respecto, y por supuesto yo también doy mi opinión.

– ¿Y cuál es su opinión, Padre Luna? – preguntó Marini, en un tono ya más serio–.

– El pensamiento filosófico independiente, siendo crítico y negativo, debería elevarse por encima del concepto de los valores y de la idea de la vigencia absoluta de los hechos. Yo creo que la religión es una forma de expresar la espiritualidad de las personas por lo que su papel se debería centrar en eso. En ayudar a rezar, a sentirse bien con uno mismo y con los demás, a ayudar a los que más lo necesitan y a nada más.

– ¿Y no es eso lo que hace la Iglesia? – preguntó Sc-ciola–.

– Pues creo que no. Que hace mucho más de lo que debe. En España por ejemplo, en los últimos años ha tenido en sus manos el poder económico, político y social. Ha obligado literalmente a todo el país a seguir sus dictados en todo tipo de materias, no sólo en lo puramente religioso o espiritual. Y lo peor de todo ya no es eso, es que si a alguien no le gustaba, o lo fusilaban o lo exiliaban. ¿Ustedes creen sinceramente que eso es piadoso o al menos

Improntuario de una crisis de fe

mínimamente humano?

– No importa lo que nosotros creamos –dijo Marini después de unos largos instantes de silencio–. Además eso que dice usted es bastante demagógico, ¿no le parece? ¿Cómo pretende que la Iglesia ayude a los demás si no tiene recursos económicos? ¿Cómo pretende que la Iglesia dé un apoyo espiritual si no predica el amor, la humildad, la piedad?

– Estoy de acuerdo en que hacen falta recursos para ayudar a los demás. Y hay muchos religiosos que así lo hacen. Pero la mayoría creo que usan los recursos para hacer ostentación de ellos, para construir grandes Iglesias y palacios, para sobornar a los políticos, para ejercer el poder e implantar el régimen que ellos estiman como el único posible. Sólo siguen los dictados de la moral del consumo ostentoso.

– Bueno –intervino Sc-ciola–. Parece que la conversación se está desviando y se está convirtiendo en un debate filosófico y político. No es eso lo que debemos tratar aquí sino ver qué hacemos para que sus acciones no sean perjudiciales para nosotros.

– ¿Y cómo puedo perjudicar yo a la

Improntuario de una crisis de fe

Iglesia? No creo que mis clases tenga tanta trascendencia, y mucho menos mis misas en un Colegio Mayor Universitario o mis artículos de opinión en un pequeño periódico de aficionados. Además todo es eso, la opinión personal de un simple sacerdote, nada más, y así lo dejo claramente plasmado tanto en los artículos como en las clases. Tarde o temprano el dogmatismo produce la detención del pensar.

– En otros momentos quizá sólo sería eso –reflexionó Marini–, pero en España ahora nos encontramos en un momento especialmente delicado. Hace diez años la Iglesia tenía todo el poder y desde entonces hasta ahora se nos han ido reduciendo nuestras atribuciones paulatinamente, amén de nuestros recursos. Hace unos días se publicó la LODE que aún nos apartó más de la educación y ahora estamos a punto de firmar una serie de Acuerdos con el Gobierno de España, entre ellos los referentes a educación para los próximos años. No sería nada bueno que un sacerdote diera la razón a los que nos quieren apartar.

– Pero yo no les doy la razón –arguyó Julián–. Yo creo que la Iglesia en la educación puede jugar un gran papel. Por supuesto en

Improntuario de una crisis de fe

educación religiosa, pero también en otras materias ya que tienen muy buenos profesionales. Pero no me negarán que ahora España es un país laico y aconfesional y es lógico que se aparte a la Iglesia de funciones que no le son propias.

– Sí, quizá sea lógico, pero también es lógico que a nosotros no nos guste y tenemos que hacer lo que sea para evitarlo y verle a usted en sus posturas créame que no nos ayuda en nada –dijo Marini–. Bueno, una vez que ya están claras las posturas, creo que deberíamos cerrar este tema, pero también creo que usted es un buen sacerdote y que merece una segunda oportunidad.

Rosini se estaba revolviendo en su silla al oír aquello, pero debía callar por no desautorizar o contradecir a un superior delante de un simple sacerdote. Estuvo a punto de decir algo cuando le cortó Marini.

– Una segunda oportunidad con unos requisitos, por supuesto –continuó diciendo Marini–. Lo único que queremos es que se comporte como un sacerdote normal, que no vaya metiendo ideas en las cabezas de los

Improntuario de una crisis de fe

chavales que sean contrarias a la Doctrina de la Fe.

– Yo creo que no meto ninguna idea contraria –intentó defenderse Julián una vez más–.

– Bueno, pues no basta con que lo crea. Tenemos que asegurarnos de ello. Lo único a lo que le podemos obligar es a que se limite a oficiar la misa de acuerdo a las normas establecidas, pero además le pedimos que en sus clases se ajuste al temario estipulado como hacen el resto de los profesores, que no convierta sus clases en unos debates multitudinarios que siempre acaban contra nosotros. Y por supuesto le rogaríamos que no escribiera más en el periódico universitario. No le podemos obligar a que no lo haga, pero siempre tenemos la opción de destinarle fuera de Madrid o apartarle del sacerdocio, pero no nos gustaría llegar a esos extremos –concluyó Marini, dando una de cal y otra de arena–.

Julián salió del despacho sin saber muy bien qué pensar. Iba reptando por los pasillos del edificio de oficinas y luego por la plaza de San Pedro. No tenía muy claro si le daban una segunda

Improntuario de una crisis de fe

oportunidad o simplemente era un ultimátum: o hacía lo que le habían dicho o ya se podía atener a las consecuencias.

La reunión no había sido como él la esperaba. Pensaba que habría sido más bien un combate dialéctico con una bronca descomunal aderezada con una serie de acciones a realizar, pero más bien había sido una pequeña llamada de atención junto con una conclusión que no sabía muy bien cómo interpretar. Lo que sí estaba claro era que la celebración de la misa debía hacerla ciñéndose exclusivamente al guión, sin desviarse ni un ápice. Lo demás se lo habían pedido por favor, aunque al final Marini había dejado caer una velada amenaza si no les respondía como ellos esperaban. En lo que menos trascendía –la misa del colegio– era en el único punto que tenían autoridad directa sobre él, pero en lo de las clases y el periódico, no podían obligarle a cambiar ni a dejar de escribir o dar las clases, eso lo sabía, pero su conciencia y su respeto a la jerarquía vaticana le hacían dudar. ¿Qué iba a hacer ahora?

Fue caminando de vuelta al hotel donde yo le esperaba impaciente. Al llegar, fuimos a la cafetería a tomar un café y Julián me contó punto

Improntuario de una crisis de fe

por punto el desarrollo de la reunión.

- ¿Y qué vas a hacer? –le pregunté–.
- Tengo que pensarlo, Carlos. Marini no me ha amenazado directamente, pero estoy seguro de que si no cumplo lo que me han pedido tendrá consecuencias muy serias para mí. Ahora tengo que reflexionar mucho sobre mi escala de valores, sobre qué creo que es más importante para mí. Y te aseguro que no me va a ser nada fácil.
- ¿Estás teniendo dudas sobre tu fe?
- No Carlos, aunque sé que eso te gustaría. Pasara lo que pasara, yo seguiría creyendo en todo lo que creo, incluido Dios. De lo que podría llegar a tener dudas es de si es más importante permanecer en la Iglesia o enseñar a mis alumnos tal y como los enseño.

» Mira Carlos, aún somos muy jóvenes y con 26 años nos creemos estar en posesión de la verdad absoluta, pero seguro que no es así. Quizá lo mejor sea hacer caso a Marini y ceñirme al guión, pero te aseguro que ahora mismo es lo que menos me apetece. He de meditar muy bien qué es lo que debo hacer. Tengo un compañero

Improntuario de una crisis de fe

en la facultad que es un yogi, un maestro de una escuela de yoga, que siempre me asegura que su práctica ayuda entre otras cosas a tener el sosiego necesario para tomar las decisiones correctas; a lo mejor le pido que me dé unas clases.

- Cada día me sorprendes más, Julián.
- ¿Por qué?
- Hombre, el yoga es una práctica muy ligada al hinduismo y al budismo y que yo sepa tú eres católico.
- Sí, pero el yoga no es una religión y no es incompatible con nada. Además era una reflexión tonta. Lo que quiero decir es que estoy hecho un verdadero lío y cualquier ayuda será bienvenida. ¿Tú qué harías?
- Creo que ya sabes mi respuesta y no creo que te ayude mucho.
- Sé lo que harías tú, pero yo quiero saber qué harías tú en mi lugar, si fueras yo.
- Eso es más complicado de responder. Primero porque me cuesta entender qué problema tienen con tu forma de dar las clases.

Improntuario de una crisis de fe

Yo creo que eso les da igual, excepto a Rosini, claro. Lo que verdaderamente les importa son los Acuerdos que se van a firmar, pero tampoco entiendo qué van a perder o a ganar en función de tu actitud. La LODE no se va a derogar mientras siga Felipe y no creo que les quiten más de lo que les han quitado, al menos de momento. Así que tiene que haber algo más.

» Yo supongo que tiene que haber algún motivo económico o político detrás de todo esto. Me imagino que la imagen de la Iglesia se vería resentida si un cura, catedrático a los 26, lidera algún movimiento estudiantil con ideas de izquierdas, pero tampoco creo que eso les importe demasiado. Tiene que haber algo más.

– Tú siempre ves monstruos donde no los hay, Carlos, aunque esta vez no estoy del todo en desacuerdo contigo. Si esto hubiera pasado hace unos meses, antes de aprobarse la ley de educación, estaría seguro que tenía que ver con eso, pero hora no las tengo todas conmigo. La verdad es que me va a costar tomar una decisión.

– Quizá no tengas que tomarla. De momento puedes acceder a lo que te han pedido

Improntuario de una crisis de fe

y así ganar tiempo para investigar.

- ¿Para investigar qué? –preguntó Julián sorprendido–.
- Pues qué hay detrás de todo esto.
- ¿No estaremos sacando las cosas de quicio?
- No sé Julián. Tú me has preguntado qué haría yo en tu lugar. Y esto es lo que haría.

Julián se quedó pensando en mis palabras. Quizá no estuviera desencaminado del todo, pero hacerme caso seguro que era meterse en camisa de once varas. Si le daba miedo que pudieran arrinconarlo en una parroquia de un pueblo perdido o que lo apartaran del sacerdocio activo por esto, qué no harían si se metiera a indagar donde no le llaman y encontrara algo que no tuviera que saber. Tampoco tenía motivos para hacerme caso, mis ideas normalmente son bastante excéntricas y me dirigen hacia los caminos más insospechados.

5 – De vuelta a casa

Esa misma tarde tomamos un avión de regreso a Madrid. Julián no dijo prácticamente nada en todo el viaje. Estuvo todo el trayecto acurrucado en el asiento, mirando por la ventanilla el cielo cubierto de nubes grises en todas las direcciones, absorto en sus pensamientos, intentando dirimir qué era lo que iba a hacer. No quise decirle nada porque sabía cómo estaba y no quería estorbarle. No quería volver a meter la pata de nuevo como cuando me enseñó la carta.

No podía dejar de pensar en lo que le había dicho yo. En algunos momentos se decía que todo eran imaginaciones mías, que mi mente de escritor fabulaba demasiado y se inventaba películas en todo momento, pero en otros no lo veía tan descabellado, no lograba llegar a entender las razones de Marini y compañía para

Improntuario de una crisis de fe

hacerle ir a Roma simplemente para darle una pequeña reprimenda y una amenaza velada. Con una simple carta hubiera valido y quizá hubiera surtido más efecto que aquella visita.

Así se pasó todo el viaje, en unos pensamientos contradictorios que cada vez le iban desasosegando más y creándole una angustia que hasta entonces no había conocido. No hacía más que ir a la zona de fumadores del avión para encenderse un *Tres Carabelas*. Siempre había creído que sabía en todo momento lo que pensar y lo que hacer, nunca había tardado más de unos minutos en tomar una decisión, ni siquiera cuando decidió ordenarse sacerdote. Sabía qué era lo que quería de la Iglesia y lo que él debía aportar, tanto en la Iglesia como en la universidad o en el colegio. Pero ahora empezaba a dudar de todo. Ya no sólo de si acceder o no a las recomendaciones de Marini, sino que dudaba hasta de sí mismo, de si debía seguir en la Iglesia, de cómo acometer las clases en la universidad, de si sus jefes tenían razón, de si simplemente era una reprimenda o si había algo más detrás. Quizá debía seguir mi consejo y acceder a las peticiones de los Cardenales y así ganar tiempo para ver si realmente había algo

Improntuario de una crisis de fe

más. Pero estaba seguro de que no se iba a sentir cómodo dando clases únicamente ciñéndose al temario; esto defraudaría a sus alumnos y a sí mismo. Estaba a punto de ahogarse en un mar de dudas que estaba removiendo sus cimientos tan bien armados hasta ahora.

El avión aterrizó en Madrid cerca de la media noche. Le propuse ir a tomar algo, pero Julián estaba muy cansado y a la mañana siguiente tenía clase, así que se fue directamente al Johnny. Se acostó nada más llegar pero no pudo conciliar el sueño hasta que no tomó una decisión. Como no tenía claro qué hacer, se dijo que iba a seguir los consejos de Marini por lo menos hasta que tuviera clara su postura en esta situación tan compleja para él.

A la mañana siguiente se levantó muy cansado pero acudió a la facultad a las ocho de la mañana como tenía por costumbre, aunque hasta las diez no tenía clase. Fue directo a la cafetería y se tomó tres cafés bien cargados intercalados de sendos cigarrillos que le entonaron un poco el cuerpo. Al irse, se cruzó en la puerta con Manuel Fraga.

Improntuario de una crisis de fe

- Hoy vengo con ganas Julián. ¿Te apetece un café? –invitó Fraga seguro de que Julián iba a aceptar–.
- Te lo agradezco Manuel, pero ya he tomado y tengo clase.
- ¿Y desde cuando el tomar un café ha sido un problema para ti, aunque ya hayas tomado? Además no tienes clase hasta las diez.
- Es que estoy muy cansado. De verdad, otro día.

Fraga se quedó muy sorprendido pues era la primera vez que Julián rechazaba un café o una buena guerra dialéctica. Julián se fue a su despacho y se entretuvo en poner en orden la mesa y empezar a corregir los exámenes que tenía pendientes. Estos versaban sobre Weber y su visión del papel de la religión en la sociedad. Según empezaba a leer, se dio cuenta de que ningún alumno se centraba específicamente en las ideas de Weber sino que partían de éstas para hacer un análisis de las mismas y acabar dando su visión sobre el tema. Eso era lo que Julián siempre les había pedido y estaba orgulloso de sus alumnos, pero ahora tenía que ceñirse al temario, a esperar únicamente que los

Improntuario de una crisis de fe

estudiantes repitieran como papagayos lo que otros habían dicho en su día y eso no le gustaba.

Conforme leía los exámenes empezó a dudar de su decisión tomada la noche anterior. ¿A quién prefería defraudar? ¿A sus alumnos o a sus jefes? Cogió el teléfono y me llamó.

– ¡Qué susto me has dado Julián! Esto no son horas de llamar, hombre.

– Perdona Carlos, pero es que tenía que hablar contigo. Anoche tomé la decisión de seguir tus consejos, pero esta mañana he venido a la facultad como un alma en pena y no me ha gustado. Luego he empezado a corregir exámenes que me han hecho sentir orgulloso de mis alumnos y de mí mismo y el saber que iba a defraudarles tampoco me ha gustado.

– ¿Y qué vas a hacer entonces?

– Pues acabo de decidir tirar para adelante. Seguir con mis clases como hasta ahora, le pese a quien le pese –dijo levantándose y dando un puñetazo en la mesa–. Con las misas y el periódico ya veremos. Tengo cinco días por delante para pensar sobre ello, pero eso me importa menos. Yo quiero enseñar y educar a

Improntuario de una crisis de fe

mis alumnos como creo que hay que hacerlo. El tiempo me dará la razón.

– ¿Sabes que esto te puede traer consecuencias, no?

– Sí, lo sé. Que sea lo que Dios quiera. O más bien, que sea lo que Marini o Rosini quieran, porque estoy seguro de que Dios está contento conmigo. Jesús no vino a este mundo a llevar a la gente a la cárcel, o a quemarla en la hoguera y ni siquiera a construir grandes catedrales y templos repletos de oro.

– ¡Este es mi Julián! Acuérdate de que si te echan del trabajo, aquí necesitamos gente como tú.

– ¿Dónde es aquí?

– En donde quieras. En el partido, en el periódico, o donde a ti te apetezca. Cualquier cosa que te propongas la conseguirás.

– ¡No seas pelota!

– Es que me he levantado un poco moñas. De verdad Julián, lo que decidas hacer estará bien hecho. Pero sigo pensando que hay algo más escondido detrás de la actitud de tus jefes.

Improntuario de una crisis de fe

- No sé Carlos, pero ahora mismo es lo que menos me importa. ¿Te veo esta tarde?
- Sí, pasaré por el colegio a última hora. Hasta luego.

Cuando colgó el teléfono, Julián se sentía orgulloso de sí mismo, estaba exultante y el cansancio había desaparecido por completo. Volvió a coger los exámenes que había corregido y los repasó, subiéndoles a todos la nota. Antes estaba tan abatido que no había sido justo, o al menos justo según les había aleccionado. Tenía por costumbre poner buena nota a aquellos alumnos que demostraban tener un conocimiento del tema y que mostraran su análisis de una forma coherente, independientemente de si estaba de acuerdo con ellos o no.

Eran las nueve y media cuando alguien llamó a la puerta de su despacho.

- ¿Se puede? –preguntó Manuel Fraga según abría la puerta–.
- ¡Pasa, pasa!
- ¿Te encuentras bien? Antes te he visto un poco decaído.

Improntuario de una crisis de fe

- Lo estaba. Ahora estoy mucho mejor, pero antes estaba muy cansado y un poco abatido.
- ¿Por qué? ¿Tienes algún problema?
- Pues sí, la verdad. Ayer estuve en el Vaticano con el Secretario de Estado. Me llamó para decirme que me comportara como un cura normal o que me atuviera a las consecuencias.
- Ya sabes que yo no estoy de acuerdo con tus formas y tus ideas, pero me parece un poco desmedido tanto el hacerte ir a Roma como las amenazas. Hay muchos curas más problemáticos que tú –analizó Fraga–.
- Eso pienso yo también. Y me hace dudar. ¿Tú crees que puede haber una razón oculta para llamarme?
- No sé. Hombre, ahora están negociando el Gobierno y la Iglesia los Acuerdos de justicia y educación, pero no veo en qué puede afectarles tu persona. Además, después de haber aprobado la mierda esa de la LODE, poco más pueden perder.
- Estáis todos obsesionados con la ley esa. A mí no me parece tan descabellada. Es una

forma de modernizar la educación en España.

– Definitivamente Julián, eres el cura más raro que he conocido en mi vida. Bueno, me voy más tranquilo porque veo que eres el mismo de siempre. No obstante, creo que deberías hablar de eso con el Arzobispo.

– Tienes razón, aunque preferiría hacerlo con Monseñor Heredia, el delegado episcopal de enseñanza y segundo del Arzobispo. Además, con él me siento más a gusto y me expreso mejor. Así no hay lugar a equivocaciones.

Según salió Fraga de su despacho, Julián llamó a Monseñor Heredia para pedirle una cita y contarle lo que había pasado en el Vaticano y qué era lo que iba a hacer.

El delegado le recibiría esa misma tarde en su austero despacho, compuesto por una gran mesa de madera oculta bajo montañas de papeles y presidida por un gran crucifijo, algunos estantes repletos de libros y un retrato del Papa.

– Ya sabía que no tardarías en venir. Ayer llamó el Cardenal Rosini a Monseñor y le contó lo sucedido en su despacho.

– Veo que las noticias vuelan. ¿No cree

Improntuario de una crisis de fe

usted que se le está dando demasiada importancia a este asunto? –aprovechó para ver cuál era la opinión oficial más cercana–.

– Se le está dando la que merece. Ya sabes que yo comprendo tus formas, pero no las comparto. Y mucho menos el contenido de tus mensajes. En la situación actual de España, en la que se nos está arrinconando después de haber sido el primer estamento en la sociedad, no podemos permitirnos que ésta tenga ningún motivo para alejarse de nosotros y hemos de hacer todo lo posible por acercarnos a ella.

– ¿No cree usted que yo me acerco a la sociedad? –preguntó inteligentemente Julián–.

– Me has pillado. Ahí sí que tienes razón. El problema está que te estás acercando a un sector de la población que nunca se va a acercar a la Iglesia. Simplemente les atrae la idea de un cura que va contra la Iglesia.

– Pero yo no voy contra la Iglesia. Yo voy contra el papel de cualquier religión que se aleje de su cometido original. Y habrá de reconocer que la Iglesia en toda su historia se ha alejado mucho y ha cometido barbaridades en el nombre de Dios.

Improntuario de una crisis de fe

- Bueno Julián. Ya sé que es muy difícil discutir contigo. Ahora la Iglesia está dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de volver a ser lo que era.
- ¿Cualquier cosa?
- Cualquier cosa Julián.

Esas palabras de Monseñor Heredia le resonaban en la memoria. No podía evitar imaginar hasta qué límites eran capaces de llegar con tal de conseguir sus fines. En otro tiempo derrocaban reyes, quemaban infieles por cientos y robaban con tal de conseguir el poder. Ahora no creía que pudieran llegar a tanto, pero esa afirmación de uno de los más altos dirigentes de la Iglesia en España se le antojaban peligrosas. Quizá yo no andaba del todo desencaminado y algo se andaba tramando en lo que Julián era un estorbo para conseguir lo que quisiera que buscaran.

Al salir del despacho oyó gritos en el cuarto de al lado, en el del Arzobispo. Parecía como si estuviera hablando por teléfono.

- De momento no hemos conseguido nada... ¡No me presione más, Coronel! Hacemos

Improntuario de una crisis de fe

todo lo que podemos... Y si no lo conseguimos, siempre queda la posibilidad de que actúen ustedes... No se preocupe por lo del curita rojo ese; las autoridades de El Vaticano ya han tomado cartas en el asunto. Es un tema zanjado y no estorbará más.

Al oír aquello, a Julián de dio un vuelco el corazón. No podía creerlo, pero no cabía duda de que habían hablado de él, de que era un estorbo para sus planes. Pero ¿sus planes de qué? ¿Qué podían hacer la Iglesia y el Ejército que él pudiera desbaratar? Según se sucedían los acontecimientos, más probable era que yo tuviera razón. De hecho, después de oír esto, no tenía la menor duda de que algo se urdía en los despachos eclesiásticos, pero por mucho que pensaba no alcanzaba a imaginar de qué se podía tratar. Vino a hablar conmigo, a contarme lo sucedido.

– Al final voy a tener razón –decía yo orgulloso–.

– Pues no me gusta que tengas razón. Normalmente me da igual, pero esta vez preferiría que todo fueran imaginaciones tuyas.

– Tienes razón. La Iglesia y el Ejército

Improntuario de una crisis de fe

juntos no pueden tramar nada bueno. Estoy seguro de que algo quieren hacer para volver a tener el poder de antaño. Tenemos que hacer algo para averiguar qué es.

– No sé Carlos, quizá sea meternos en donde no nos llaman y salgamos peor de lo que estamos; por lo menos yo.

– ¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte de brazos cruzados? No serías el Julián que conozco si enterraras la cabeza en la tierra o miraras para otro lado.

– No me toques la fibra. Si en realidad sabes que me sería imposible quedarme quieto. Pero no sé por dónde empezar.

– ¿Por qué no forzamos la máquina?

– Explícate.

– ¿No dicen que eres una mala imagen? Pues empeórala. Mira, en la universidad, tú lo sabes bien, se están formando diversos grupos de protesta frente a casi todo, pero están muy desorganizados. Tú tienes carisma y podrías liderar un movimiento único que reclamara cambios sociales, en educación, economía, etc. Si tu forma de dar clases les molestaba,

Improntuario de una crisis de fe

imagínate esto.

– ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? Eso me cuesta la excomunión en dos días – tartamudeó Julián palidecido–.

– O no. Si alcanzas esa popularidad, el excomulgarte sería notorio y representaría un signo de la intransigencia de la Iglesia y quizá no estén interesados en ello. Si no, a lo mejor ya lo habrían hecho, ¿no crees?

– Y luego dicen de mí que convenzo de lo que sea a cualquiera. Me estás comiendo el tarro, como se dice ahora. ¿Por qué no los lideras tú?

– Pues porque yo no tengo tanta relevancia y resonancia como tú. Yo ya me encargaré de que salgas en primera plana en *El País* todos los días que se pueda y por supuesto serías el ícono de nuestro nuevo periódico. Además moveré todos mis contactos de confianza para que empiecen a bucear en los rincones de la nunciatura, de la archidiócesis, de capitánía y de donde haga falta.

6 – El líder

A los pocos días nos pusimos a llevar a cabo nuestros planes de asegurarnos de que Julián fuera un estorbo para acometer lo que estuviera tramando la Iglesia, poniéndolo como cebo y así intentar averiguar qué es lo que se proponían. Más adelante ya pensaríamos qué hacer. Julián estaba bastante intranquilo porque se jugaba mucho. Estaba seguro de que pasara lo que pasase iba a suponer su enemistad con la propia Iglesia y un giro en su vida y sus ambiciones, pero estaba dispuesto a asumir los riesgos que conllevaba porque sabíamos que lo que fuera que se estuviera urdiendo no iba a ser nada para afianzar la democracia ni nada parecido, ya que eran los dos estamentos que más se habían visto perjudicados por la transición de la dictadura a una democracia, todavía joven, en la que día a día iban perdiendo protagonismo, poder, carisma

Improntuario de una crisis de fe y recursos.

Julián había convocado a los movimientos estudiantiles que reclamaban cualquier tipo de mejora social a una reunión con el objetivo de federarse y hacer fuerza común para intentar conseguir sus objetivos. Se reunieron en el despacho de Julián los líderes de los ocho movimientos más representativos y numerosos de los que había en las universidades de Madrid, la Complutense, la Politécnica y la Autónoma. Los objetivos de estos grupos eran reclamaciones de mejoras sociales.

En esos momentos, la sociedad española era un campo virgen en el que poder sembrar todo tipo de progreso, en casi cualquier ámbito de la sociedad. Las mejoras que reclamaban iban desde las referentes a la educación, tanto universitaria como elemental y de formación profesional, hasta una nueva desamortización de los bienes de la Iglesia, pasando por protección a los trabajadores, prestaciones por desempleo, mejoras en la sanidad pública o control de las acciones de la policía y salvaguarda de las libertades tanto públicas como privadas.

Entre los representantes de estos grupos, había

Improntuario de una crisis de fe

para todos los gustos. Chavales con las ideas muy claras y quizá un poco revolucionarias para la época en que vivíamos, que escenificaban las diferentes modas y tribus urbanas como los punks, los rockers o los mods. Todos eran chavales muy inteligentes, estudiantes universitarios con un carisma especial para atraer a las masas, igual que Julián. Una cosa sí tenían en común todos y es que su tendencia política se inclinaba claramente hacia la izquierda. Y eso era lo que andamos buscando, ya que irritaría más a Rosini y compañía y creíamos que forzaría la situación, especialmente con la reclamación de quitar subvenciones a la Iglesia para asignarlas a fines sociales. El despacho de Julián parecía una estampa del eclecticismo de los años ochenta en Madrid y una esperanza para el futuro, donde chavales de todo tipo debatían en buena lid pero respetándose y considerando las propuestas y críticas de los demás. Todos estaban de acuerdo en que debería haber un intento de estimular, en vez de desincentivar, la expresión de nuevas ideas y la divulgación de aquel conocimiento que tienda a apoyarlo y que lo que sucedía en la práctica era precisamente todo lo contrario.

Después de estar varias horas reunidos, llegaron

Improntuario de una crisis de fe

a la conclusión de que Julián debía liderar el Movimiento Intelectual Joven o MIJ, como decidieron denominarlo. Era precisamente lo que andábamos buscando, pero había que hacerlo de manera que fueran los propios chavales quienes decidieran cuál iba a ser su líder, su interlocutor con la sociedad, porque el hecho de que la cabeza visible del movimiento fuera un sacerdote le daba quizás algo más de credibilidad, mucha más trascendencia en la sociedad y, sobre todo, cabrearía mucho más a Rosini.

Hicieron un decálogo del MIJ en el que figuraban las principales reclamaciones para construir una sociedad más justa, libre y próspera, en la que se tuviera en cuenta a todo el mundo, especialmente a los más desfavorecidos. Julián estaba contento porque en ese decálogo estaban muchas de las inquietudes por las que se hizo cura. Estaba contento, pero también estaba bastante turbado, porque esto le hacía dudar de sus convicciones sacerdotales. Él se ordenó sacerdote fundamentalmente para intentar ayudar a los que más lo necesitan y ahora veía que liderando este grupo podía conseguir más y más rápido que en su labor como sacerdote – aunque si no lo fuera lo más seguro es que no

Improntuario de una crisis de fe

hubiera liderado el MIJ—.

De momento, Julián había conseguido que en el decálogo no hubiera ninguna alusión a la Iglesia porque se sentía más a gusto así y además no sería creíble un sacerdote en contra de la Iglesia. Una cosa es hacer reivindicaciones sociales y otra es arremeter contra tu propia casa. Lo tuvo que discutir mucho hasta que consiguió convencer a dos de los chavales muy vehementes que tenían un especial interés en desterrar la Iglesia de nuestras vidas, pero de momento era preferible así.

A los pocos días hubo una fiesta en el salón de actos del Johnny para dar a conocer a los miembros de todos los grupos la formación del MIJ y su decálogo. Incluso se contó con la actuación de algunos grupos punteros en lo que se había denominado *la movida madrileña* y que querían colaborar en la difusión de las reivindicaciones del MIJ. La actuación principal fue del grupo *La Frontera* ya que su cantante era un estudiante de periodismo que integraba uno de los grupos que dieron origen al MIJ; fue él quien contactó con otros dos grupos para la actuación de esa noche, *Aviador Dro* y *Las Chinas*, que se reunieron de nuevo para

Improntuario de una crisis de fe

participar en la celebración de ese concierto.

El salón de actos se nos quedó pequeño y la gente estaba por los pasillos, sentados unos encima de otros o fuera de la sala, con las puertas abiertas, todos fumando sin parar, así que intentamos suspender el acto, porque nos dio miedo que pudiera pasar algo. Nunca antes el salón de actos del colegio había estado tan lleno y no estábamos tranquilos ya que no reunía las condiciones de seguridad para albergar a tanta gente; sólo tenía dos pequeñas puertas de salida y si había un incendio eso iba a ser un crematorio gigantesco. Los asistentes se nos echaron encima; querían saber todo acerca del MIJ y, sobre todo, querían ver el concierto.

Decidimos hacer el acto en las pistas polideportivas del colegio, montando un pequeño escenario con unos palets en un extremo del campo de fútbol sala, en el que escasamente cabían los músicos, pero ellos accedieron sin poner ninguna objeción. En primer lugar se subieron al escenario Julián y tres chavales de los grupos que fundaron el MIJ y leyeron el decálogo de reivindicaciones entre interrupciones cada vez que leían una reclamación con los aplausos de los asistentes. La reunión no acabó

con el concierto porque el *Fenicio* sacó una barra portátil de las que tenía para las fiestas que se celebraban en el colegio periódicamente y la de ese día se alargó hasta bien entrada la madrugada. Desde luego ese tal *Fenicio* era un negociante nato; quien le escogiera el apodo estuvo muy acertado. Julián estaba muy cansado, pero no dejó de atender a todo el que venía a preguntarle sobre el MIJ, sobre unas u otras reivindicaciones, por qué estaban unas o por qué no otras, e incluso al final, parece que se corrió la voz y el Johnny se llenó de periodistas. Yo ya había escrito mi artículo para *El País*, pero la reunión tuvo más trascendencia de la que nosotros habíamos previsto.

A las dos de la madrugada vino un becario de *El País* a buscarme. El jefe de la sección de nacional del periódico sabía que estaba por allí y quería que redactara la noticia de la creación del MIJ, así que me fui para la redacción a enseñarle lo que había escrito para ver si valía o lo teníamos que adaptar.

– ¿Cómo has podido escribir esto tan rápido? Parece como si supieras lo que iba a pasar –dijo intrigado Tomás, el jefe de la sección de nacional de *El País*–.

Improntuario de una crisis de fe

- Es que casi lo sabía. Julián Luna, el sacerdote portavoz del grupo, es amigo mío y me había contado el objetivo de la fiesta, las reivindicaciones del MIJ y todo lo que se preveía para hoy. Lo que no estaba previsto era que asistiera tanta gente y que hubiera que celebrar la reunión afuera para evitar problemas.
- ¿El MIJ? ¿Qué significa?
- Movimiento Intelectual Juvenil. Es el grupo que se ha formado por la unión de varios grupos que había en las universidades reclamando diferentes cosas. Todos tienen objetivos sociales de muy diferente índole, pero han decidido aunar sus fuerzas formando una especie de federación de grupos. Hoy la fiesta era para presentar el grupo y en especial un decálogo que han hecho con las diez principales reivindicaciones del grupo. Como habrás visto en el artículo tienen reivindicaciones muy a la orden del día como la mejora de la educación universitaria, una economía alternativa, la igualdad de hombres y mujeres, un mayor subsidio de desempleo, el aseguramiento de las libertades o el coto a los maltratos policiales.
- » Son un grupo de chavales que tienen

Improntuario de una crisis de fe

capacidad para percibir crítica y autocríticamente su existencia y su sociedad.

– ¿Y los lidera un cura? –preguntó sorprendido el redactor jefe–.

– Eso es lo mejor de este grupo, pienso yo. Le da más credibilidad a todas sus peticiones, aunque no sé qué pensará la Iglesia de esto –dijo empezando a meter un poco de cizaña e intentar darle más interés periodístico–.

– Creo que esto puede ser un tema que dé mucho juego –dijo Tomás entrando al trapo noblemente–. Voy a intentar sacar en portada esta noticia. Tienes que orientar más la redacción hacia el conflicto que se puede plantear con la Iglesia. Últimamente los obispos andan muy revueltos.

– ¿Por qué andan revueltos? –esto empezaba a ponerse interesante–.

– Ellos dicen que si el tema de la LODE, que si los Acuerdos con el Gobierno, pero mis fuentes me dicen que no aceptan muy bien esto de la democracia y mucho menos que haya un Gobierno socialista. Ya cuando Tejero se dice que tuvieron algo que ver, aunque yo no termine

Improntuario de una crisis de fe

de creérmelo, pero ahora, con Felipe en La Moncloa es como si les hubieran echado vinagre en las heridas, así que ya no me extrañaría nada.

Esa afirmación de Tomás me inquietó bastante. Yo creo que ni Julián ni yo nos atrevíamos a hablar de un golpe de Estado, pero ambos lo teníamos en mente. Deseaba que no fueran por ahí los tiros, pero quizá deberíamos esperarnos lo peor y centrar nuestras pesquisas con esa premisa. Ojalá fuera una falsa alarma, pero no quería ni pensar lo que podría pasar.

A eso de las cuatro de la madrugada terminé mi artículo. Ya tenía esperando a medio periódico para poder seguir el proceso editorial y mandar el ejemplar a las rotativas, pero la verdad es que fueron muy pacientes conmigo. Hasta ese momento escribía una columna de opinión dos o tres veces a la semana y siempre la tenía terminada antes de la cena, pero escribir noticias frescas es muy diferente. Hay que tener mucha más agilidad ya que los artículos han de estar terminados para que sigan los procesos de corrección y todo lo que va detrás. Incluso algunas veces la importancia de una noticia de última hora obliga a cambiar la maquetación del diario y esto descuadra todo, obligando a

Improntuario de una crisis de fe

reescribir muchas noticias, acortarlas, suprimirlas, resaltarlas. Si esto ocurre a las doce de la noche hay que hacerlo muy rápido para que no se retrase la salida del periódico, que hay que enviarlo a todos los rincones del país. Actualmente, con los medios que hay, se tarda mucho menos, pero entonces hacer algún cambio de última hora suponía una revolución.

Antes de terminar ya tenía mi mesa rodeada de varios operarios del periódico –del taller fundamentalmente–, no sé si para presionarme o porque no tenían otra cosa que hacer. Me pusieron bastante nervioso, pero al final conseguí terminar el artículo antes de la hora tope que me habían marcado. Fue Tomás en persona quien lo revisó y aprobó para que se pudiera terminar la edición a tiempo.

A la mañana siguiente, Julián fue a comprar los periódicos para ver si decían algo del MIJ y se quedó atónito cuando vio en la portada de *El País*, aunque como noticia en el faldón, la fiesta del día anterior, y luego dos páginas dedicadas exclusivamente al tema. Me llamó inmediatamente.

– ¡Joder Carlos! ¡Yo no pensaba que esto

Improntuario de una crisis de fe

iba a ir tan rápido! No me podía ni imaginar que íbamos a aparecer como noticia en El País, ni mucho menos en portada, y menos todavía el enfoque tan beligerante que le has dado. No creo que pase de hoy mi visita al Arzobispo.

– Eso era lo que queríamos ¿no? La verdad es que se han precipitado los acontecimientos, pero al fin y al cabo esto centra un poco más el tiro, ¿no te parece? Además, según el redactor jefe de nacional, que es quien me ha orientado y ayudado a sacar la noticia, la Iglesia anda bastante revuelta y me ha dejado entrever que tuvo relación con el golpe de Tejero.

– ¡Venga ya! ¡Por ahí sí que no paso! ¿No me irás a decir que lo que oí en el despacho del Arzobispo tenía que ver con un nuevo golpe de Estado?

– A mí también me parece muy fuerte, pero no es del todo descabellado. Según Tomás, el redactor jefe, no llevan muy bien el estar al margen de todo y que se les vayan reduciendo los recursos cada vez más. No me ha hablado más que de la Iglesia, pero el Ejército yo creo que está en una situación parecida.

– No sé Carlos. Me parece bastante

Improntuario de una crisis de fe

increíble y, aunque así fuera, eso estaría fuera del alcance de nuestras manos. ¿Qué podríamos hacer tú y yo para evitar una cosa así? Si vamos a la policía los tendríamos que llevar al médico para que les quitara el ataque de risa que les podría dar.

– Ya, nosotros no podemos evitar una cosa así, pero sí podemos destaparlo. Quizá con el artículo de hoy hayamos conseguido levantar la liebre y ponerles nerviosos. Yo creo que lo que debemos hacer es estar atentos. Tú sigue con tus clases y con el MIJ y mantente alerta.

– Espera, que llaman a la puerta... Te tengo que dejar. Es el secretario del Arzobispo. Luego te llamo.

7 – El descubrimiento

La llamada del Arzobispo no se había hecho esperar. Había mandado a su secretario en persona para que acompañara a Julián a su presencia. En el camino no hacía más que darle vueltas a lo que había contado yo. Ya no sabía si es que a los periodistas les gusta sacar los pies del tiesto para tener más historias que contar y así vender más periódicos o es que realmente se urdía algo que había que abortar como fuera. Sea como fuere, no había duda de que algo estaba pasando y necesitábamos averiguar qué era.

En menos de media hora, estaban en la puerta del despacho del Arzobispo. El secretario entró, conminando a Julián a esperar fuera, en un banco del ancho pasillo cubierto por completo de mármol, tanto en el suelo como en las paredes.

Julián se quedó observando ese pasillo, lo veía más frío que nunca y, como todo en la Iglesia últimamente, otro símbolo de ostentación de su poderío económico; estaba empezando a estar desasosegado porque cada día que pasaba veía más errores en la Iglesia y menos virtudes. Al cabo de unos segundos apareció de nuevo el secretario llamándole para que entrara.

Al cruzar la puerta vio al Arzobispo, sentado en su sillón con *El País* abierto por la página de mi artículo encima de la mesa, sin ningún otro objeto, ni siquiera el teléfono ni el crucifijo que solía presidir el gran escritorio de caoba, normalmente cubierto de trabajo pendiente, como un símbolo de la importancia que tenía lo que iba a pasar. Lo miraba fijamente, con el rictus más serio de cuantos le había conocido.

– ¿Puede usted explicarme esto, Padre Luna? –fue el saludo del Arzobispo–.

– No es nada especial, Monseñor. Simplemente en la universidad hemos formado un grupo de debate sobre la sociedad actual – intentó quitarle hierro Julián–.

– ¿Cómo que un grupo de debate? Según dice aquí hay diez reivindicaciones muy claras de

Improntuario de una crisis de fe

este grupo. Aunque no me gustan esas reclamaciones no me parece una noticia para darle más importancia ya que está a la orden del día, pero lo que no podemos consentir es que el líder de ese grupo sea un sacerdote.

– Discúlpeme Monseñor, pero no creo que el que yo esté intentando ayudar un poco a los chavales sea para rasgarse las vestiduras.

– ¿Ayudar un poco? Segundo dice aquí, usted es el alma del MIJ, o como quiera que se llame. Si no es verdad, hay que hacer rectificar al periódico como sea y si es verdad, tiene que hacer algo para que la Iglesia salga indemne. Y más en este momento.

– No sé qué tiene de especial este momento –preguntó Julián aprovechando la situación–.

– Eso no es de su incumbencia, pero no se desvíe del asunto. ¿Es usted el líder del grupejo ese o no?

– No sé si líder es el término adecuado. Yo he intentado ordenar un poco la organización de diferentes grupos para que tengan una voz única y unos planteamientos claros, que a mí me

Improntuario de una crisis de fe

parecen bastante sensatos. Ellos me han erigido como su cabeza visible. No sé si a eso se le puede llamar líder.

– Como siga así vamos a tener que tomar una determinación tajante con usted. ¿No estuvo hace poco en Roma y le convinieron a que tomara una actitud más acorde con el sacerdocio y nuestra Doctrina de la Fe? Y usted no sólo no hace caso sino que además lidera un grupo izquierdista con reivindicaciones que van totalmente en contra de la Iglesia. Si ya la opinión pública está empezando a apartarse de la Iglesia, con esto ya ni le cuento.

– ¿Y por qué se va a apartar más? Si ve a un sacerdote, un representante de la Iglesia, hacer reivindicaciones de carácter social, que no necesariamente izquierdista, quizás se acerque más a ella pensando que se está adaptando a los nuevos tiempos en los que vivimos, no como ha hecho otras veces.

– ¿Y qué ha hecho otras veces según usted? –preguntó el Arzobispo en un tono cada vez más contundente–.

– Pues encorarse en una postura intolerante e intransigente con todos los que no

Improntuario de una crisis de fe

comulgán con sus ideas. El objetivo de la Iglesia debe ser la espiritualidad, la oración, el amparo y la caridad pero no el poder, ya sea económico, político o social, como manifiesta con cada una de sus acciones.

– ¡Ya estamos con las mismas tonterías! ¿Pero es que usted no sabe decir otra cosa? La Iglesia ha permanecido durante dos mil años como ahora y no va a cambiar por las ideas de un curilla de nada. ¡Y sepa usted que voy a solicitar a Roma que le manden fuera de Madrid! ¡Así aprenderá a no meterse donde no le llaman! ¡Estoy hasta la coronilla de los curas rojos y la madre que los parió! –gritó el Arzobispo dando un puñetazo en la mesa–.

– ¿Pero qué problema supongo yo exactamente para la Iglesia? No acabo de entenderlo –preguntó Julián pausadamente, aunque en su interior estaba muy inquieto ante la situación en la que se encontraba–.

– ¡Salga ahora mismo de mi despacho!

Julián no se atrevió a preguntar nada más. Salió del despacho muy nervioso y se sentó de nuevo en el banco en el que había estado antes, incapaz de bajar a la calle y con el corazón

Improntuario de una crisis de fe

latiendo a toda velocidad. Esperó un buen rato hasta que se tranquilizó un poco, salió a la calle Bailén y entró en *El Anciano Rey de los Vinos*, un antiguo bar típico del Madrid de los Austrias, pero esta vez no pidió café ni vino sino tila, para intentar relajarse y poder pensar en lo que había sucedido en el despacho del Arzobispo.

Sabía que esto podía llegar a pasar, pero nunca había pensado que fuera tan rápido ni de una forma tan desgradable. Si de verdad cumplía el Arzobispo su amenaza y le enviaban a algún pueblo fuera de Madrid, tendría que plantearse muy seriamente su futuro. Tendría que sopesar qué era más importante para él, si el sacerdocio o luchar por sus ideales fuera de la Iglesia.

No quería renunciar a ninguna de las dos cosas, pero él se lo había buscado forzando la situación con el asunto del MIJ. Creía legítimas las reivindicaciones del grupo, que materializaban perfectamente sus ideales de luchar contra las desigualdades sociales e intentar proporcionar ayuda a quienes más lo necesitaran. Pero si ahora lo desterraban, no sabía si desde su exilio iba a poder pelear por sus creencias e inquietudes.

Estuvo más de una hora en el bar, pensando en lo que había pasado y en su futuro, fumando *Tres Carabelas*, uno tras otro, hasta que se decidió a llamarle para que fuera a buscarle. No se sentía capaz de tomar el metro o un autobús hasta la Plaza del Ángel ni de venir andando y además necesitaba hablar con alguien de lo sucedido. Al cabo de veinte minutos, apareció por la puerta y me senté en su mesa. Julián me explicó todo lo sucedido en el despacho del Arzobispo.

– No me puedo creer lo que me estás contando, Julián. Esto no hace sino darnos la razón en nuestras sospechas, pero no pensaba que hiciera tanto daño el MIJ. ¿Y qué vas a hacer si realmente te mandan fuera de Madrid? – pregunté, sabiendo que en ese momento era lo que más le importaba a Julián–.

– Pues tengo que pensarla Carlos. Por un lado no me gustaría apartarme de la universidad, ni del colegio y ni siquiera del MIJ, pero por otro tampoco querría abandonar el sacerdocio. Estoy nadando en un mar de dudas y no sé qué camino tomar.

– Bueno, creo que tendrás tiempo para

pensarlo.

– No creas. Si hacen caso al Arzobispo, mañana mismo me podrían mandar a donde fuera.

– A lo mejor, si no te mandan muy lejos, podrías seguir viniendo a dar clases y a reuniones del MIJ.

– Bien mirado, podría ser una posibilidad, aunque supongo que los de arriba, si me destierran, cuanto más lejos mejor. No son tontos y seguro que contemplarían esa posibilidad.

» Ya que está tirada la piedra, voy a aprovechar el tiempo que me quede por aquí, sea poco o mucho, para intentar indagar un poco, a ver si consigo alguna información. A lo mejor voy a ver a Monseñor Heredia a contarle lo sucedido para que me dé su opinión y así intento sonsacarle si es que él sabe algo, que me extrañaría mucho.

– Me parece una idea estupenda.

Llevé a Julián al colegio y después me marché al periódico. En cuanto Julián entró en su habitación, se sentó en la silla de su escritorio, mucho más humilde y funcional que el del Arzobispo, descolgó el teléfono y pidió a

Improntuario de una crisis de fe

Isabelita, la telefonista, que le marcara para llamar a Monseñor Heredia. Le dio cita para esa misma tarde, aunque ya sabía lo sucedido y no veía qué podía hacer por él.

Después de descansar un poco, subió al comedor colectivo del colegio a picar algo de la comida cuartelera e indigerible que allí servían a diario y acto seguido, sin pasar por la cafetería a tomar un café como tenía por costumbre, fue directo a tomar un metro aunque primero tuvo que ir andando hasta Cuatro Caminos porque todavía no habían terminado la obra que les abriría una boca de metro justo en la puerta de colegio.

A las cuatro en punto estaba en la puerta de Monseñor Heredia. Llamó él con los nudillos porque no había nadie en la recepción de los despachos.

- ¡Pasa Julián! ¿Qué puedo hacer por ti? – fue el seco saludo de Monseñor Heredia–.
- Hola Monseñor. Supongo que ya le habrá contado su excelencia el Arzobispo lo que ha pasado esta mañana, ¿no?
- No ha hecho falta que me dijera nada. Yo

estaba aquí y tenía entreabierta la puerta que comunica con su despacho y lo he oído todo. Lo siento pero los gritos eran tan fuertes que no he podido evitarlo —en ese momento Julián se percató de la puerta disimulada que unía los dos despachos y que nunca había visto—.

- ¿Y qué piensa usted?
- Pues que te has metido en un buen lío, Julián. ¿Quién te manda a ti ser el líder del Movimiento Intelectual Juvenil ese o como se llame, o dar clases promoviendo ideas contrarias a la Iglesia, o escribir esos dichosos artículos en un periódico, por muy aficionado que sea?
- » Tú eres sacerdote y debes serlo por encima de todo y una de las obligaciones de un sacerdote es obedecer y respetar a la Santa Madre Iglesia. Y punto. No te tienes que meter en líos políticos en estos tiempos que corren y ten por seguro que antes de lo que te esperas recibirás alguna orden desde Roma. Has escogido el peor momento para hacer esto Julián, estás haciendo mucho daño.

- Pero ¿por qué siempre hace hincapié en este momento? ¿Qué pasa ahora que no pasara antes? —aprovechó Julián para intentar sonsacar

algo—.

— Pues pasan muchas cosas Julián. Pasa que la sociedad española se está convirtiendo en lo que siempre ha temido la Iglesia, en una sociedad verdaderamente laica y aconfesional, regida por comunistas y socialdemócratas y, sobre todo, en contra de cualquiera de nuestros intereses. Estamos volviendo a vivir lo que pasó en la segunda República y fíjate cómo acabó aquello.

— ¿No me irá a comparar la situación de ahora con la de antes de la Guerra Civil, no?

— Bueno Julián, no debería estar hablando de esto contigo, precisamente contigo no, dejémoslo estar. El Arzobispo ya ha llamado a Roma y supongo que esta será la última vez que hablemos. Me da mucha pena, porque yo pensaba que ibas a recapacitar; eres una de las personas más válidas que me he encontrado a lo largo de mi vida, pero has tomado la senda equivocada.

— Yo no creo que sea equivocada —dijo Julián intentando no cortar la conversación—.

— Déjalo Julián. Ahora vete, tengo mucho

Improntuario de una crisis de fe

trabajo que hacer –dijo Monseñor Heredia sentándose en su sillón–.

Julián abandonó el despacho sabiendo que era la última vez que iba a entrar allí. Estuvo un rato deambulando por los pasillos del arzobispado, aprovechando que era la hora de la sobremesa y por la sede de la archidiócesis no se veía ni un alma, hasta que se dijo que no debía desaprovechar la oportunidad, así que se armó de valor y llamó al despacho del Arzobispo con la excusa de despedirse y así intentar sonsacar algo que pudiera dejar entrever sus intenciones.

Nadie contestó. Después de mirar a ambos lados para ver si había alguien por los pasillos, entró. Buscó en los cajones de la mesa del despacho para ver si encontraba algo –no sabía muy bien el qué– que le diera alguna pista sobre lo que se estaba tramando, pero no encontró nada fuera de lo esperado.

En un rincón de la mesa escondida en la cueva formada por cartas e informes, vio una tarjeta de visita de un tal *Coronel Ernesto Gracia*, del Ejército de Tierra, con sede en la Capitanía General de Zaragoza, junto a otra del Cardenal Rosini y un *post-it* con la fecha del 12 de marzo

Improntuario de una crisis de fe

escrita a mano. Julián las cogió y se quedó ausente mirando las tarjetas y la nota. Unas voces en el pasillo le sacaron de su ensimismamiento, entre las que distinguió claramente la del Arzobispo.

No supo qué hacer hasta que reaccionó y se decidió a arriesgarse a cruzar la puerta que separaba los despachos del Arzobispo y de Monseñor Heredia. Tuvo suerte ya que éste había salido y el despacho estaba vacío. Dudó unos instantes sobre si quedarse a intentar entender lo que hablaron en el despacho contiguo, hasta que se dio cuenta de que había salido con las tarjetas en la mano. Decidió permanecer escuchando y de paso intentar devolver las tarjetas y la nota a su sitio. Las voces se hicieron cada vez más audibles; habían entrado en el despacho.

– Tenemos que tener todo preparado antes de la fecha que me ha dicho Rosini, el 12 de marzo.

– ¿Y por qué el 12 de marzo? –Julián reconoció claramente la voz de Monseñor Heredia.

– Es el referéndum de la OTAN. Es una

fecha psicológica para el Gobierno. Están expectantes a ver cómo reacciona la gente, "la ciudadanía" como dicen ellos, después de haberles engañado como a chinos, y seguro que estarán más pendientes del resultado que de otra cosa.

- Ya pero ¿no le parece que sacarán a toda la policía a la calle?
- Sí, precisamente por eso, ya que estarán en los colegios electorales y como mucho en la calle Ferraz, por lo que les pudiera pasar a Felipe y sus adláteres.

A Julián le temblaban las piernas. ¿Qué era lo que pretendían hacer el 12 de marzo? A primera vista parecía un golpe de Estado o algo de un calibre similar, pero seguía incapaz de creerlo. Ni la Iglesia se atrevería a liderarlo ni el Ejército a llevarlo a cabo. Además apoyados desde El Vaticano. Tenía que ser alguna otra cosa, pero desde luego algo gordo tenía que urdirse porque si no, no hubieran hablado de la policía.

Ya había oído bastante y si se quedaba allí lo podrían sorprender y no le podría contar a nadie lo que había escuchado, así que se decidió a salir. Fue de puntillas hasta la puerta y la abrió

Improntuario de una crisis de fe

todo lo suavemente que pudo. Se quedó paralizado cuando la puerta chirrió como si hubiera pisado la cola a un gato; estuvo inmóvil unos instantes para ver si oía algún movimiento en el despacho de al lado. Al no sentir nada más, salió sin cerrar la puerta, para evitar hacer ruido de nuevo, y fue todo lo rápido que pudo hacia la salida.

Una vez que pudo pisar la acera sintió un alivio que le devolvió un poco la templanza que había perdido en los últimos acontecimientos que había presenciado. No había transcurrido más de media hora desde que entró en el arzobispado, pero fueron unos minutos que harían dar un brusco cambio en el discurrir de su viaje en la vida. Entró sabiéndose un sacerdote, aunque con problemas con la Iglesia y salió metido en una trama supuestamente político-militar de la que no sabía muy bien cómo salir. Para salir de un sitio antes hay que saber en dónde se está y en esos momentos Julián no estaba seguro de nada.

8 – Las tarjetas

Como mi despacho no estaba lejos del arzobispado, se decidió a venir andando para intentar poner en orden las ideas, recapitulando todo lo que había pasado. Hasta ahora había pensado que la Iglesia en la historia había conspirado en multitud de ocasiones pero pensaba que en ese momento eso eran cosas del pasado; tuvo que ser la tozuda realidad la que le sacara de su engaño. Una institución de casi dos mil años de historia tenía que tener muchos recursos de todo tipo para mantenerse en el candelero y no dudaría en emplearlos en ningún momento, sin importarle ni a qué ni a quién se llevara por delante. Anduvo un rato deambulando sin saber muy bien qué dirección tomaba hasta que regresó a la conciencia y se dirigió directamente hacia la Plaza del Ángel.

Hacía bastante frío, pero llegó sudando hasta la sede de mi nuevo periódico en la que había un movimiento que no había visto hasta el momento, ya que a los pocos días salía el primer número del semanario *Independencia*. El pisito de encima del Café Central estaba ahora lleno de mesas con máquinas de escribir, un ordenador IBM PC de esos que llevaban un monitor de fósforo verde y doce chicos y chicas zumbando de un lado para otro como abejas que no saben muy bien en qué celda dejar lo que han ido libando por ahí. Llamó a mi despacho.

– Hola Julián. Hoy estamos muy liados, ¿no podríamos dejar lo que sea para mañana?... Pero, ¿qué te pasa? –dije al ver la cara desencajada de Julián–.

– Necesito hablar contigo.

Julián me contó lo sucedido unos minutos antes en el despacho del Arzobispo. Intentó no obviar ningún detalle. Él estaba en un estado de excitación tal que seguramente no daría importancia a detalles que yo podría interpretar mejor. Al echarse mano al bolsillo de la camisa, todavía empapada en sudor, para sacar la cajetilla de *Tres Carabelas*, se dio cuenta de que

Improntuario de una crisis de fe

todavía llevaba las tarjetas de visita y la nota con la fecha del 12 de marzo escrita sobre ella. Me las enseñó.

– Esto que me cuentas es muy fuerte Julián.

– Tenemos que hacer algo, y rápido. Podrías sacar la noticia en tu primer número – Julián todavía seguía muy nervioso. Sabía que su vida ya nunca iba a ser como antes. Ya no confiaba en la Iglesia ni la Iglesia en él. No se podía quedar de brazos cruzados–.

– Tranquilo, no nos precipitemos. Nadie nos conoce y dar una noticia así no tendría ninguna credibilidad. Será mejor que meditemos un poco qué debemos hacer. Aún faltan casi dos meses para el referéndum y tenemos tiempo de pensar. Además hay que presentar alguna prueba más que tu testimonio.

– Tienes razón, Carlos. Esto ha roto todos los esquemas que tenía montados en mi vida. Siempre he renegado de las barbaridades que se han hecho en la historia en nombre de Dios, pero creía que la Iglesia ya había asumido que vivimos a finales del siglo XX, que las cosas han cambiado, pero está visto que no, que siguen sin

poner en hora su reloj de la historia. Sólo me queda el consuelo de pensar que esto es idea de unos pocos radicales como Rosini o el Arzobispo. En cuanto al Ejército no me extraña tanto. No sería la primera vez que intenta hacerse con el mando absoluto y el perderlo les saca de sus casillas. Cuando las ideas veneradas a lo largo de siglos son mantenidas rígidamente contra la marcha de la historia, en vez de ser sometidas a la evolución y a la transformación, su contenido de verdad se volatiliza y se tornan vacuas ideologías, sean cuales fueran las fuerzas con las que se las mantiene en vigor.

Mientras Julián hacía este breve, aunque agudo análisis, en el despacho del Arzobispo terminaba la conversación entre éste y Monseñor Heredia. Al quedarse sólo el Arzobispo, se sentó en su mesa y fue a coger la tarjeta de Rosini para buscar su número, para llamarle y comentarle el avance de los preparativos. Al ver que no estaba donde él sabía que la había dejado, la buscó por toda la mesa por si estaba equivocado, pero era consciente de que nunca se equivocaba en ese tipo de cosas. Aún así revolvió el maremágnum de papeles que sólo permitían intuir que debajo de ellos había una mesa. Alguien había estado

Improntuario de una crisis de fe

allí y había cogido las tarjetas y la nota. Inmediatamente llamó a su secretario pidiéndole que le consiguiera el teléfono del Cardenal Rosini y en cuanto se lo trajo, llamó a Roma.

– Alguien ha estado en mi despacho y ha cogido su tarjeta y la del Coronel Gracia. También había una nota con la fecha del golpe apuntada en él y también ha desaparecido.

– ¿Cómo ha podido suceder algo así? ¡Es usted un inepto! ¡No se pueden dejar ese tipo de pistas así como así! ¡Ni se puede dejar ningún asunto delicado en manos de inútiles como usted! ¡No sé cómo ha llegado hasta donde está! –Rosini hablaba bastante torpemente el español, pero su mala pronunciación no le impedía hacer patente su enfado–.

– Acababa de hablar con el coronel por teléfono y salí sólo un momento a comentarle a Heredia nuestros avances. Al volver al despacho había desaparecido.

– Pues tiene que averiguar quién pudo estar a esa hora por allí cerca. ¿Desconfía de alguien del arzobispado?

– No excelencia. Veré el libro de registro e

indagaré a ver si alguien estuvo por aquí a esas horas.

— Haga lo que sea. Pero no deje ningún cabo suelto. No podemos permitirnos otro fallo. Si no, le relevaré del mando de la operación. Yo pensé que era más capaz.

El Cardenal dio por terminada la conversación. El Arzobispo se sentó en su sillón apesadumbrado. No era posible que ninguno de sus colaboradores hubiera entrado en su despacho. A esas horas estaban casi todos fuera y además les tenía terminantemente prohibido entrar en su negociado cuando estaba ausente o reunido. Tenía que haber sido alguien de fuera, pero era imposible que nadie tuviera la más mínima idea de lo que se estaba tramando.

Llamó a Monseñor Heredia a su despacho para comentarle lo sucedido.

— No creo que tenga nada que ver con la desaparición de las tarjetas, pero justo cuando usted me llamó, acababa de despedir al Padre Julián Luna. ¿Cree usted posible que fuera él quien entró al despacho?

— No lo sé. Me parece un poco difícil que

se atreviera a encontrarse conmigo después de la discusión de esta mañana, pero no debemos descartarlo. No nos podemos permitir ningún error más. Deberíamos mandar alguien a seguir al curita tocapelotas este, que es peor que una mosca cojonera –el arzobispo tenía normalmente mal humor, pero nunca decía ninguna palabra mal sonante–. Como sea él no sé qué haré. Me está dando más problemas que la piedra que llevo en el riñón, que no me deja descansar ni un segundo.

– ¿Quiere que mandemos alguien a seguirle o prefiere que le llamemos para hablar con él y averiguar si sabe algo?

– No quiero verle. Además no creo que nos dijera nada en ninguno de los casos. Me parece mejor mandar alguien a seguirle. Pero que no sea nadie cercano al arzobispado. Voy a llamar al Coronel Gracia a contarle lo sucedido y que sean ellos los que manden a alguien. Además están más preparados para este tipo de cosas. Nosotros sabemos urdir y confabular, pero no nos saques de un despacho que nos perdemos. Además podría reconocer a quien le estuviera siguiendo y si supiera algo podría sospechar.

Improntuario de una crisis de fe

Julián y yo fuimos a hablar con Tomás, el jefe de sección de nacional de *El País*. Lo encontramos en su despacho detrás de una nube de humo que salía del *Davidoff* que se estaba fumando. Siempre estaba con un puro en la boca. A mí me recordaba a Jonah Jameson, el jefe de Peter Parker, el Spiderman del cómic, con el mismo corte de pelo, un bigote igual al suyo y siempre fumando un puro, con las mangas remangadas por encima de los codos y los pantalones sujetos por unos tirantes negros. Además, tenía la misma mala leche que Jameson, siempre estaba gritando a los redactores y fotógrafos y como alguien le pisara una noticia lo mejor era alejarse de él lo más posible. Yo me llevaba muy bien con él porque había sido como mi padrino periodístico; le debí de caer en gracia y me había dado muchas más oportunidades de las que realmente hubiera necesitado para abrirme camino en el mundo del cuarto poder, cada vez más poderoso que los otros tres.

Le contamos a Tomás toda la historia, las conversaciones con el Arzobispo, con Monseñor Heredia, con los Cardenales en Roma y todas nuestras sospechas. Tomás se quedó callado un rato, pensando en lo que le habíamos contado.

Improntuario de una crisis de fe

Por un lado era una noticia bomba, que supondría la venta de un montón de periódicos, pero por otro era consciente de que un tema así había que llevarlo con delicadeza. Si se publicaba, los acontecimientos se podrían precipitar, cabrear más a los implicados, y no quería volver a vivir otros cuarenta años pensando en lo que se decía, en lo que se hacía, sin poder ir tranquilamente a cualquier sitio, tomando precauciones con quién estaba a tu lado porque no sabías quién era ni lo que te podía hacer o con quién podía hablar. No quería pasar por eso otra vez, ni que lo pasaran el resto de los españoles. Además, por mucha credibilidad que tuviera el periódico, si se publica una noticia de esa envergadura hay que tener pruebas fehacientes, certidumbres de las que en ese momento carecíamos. Tenía una contradicción entre su labor como periodista y su deber como ciudadano. Aunque sinceramente, creo que le podía más el no poder demostrar nada que su deber cívico, si es que lo tenía una persona sin ningún tipo de escrúpulo, que parecía una apisonadora aplastando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

- Se me están erizando los pelos de todo

el cuerpo. Nada más pensar en lo que me estáis contando me veo otra vez como en la dictadura. Aún no hemos salido de ella prácticamente y aún hay gente que la añora y que quiere volver a mandar como antes, cueste lo que cueste.

– ¿Tú crees que van por ahí los tiros? –le pregunté–.

– ¡Está claro! La Iglesia y el Ejército tenían el poder durante la dictadura. En estos últimos años se les han ido restando atribuciones, desviando medios que antes eran suyos para otros fines, se les está arrinconando, en una palabra, y especialmente a la Iglesia. El Ejército siempre tendrá funciones, más o menos, pero las tendrá. La Iglesia, como sigamos así, se quedará relegada a un segundo o tercer plano, ¿no le parece Padre?

– No me llame Padre, me llamo Julián. Nunca me ha gustado que me llamen así; por el hecho de ser cura no soy ni más ni menos que nadie, ni diferente a los demás. Y sí, creo que está usted en lo cierto. Hasta ahora no podía creerlo, me resistía a creerlo, pero está claro que no se han tomado muy bien esto de la democracia y la aconfesionalidad. Es normal, a

Improntuario de una crisis de fe

nadie le gusta que le quiten el poder y el dinero y menos a alguien que lo tiene todo. Yo confiaba en que ambas instituciones se adaptaran a los tiempos en que vivimos, pero se ve que a nadie le gustan los cambios y menos cuando para ellos son para peor. Como sabrá soy profesor de sociología de la religión y estudio el papel que tiene y ha tenido la religión en la sociedad a lo largo de la historia. En ningún momento de la historia la Iglesia ha tenido menos poder en España que ahora, exceptuando la segunda república, y ya ve usted cómo acabó. Yo estoy en contra de cualquier tipo de poder de la Iglesia o de cualquier otra institución religiosa, sea cual sea, y menos si se toma por la fuerza. Lo que no entiendo muy bien es que El Vaticano esté mezclado en todo esto. Yo más bien quiero creer que será únicamente el Cardenal Rosini y sus acólitos quienes puedan colaborar en un golpe de Estado. Desde luego el Papa y la gente cercana a él y de su confianza no será, o al menos eso quiero creer. Lo que no sé es cómo reaccionará cuando vea a la Iglesia en esta tesitura.

– ¿De verdad usted cree que la Iglesia aparecerá como colaboradora de un golpe? El

Improntuario de una crisis de fe

mérito y todas las miradas recaerán sobre el Ejército; nadie sospechará de la Iglesia, que irá recuperando el poder poco a poco. Ahí han sido muy listos. Estoy seguro que Rosini y compañía han manipulado al Ejército para con sus intereses –sentenció Tomás–.

– De eso no sabemos nada y tenemos que hacer algo para impedirlo –intervine–. No creo que sacar la noticia ahora sea bueno; necesitamos más pruebas y argumentos, algo que contar. Ahora sólo podríamos publicar lo que cuenta Julián, que podría entenderse como despecho hacia la Iglesia por querer desterrarle.

– Tienes razón Carlos –dijo Julián–. Deberíamos ir a la policía.

– ¡Ni se os ocurra! –dijo Tomás–. No sabemos si están también detrás de todo esto y además os aseguro que buena parte de la policía ya lo eran hace quince años y no han cambiado ni un ápice. Sigue habiendo mentes pensantes que no han evolucionado nada desde el paleolítico que podrían estar también involucrados. Podría ser peor. Yo creo que deberíamos intentar averiguar algo más. Nosotros tenemos varias personas con muy

Improntuario de una crisis de fe

buenas relaciones en algunos estamentos del Ejército. Podríamos valernos de ellas.

– Si no se fía de la policía, ¿por qué fiarse de ellos? –pregunté–.

– Es verdad. Tenemos que meditar bien qué pasos seguir –aceptó Tomás–. De momento lo mejor es que no salga nada de este despacho. Si os parece vamos a pensar por dónde seguir y nos volvemos a ver mañana. No obstante, vamos a seguir con el filón de tus pasos y el MIJ, Julián.

– Me parece bien. Además, seguro que no tardarán en ponerse en contacto conmigo, no sé si de Roma o del arzobispado, para comunicarme mi futuro destino.

9 – Dos Cardenales en Madrid

El Cardenal Marini estaba sentado delante de la mesa de su despacho embelesado con un nuevo manuscrito que había llegado a sus manos. Cuando hacía esto, quitaba todo lo que hubiera encima de la mesa, bajaba las persianas y encendía un flexo de luz fría y blanca, especial para ese tipo de trabajos. Se sentía como un arqueólogo en busca del Santo Grial. En esta ocasión se trataba de un escrito de la Edad Media de un caballero templario que había ido elaborando desde su encierro en una prisión de Jerusalén durante las Cruzadas. Estaba intentando traducir un párrafo que se leía con dificultad debido al deterioro del original cuando su secretario llamó a la puerta, sobresaltándolo y haciendo que emborronara en el manuscrito. No había cosa que odiara más que le interrumpieran cuando estaba absorto en este tipo de trabajo y

tenía dicho a su secretario que no le molestara a menos que fuera un tema de extrema urgencia, de vida o muerte.

– ¿Qué pasa Antonio? –preguntó de mal humor–.

– Ha llegado una carta urgente del Arzobispo de Madrid, Excelencia –respondió el secretario en voz baja mientras le entregaba un sobre, mirando al suelo–. No le hubiera interrumpido si no me pareciera algo importante. Discúlpeme Excelencia.

– No pasa nada Antonio, has hecho bien, pero ya sabes que cuando estoy estudiando alguno de estos escritos me concentro tanto que me frustra el tener que dejarlo. Además he hecho una mancha de tinta en el manuscrito por mi culpa, por estar con la pluma cerca del original, cosa que hasta un aficionado sabe que no ha de hacerse por peligro a que pasen cosas así. Discúlpame tú a mí, mi reacción no ha sido la más apropiada.

Marini se imaginaba de qué se trataba. Empezaba a estar hastiado de todo lo que rodeaba al Padre Luna y encima ahora enredaba la situación con el MIJ. No le extrañaba que el

Arzobispo se hubiera hartado, pero aún así le parecía desmedido el castigo que solicitaba para Julián. Empezaba a sospechar que había algún trasfondo personal o de otra índole, pero este tema le empezaba a molestar demasiado y tenía que cortar con él de raíz, evitar que se pudiera reproducir. Conocía al rechoncho Rosini, cuyas miras tenían la misma altura que su cuerpo y sabía que la intolerancia le había ido hirviendo a fuego lento la benevolencia que se le debía suponer, pero del Arzobispo siempre había oído noticias en sentido contrario y esto estaba empezando a hacerle desconfiar.

Tenía dos posibilidades, o accedía a las peticiones del Arzobispo de desterrarlo o excomulgarlo o bien hacía lo que le decía su conciencia y dejaba tranquilo al Padre Luna y se enfrentaba con el Arzobispo y con Rosini. Hasta la misma insistencia de Rosini se le hacía extraña y fuera de lugar; se habían dado multitud de casos como éste en otros momentos y nunca había sido tan duro e insistente como ahora. Quizá debería hablar con Luna para intentar averiguar si tenía algún tipo de conflicto con Rosini o con el Arzobispo, o tal vez debería hablar con Sc-ciola para que él intentara saber

qué les movía a intentar deshacerse del *parroco rosso*. Marini no podía tomar una determinación, máxime con el manuscrito delante que le atraía todos sus sentidos, como una zanahoria delante del hocico de un burro, así que decidió bajar a los jardines e ir paseando hasta el monumento a San Pedro, que tantas veces le había visto meditar, para intentar relajarse y encontrar una respuesta a las dudas que se le planteaban.

Salió del despacho y bajando por las escaleras se encontró cara a cara con el Cardenal Rosini, que subía muy acelerado hacia la planta donde se encontraba el despacho de Marini, con las gotas de sudor haciendo brillar su calva a la luz que atravesaba los paveses multicolores que iluminaban las escaleras como si fueran modernos rosetones cuadriculados.

– ¿Qué le ha parecido la carta del Arzobispo de Madrid? No me negará ahora que hay que hacer algo con el Padre Julián Luna, ¿no? –preguntó Rosini a modo de saludo, con la condescendencia del que se cree en posesión de la razón–.

– ¿Y usted cómo sabe que he recibido una carta del Arzobispo de Madrid? –preguntó Marini

extrañado, pues esas cartas se las entregaban por una valija que abría directamente Antonio o el mismo Marini—.

— Bueno ... verá ... hoy le he llamado para interesarme por el asunto y me ha contado el contenido de la carta que le había remitido — balbuceó Rosini—.

— Ya veremos qué hacemos, pero ahora eso es una decisión mía y no me parece que sea muy urgente. El mal ya está hecho y no creo que ya vaya a más, así que tengo que pensarlo y, por favor, no vuelva a hablarme de este tema porque están empezando a hartarme entre todos, especialmente usted y el Arzobispo de Madrid.

— Sí, Excelencia —dijo Rosini agachando la cabeza—.

Ya no le hizo falta a Marini bajar a los jardines de El Vaticano para tomar una decisión bajo la atenta mirada de San Pedro; llamaría a Julián Luna para que fuera otra vez a su despacho, pero esta vez para hablar a solas. O mejor aún, iría a Madrid a tener una entrevista con él y otra con el Arzobispo, para que expusiera sus motivos para hacer una solicitud de un castigo tan desproporcionado para un pecado tan banal.

Entendía que la transgresión de Julián era la honestidad y el compromiso, algo de lo que carecían Rosini y el Arzobispo. A Rosini lo conocía y sabía de qué pie cojeaba, pero no dejó de sorprenderle la actitud del responsable de la Iglesia madrileña; tenía potestad para mandar a Julián a cualquier parroquia de la archidiócesis y parecía como si estuviera pidiendo autorización para mandarlo cuanto más lejos mejor, para deshacerse de un problema que estaba estrangulando no sabía qué intenciones no manifiestas. El alzacuellos le estaba empezando a ahogar así que decidió llamar a Scciola y citarlo para un viaje a España. Creía que todavía se podía fiar de él; nunca había sido de la cuerda de Rosini y no pensaba que ahora fuera a cambiar. Esperaba no equivocarse.

Al día siguiente, Marini y Scciola tomaron un avión en Fiumicino, vestidos de paisano con destino a Madrid, sin avisar a nadie de su viaje. Scciola se sentía más como un espía que como un religioso, y esa situación le producía un extraño placer, el placer de lo prohibido que hacía tantos años que no experimentaba.

– ¿Usted cree sinceramente que hay algo detrás de las peticiones de Rosini y el Arzobispo

de Madrid? –preguntó Sciolà–.

– No lo sé Giuseppe, pero realmente me resulta extraño. Hace un año más o menos, hubo un cura en el barrio de San Blas, un barrio conflictivo de Madrid, que era un verdadero ciclón. Hasta organizó manifestaciones en el centro de Madrid para reclamar salarios más justos, encarecer los despidos e incluso participó en una manifestación a favor del aborto. Esto último me parece mucho más grave que lo del Padre Luna, pero Rosini no fue tan drástico; simplemente terció para que se le diera una llamada al orden, pero nada más. Luego el cura dejó el sacerdocio, así que no hubo nada más que hacer. Quizá Rosini hubiera hecho luego algo más, no lo sé, pero desde luego no fue tan serio y tajante como ahora. Y desde luego el Arzobispo ni se decantó ni dijo nada. El hecho de que ahora estén en contacto y que se hayan tomado tan en serio este asunto me hace sospechar que hay algo más, algún trasfondo que no conocemos y me gustaría averiguar. Para mí sería lo más fácil mandar al Padre Luna a alguna parroquia rural y olvidarme del tema, pero creo que es mi deber aclarar las cosas. Uno de los principales cometidos que me ha

encomendado Su Santidad es el de evitar cualquier tipo de conspiración o intriga, por nimia que ésta sea.

– No sé, pero el hecho de que hablen entre ellos no es anormal, ¿no?

– En Rosini sí. Él nunca se rebaja a hablar con los demás. Simplemente recibe información a través de su secretario, toma sus decisiones y las ejecuta mediante escritos. Es muy extraño que tenga contacto y mucho menos tan inmediato y frecuente; es como un General que nunca hubiera estado en el campo de batalla y todas las estrategias de guerra las hubiera aprendido en los libros y en los cuadros. Aún no había recibido yo la carta desde Madrid que él ya sabía que la tenía y el contenido de lo que decía. Entre esto y su interés por quitarse de en medio al Padre Luna, creo que al menos deberíamos hablar con él para ver si ha habido algo que no haya trascendido y que sea importante para propiciar esta situación.

Una vez hubieron aterrizado en el aeropuerto de Barajas, tomaron un taxi directamente hasta la Facultad de Políticas, en el campus de Somosaguas, en el vecino municipio de Pozuelo

Improntuario de una crisis de fe

de Alarcón, donde en esos momentos debería estar dando clase Julián. Se dijeron que así aprovecharían para comprobar *in situ* qué tenían de especial esas clases y si había motivos suficientes para tener que evitarlas.

Cuando llegaron, estaba terminando la clase, con un debate acerca de la afirmación de Marx de que la religión era el *opio del pueblo*. Julián defendía la postura de que el hombre necesitaba aferrarse a algo, pero que Dios existe y la religión ayuda a estar en contacto con Dios y con uno mismo, siempre y cuando se tome la religión como algo espiritual, diferenciando muy bien la religión en sí misma de las instituciones religiosas, como la Iglesia Católica, Ortodoxa, Judía o cualquier otra, instituciones creadas por el hombre para fines diversos. Estas instituciones las consideraba necesarias para dirigir las oraciones y las ayudas a los demás, sin las cuales esto sería muy difícil de conseguir, pero como siempre, criticaba cualquier papel adicional y defendía la separación Iglesia/Estado como paso fundamental para alcanzar ese fin. Al darse cuenta de la presencia de los Cardenales, Julián dio por terminada la clase.

– ¿A qué se debe su visita, Excelencias? –

Improntuario de una crisis de fe

preguntó Julián a modo de saludo, alcanzándole la mano a Silvio Marini—.

— Por favor, llámenos por nuestros nombres de pila. Hemos venido a hablar con usted de todo esto que está pasando, pero es un viaje privado, podríamos decir. No queremos que nadie sepa que estamos aquí.

— Muy bien, Silvio ¿no? Podemos ir a mi despacho si les parece.

— Casi preferiríamos ir paseando hasta el colegio mayor cuando termine las clases, si no le parece mal.

— Estupendo. Yo ya he terminado mi última clase por hoy. Dejo estos papeles y nos vamos, pero tendremos que ir en autobús o taxi, porque el colegio está lejos de aquí. Esta facultad está fuera de la Ciudad Universitaria, es una de las pegas que tiene.

Salieron de la Facultad y pidieron un taxi. Fueron en silencio todo el camino, hasta que Julián ordenó al taxista pararse en el centro de la Ciudad Universitaria para poder ir dando un paseo hasta llegar al colegio mayor. Julián lo prefirió así para ir tomando contacto con aquella

Improntuario de una crisis de fe

extraña visita que le intrigaba más que molestarle. Se dirigieron hacia el Johnny bajo la mirada de una hilera de plátanos de sombra que guardaban la acera de un extremo a otro del paseo. Todavía era febrero, pero desde hacía unos días hacía un calor inusual para la época del año –hoy se lo achacaríamos al calentamiento global, pero en aquellos años simplemente decíamos que “hacía un calor del copón para estar en febrero”–.

– Entonces, ¿cuál es el motivo de su visita “privada”? –preguntó Julián sonriendo–.

– Pues verá Julián –introdujo Silvio Marini–, estoy muy extrañado de todo esto que está pasando, del interés del Cardenal Rosini y del Arzobispo de Madrid en quitarle a usted de en medio y quería intentar averiguar el motivo real de todo ello. He estado pensando sobre su actitud y no me parece tan grave como para excomulgarlo o mandarlo a un recóndito rincón de la geografía española.

– ¿El motivo real? –preguntó Julián con sorna–. ¿Por qué cree usted que hay algún otro motivo que mi participación en la organización del Movimiento Intelectual Joven, el MIJ, y mis

famosas clases y misas y mis artículos fuera del tono adecuado?

— No sea suspicaz, Julián —dijo Sc-ciola intentando relajar el tono de la conversación—. Simplemente estamos extrañados del castigo que solicitan para usted.

Según iban paseando y conversando, Julián pensaba en si confiar en ellos o no. Si realmente no estaban involucrados en lo que estuvieran tramando Rosini y compañía, serían la mejor ayuda para abortarlo. Pero también podían venir para averiguar qué era lo que sabía y lo que no, aunque esto se le hacía extraño; hubiera bastado con que le desterraran, cuanto más lejos, mejor, y muerto el perro se acabó la rabia. Le hubiera gustado consultarlo conmigo y con Tomás, pero no había tiempo, tenía que tomar una determinación así que decidió confiarse a ellos. A pesar de los reveses que estaba experimentando en los últimos días, Julián seguía confiando en las personas, creyendo que somos buenos por naturaleza. Yo siempre le decía que era muy inocente, que el hombre es egoísta, egocéntrico y ansioso de poder, pero él me decía que era muy desconfiado y que así no iba a establecer ninguna relación humana gratificante. El tiempo

me ha dado la razón una y mil veces, pero en aquél momento le pareció que era lo mejor así que les contó con todo lujo de detalles lo que había pasado en el Arzobispado, las conversaciones que había oído, lo de las tarjetas y la nota que había cogido con la fecha del 12 de marzo. Ya habían llegado al colegio cuando terminó de contarles sus certezas y sus sospechas y monomanías, y fueron a la cafetería del *Fenicio* a una mesa apartada para que nadie les pudiera escuchar.

— No sé, Julián, esto que me está usted contando me resulta muy extraño —reflexionó Marini; Scciola se mantenía un poco al margen—. Yo cuando pensaba que podía haber un trasfondo al castigo que pedían para usted no me podía ni imaginar que pudiera tratarse de algo así, de un golpe de Estado, un secuestro o lo que sea que estén tramando, si todo lo que me dice es cierto. No es que desconfíe de usted, pero por muy arcaico y anacrónico que sea Rosini, me cuesta creer que se meta en un lío así y no se dedique simplemente a adoctrinar a todo bicho viviente.

— ¿Qué iba a ganar yo inventándome una historia así? Sea lo que sea, creo que mis días

con mi vida tal y como la entendía hasta ahora han terminado. Le aseguro que no tengo ningún interés en inventarme una historia así para intentar salvarme de la quema. Además he confiado en ustedes aún a riesgo de que estuvieran implicados. Yo no lo he creído, y sigo sin creerlo, pero tengan por seguro que haré todo lo posible por averiguar qué es lo que está pasando y, si está en mi mano, intentar evitarlo.

— Está bien, Julián, le creo y, es más, creo que debemos de intentar ayudarle en su empeño por averiguar qué es todo este embrollo —dijo Marini decidido—. Giuseppe y yo podremos intentar averiguar más cosas estando en El Vaticano. Si de verdad está implicado Rosini en este asunto, sea el que sea, tenga la seguridad de que nosotros lo descubriremos. Tenemos un servicio de inteligencia, por llamarlo de alguna manera, que está a mi cargo y es mi obligación estar al corriente de todo lo que se urde dentro y fuera de las fronteras de nuestro pequeño Estado. Tenemos que ser todo lo discretos que se pueda, pero he de implicar a alguno de mis hombres en este tema. No se preocupe, su secreto está a salvo con nosotros. Por supuesto, usted es un punto clave en este proceso, pero

sigo sin entender el porqué del ensañamiento contra usted.

– Yo creo que tendrá que ver mucho con la opinión pública –opinó por primera vez Giuseppe Sc-ciola–. Si realmente pretenden hacerse con el poder, el tener en contra a la sociedad civil les haría muy difícil el mantenerse en el Gobierno y mucho menos legitimarlo. Si se extiende la idea de que la Iglesia no debe participar en ninguna de las decisiones, deberían esperar a otro momento más favorable. Aunque fuera un Gobierno por la fuerza, si tienes en contra a la mayoría, es muy difícil mantenerlo de una manera sensata y mucho menos con el beneplácito internacional.

– Puede que tenga razón Giuseppe –acordó Silvio Marini–. Siendo así, deberíamos hacer algo para intentar adentrarnos en el Ejército, saber sus planes y, sobre todo, qué parte del Ejército está a favor, porque si es a nivel general será muy difícil detenerles.

– En este tema, un periodista amigo muy bien situado y con unos contactos inmejorables ya está moviendo sus hilos para recabar información. No obstante, no creo que tenga un

Improntuario de una crisis de fe

apoyo muy extendido porque si lo tuviera eso implicaría que habría un gran conocimiento del golpe y eso haría imposible el mantenerlo en secreto.

– Pero si no lo sabe casi nadie del Ejército, ¿cómo podrían sacar a los hombres y armas a la calle? –preguntó Sc-ciola–.

– Los soldados sólo obedecen órdenes – dijo Marini–.

– Si al final no se consigue abortar el golpe, llámémoslo así, confío en el criterio de los soldados y que se rebelen contra las órdenes recibidas y pase algo como en la Revolución de los Claveles de Portugal.

– Es usted un romántico empedernido –dijo Marini entre risas–. Me cae usted bien.

Al terminar la conversación, Marini y Sc-ciola tomaron un taxi de vuelta al aeropuerto. No querían estar mucho tiempo fuera de Roma y más ahora que sabían la posibilidad del golpe y debían de poner en marcha la maquinaria de precisión que es el servicio de inteligencia de El Vaticano; cuanto menos tiempo estuvieran fuera, menos sospechas levantarían, especialmente en

Improntuario de una crisis de fe

Rosini. Ahora debían darle la mayor confianza posible para intentar ganárselo. Si no conseguían nada de información de su parte, por lo menos evitarían presunciones o suspicacias de parte de Rosini hacia ellos.

En cuanto se fueron, Julián vino a verme a la redacción del periódico en donde ultimábamos los detalles del primer número que pretendíamos sacar el fin de semana. Sabía que no era un buen momento, pero la visita y posterior conversación con los Cardenales merecían la pena la interrupción. Además el tiempo apremiaba; sólo quedaban cuatro semanas para el referéndum sobre la OTAN y teníamos que hacer algo rápidamente, aunque sinceramente todo esto nos estaba quedando como los zapatos a un payaso o mi camisa a cualquiera de las chicas que pasaban por mi cama.

Según entraba por la puerta de la redacción fui a su encuentro corriendo porque acababa de recibir una llamada de Tomás. Al parecer uno de sus topos en Capitanía General había conseguido contactar con un Coronel que estaba implicado en la organización del golpe pero se había arrepentido. Fue precisamente ese Coronel el que se puso en contacto con el topo, un

Improntuario de una crisis de fe

Capitán del gabinete de prensa que tenía muy buenas relaciones con Tomás, a sabiendas de que la información traspasaría las puertas de la Capitanía y llegaría a los oídos de algún periodista bien posicionado. Lo que había dicho el Coronel había sido muy escueto debido al miedo que tenía; sabía que si se daban cuenta las consecuencias serían terribles para él.

Le había dicho al Capitán que un grupo de Generales estaba organizando un golpe de Estado para el 12 de marzo. Pretendían hacer algo similar al intento del 23 de febrero de 1981, pero esta vez el objetivo principal del asalto era el Palacio de la Moncloa, con la certeza de que estaría más desprotegido que de costumbre, o al menos no más vigilado que de costumbre, pues toda la cúpula del PSOE y del Gobierno estarían en la calle Ferraz a la espera del desenlace del referéndum. Desplegarían los tanques por el centro de Madrid, Zaragoza y Sevilla y asaltarían todas las delegaciones del Gobierno. No le había podido dar más detalles, pero lo que sí le dijo fue que iba a seguir implicado de cara a los cabecillas, para ver si así conseguía acceder a los detalles del golpe para intentar conjurarlos, aún a riesgo de su propia vida, aunque yo pienso

que precisamente eso era lo que pretendía, defender su vida. A mí los héroes gratuitos siempre me han dado que pensar y que sospechar; al igual que no creo en la bondad de las personas, mucho menos creo que alguien arriesgue su vida por alguna causa que no sea la suya propia, aunque Julián me estaba demostrando lo contrario. ¿Por qué arriesgaba él su vida? ¿Y Tomás? ¿Y yo? No puedo responder por Tomás y por Julián, pero después de pasados los años, con la perspectiva que da el tiempo y el sosiego que da la madurez, estoy seguro de que yo lo hice por egoísmo, por creerme alguien importante con un hueco en la historia, aunque después no haya trascendido nada; quizá por eso estoy ahora contando todo lo que pasó. Ya no sé si lo que cuento es del todo cierto o el tiempo ha ido deformando los hechos en mi memoria, pero lo que sí puedo asegurar es que lo sucedido está reflejado en esta historia, aunque pueda añadir algo de mi fabulación.

Julián me contó su conversación con los Cardenales. Parecía que ya se empezaba a aclarar la situación y el equipo se ampliaba con nuevos fichajes de élite. A mí la visita de los Cardenales se me antojaba cuanto menos

sospechosa, aunque el análisis que había hecho Scchiola de los motivos contra Julián por lo menos me parecía sensato y coherente, pero no por ello iba a confiar plenamente en los dos Cardenales. Me resultaba muy extraño todo lo que estaba pasando y encima la visita *de incógnito* de los dos curas como si fueran espías, me parecía hasta surrealista, de película de humor absurdo, entre lo naif y lo grotesco. De momento acordamos que no les diríamos nada de nuestras averiguaciones, si es que hacíamos alguna más, cosa que dudábamos en ese momento, hasta ver cuáles eran sus movimientos.

- Primero debemos de sentarnos con Tomás para decidir qué es lo siguiente que vamos a hacer –dije–.
- Yo de momento voy a intentar que el MIJ convoque una manifestación para tratar de forzar aún más la situación.

A Julián lo del MIJ le empezaba a parecer algo más que una mera treta. La sociedad española todavía tenía mucho que avanzar y mucho que aprender y él quería colaborar, y qué mejor manera que articular una serie de reivindicaciones que él creía legítimas y

Improntuario de una crisis de fe

organizar un grupo que las pidiera por todo tipo de cauces.

Una manifestación era una manera de hacerse oír y ahora estaba en situación de convocar a mucha gente; quizá el hecho de ser un sacerdote y liderar un grupo que podría ser tildado de *izquierdas* le diera una mayor resonancia, máxime teniéndonos detrás a Tomás y a mí, lo que le aseguraba que el diario de mayor difusión del país publicara la noticia y le diera incluso más relevancia de la que ya de por sí tenía; ese es el poder del periodismo.

Julián siempre se había dicho que su papel en la sociedad era el de luchar por sus ideales de igualdad, espiritualidad, ayuda a los demás y tolerancia. Hasta ahora había creído que desde dentro de la Iglesia, en su papel como sacerdote, era el mejor sitio para hacerlo, pero estaba descubriendo que la Iglesia la componen hombres, hombres con sus pasiones, sus miserias y sus ambiciones, algunas nada compatibles con su ideal de Iglesia ni por supuesto con el espíritu de la Iglesia primigenia. Se había dicho hasta la saciedad que ese era su sitio, pero ahora empezaba a tener serias dudas. Además, él era un simple sacerdote que no

podría cambiar lo que no le gustaba. Durante casi dos mil años la Iglesia había tenido unas ansias de poder que nunca había alcanzado a entender. ¿Cómo podía ser que los *herederos* de Jesús, por llamarlos de alguna manera, que se suponía predicaban el amor, se dedicaran a matar de mil maneras diferentes a quienes no comulgaban con ellos? Esta era una pregunta que no dejaba de hacerse y para la que nunca había encontrado respuesta. «Los actos de la Iglesia hay que entenderlos en su momento de la historia», le decían algunos compañeros del seminario cuando hablaban de este tema, «Tú no debes plantearte qué se hizo en el pasado, sólo debes estudiar la teología y aplicarla», le decían sus superiores sin encontrar ninguna justificación. ¿Y por qué ese ansia de poder y de *cristianizar* a todo el mundo? ¿Por qué no dejar a cada uno que crea lo que estime oportuno? ¿Quién les había dicho que estaban en posesión de la verdad absoluta y con qué derecho querían hacer que los demás creyeran en lo mismo que ellos? ¿Y porqué usar el nombre de Dios para acaparar riquezas y poder político? Todas estas preguntas se las había hecho desde siempre y creía que estando dentro de la Iglesia podría contribuir a cambiar algo. Ahora estaba

empezando a dudar, pero quería seguir creyendo que así era. De momento, con el MIJ podría intentar conseguir algo por otros medios, aunque se decía que no eran muy compatibles, era como dormir con su enemigo.

En los días siguientes Julián se dedicó a hablar con los chavales dirigentes del MIJ para hacer un llamamiento a una manifestación, con un eslogan y unas reivindicaciones concretas. Se reunió con la mayoría de ellos por separado. Con Jesús, un chaval con aspecto de hippie cuya principal reivindicación era el *No* a las guerras, a la OTAN y a todo lo que tuviera que ver con los Ejércitos. Con Luis, que a pesar de su aspecto pijo representaba a las ideas más profundamente arraigadas. Provenía de una familia muy modesta, de madre viuda que trabajaba de sol a sol para que él y su hermano tuvieran una educación que para ella era lo más que podía darles, algo de lo que la mujer careció como casi todas las mujeres de su época. Él reclamaba una oportunidad para los menos favorecidos; quería que el modelo productivo de la economía se cambiara por otro más justo, que tuviera en cuenta a los trabajadores y a los marginados y no se centrara en la acumulación de capital y la

especulación de todo tipo. Todos le llamaban el *pijo marxista*, aunque tenía una gran ascendencia sobre los compañeros del MIJ y junto con Julián era el integrante más admirado del movimiento. Con Andrea, una chica feminista, extremadamente feminista, que se sentía incómoda hablando a solas con un hombre, por muy sacerdote que fuera. Y así siguió con todos hasta que convocó una reunión conjunta, con la propuesta de un eslogan único que aunara los intereses de todos en la que se aprobaron éste y la fecha y el recorrido de la manifestación, *la manifa*, como le decían los chicos y chicas del MIJ.

En estas actividades Julián empezaba a sentirse muy a gusto, tanto consigo mismo como con los chavales con los que estaba tratando. Estaba acostumbrado a tratar con muchos chicos, de todo tipo y condición, pero con estos chavales se manejaba mucho más en sus dominios, eran estudiantes de una conversación amena e inteligente, que le obligaba a tener alerta todos sus sentidos y con los que se aseguraba la supervivencia de la imaginación y el entierro de la desidia y la vulgaridad. Le pasaba como con Fraga; había muchas cosas en las que no estaba

Improntuario de una crisis de fe

de acuerdo, pero se las argumentaban tan bien que le hacían dudar hasta de su propio nombre y le exigía buscar en todos los rincones de su cerebro razonamientos y pruebas a sus convicciones.

10 – La determinación

El fin de semana siguiente sacábamos el primer número de *Independencia*, el semanario –de momento, porque queríamos que fuera diario– que se centraba en una visión más progresista de la actualidad. Como no podía ser de otra manera, la editorial de este número de inauguración versó sobre el Movimiento Intelectual Juvenil, sobre sus reivindicaciones y sobre Julián. Pero sobre todo sobre el hecho de que hubieran tenido que ser un cura y unos cuantos chavales los que hubieran sacado a la calle unas peticiones que nuestra sociedad necesitaba desde hace mucho tiempo. La verdad es que en aquellos años, bien terciados los ochenta, todo el mundo reivindicaba algo y se manifestaba por algo, pero el hecho de que hubiera un grupo de jóvenes –muchos de los cuales ahora seguramente son dirigentes

políticos o empresariales— con una buena organización, con reivindicaciones claras, sensatas y bien argumentadas, era algo que se agradecía en aquel caos de creatividad que tendía hacia el esnobismo y la extravagancia. También aproveché la editorial para intentar añadir algunas más y dejar clara así nuestra seña de identidad, un periódico de inclinación marxista, sobre todo en un momento en el que el partido del Gobierno había renunciado a esta tendencia que en otro tiempo fuera su filiación más significativa, pasando de ser un partido obrero y socialista a ser un partido de masas aburguesadas cuyo objetivo principal era el apoltronarse en el poder —¡qué ironía! —exactamente lo mismo que pretendían la Iglesia y el Ejército! Por lo menos éstos lo hacían con el beneplácito de la sociedad civil—.

El MIJ centraba su reivindicación principal en la educación universitaria —eliminación de las cátedras vitalicias y un mayor control de la docencia, la congelación de las tasas académicas y la derogación de la Ley de Reforma Universitaria por considerar que atentaba contra la autonomía universitaria. Se denunciaban también las malas condiciones de

instalaciones y servicios, la insuficiencia numérica del profesorado y la dificultad o inexistencia de clases prácticas–, pero también incluía en su decálogo otras como una economía alternativa que no se centre tanto en la acumulación de capital y que incluya en el tejido productivo a los más desfavorecidos, la igualdad entre hombres y mujeres o un subsidio de desempleo más justo. A estas nosotros añadimos otras como la lucha contra los GAL –que en aquel momento todavía no había sido destapado pero ya habían empezado a actuar–, el uso del diálogo para la desaparición del terrorismo, la inclusión del cuidado del medio ambiente como una política y una necesidad urgente, atender a las necesidades de mujeres y de homosexuales o luchar contra la corrupción de los gobernantes, de cualquier color político y a cualquier nivel. Hoy en día muchas de estas reivindicaciones ya parecen cosa del pasado, pero en aquel momento era lo que la sociedad demandaba, o al menos eso creíamos nosotros.

En fin, una declaración de intenciones que dejara clara la línea editorial para la que el MIJ nos sirvió como punto de partida y así de paso aprovechar para darle aún más relevancia. Quizá

fuera poner a Julián en el disparadero, porque si una cuadrilla de descerebrados eran capaces de dar un golpe de Estado, no creo que les dolieran prendas en deshacerse de un curita molesto, pero él estuvo de acuerdo con ello. Aunque no hubiera hablado de él en nuestro primer número, seguiría estando en el centro del objetivo de las rastreras mirillas con las que pretendían cambiar el curso de la historia, de la historia que habíamos decidido entre todos y que no queríamos que nadie nos quitara el derecho a equivocarnos.

También aprovechamos para incluir un anuncio de la convocatoria de la manifestación que promovía el MIJ con el lema “Por una enseñanza de calidad y una sociedad más justa”. Yo le dije a Julián que era meter en el mismo saco una reivindicación concreta con una declaración de intenciones, pero votaron en el MIJ y les pareció correcto ese lema; Julián no quiso hacer más hincapié para que no se viera su especial interés en la manifestación y así pareciera que era idea del grupo completo. Si hablaba sólo de la enseñanza tendría más credibilidad por provenir de un grupo de estudiantes, pero se quedaría coja para los objetivos del grupo. Por eso se

decidió añadir alguna declaración que aunara a todas las demás reivindicaciones, aunque fuera un poco abstracta como eso de la «sociedad justa». ¿Qué es una sociedad justa? ¿Quién lo define? ¿No es cierto que lo que para unos es justo para otros no lo es? Estuvimos más de dos horas debatiendo sobre el tema y Julián sacó toda su artillería de conocimientos sobre todas las discusiones filosóficas, políticas y sociológicas que se han realizado sobre el tema, especialmente los escritos de Rawls sobre la teoría de la justicia y su tratamiento principal de la justicia como equidad, tanto para las libertades básicas como para las desigualdades sociales y económicas. Mis argumentos eran sólo de sentido común pero Julián iba diez pasos por delante. Al final por supuesto no llegamos a ninguna conclusión y dejamos estar el tema y el eslogan.

La manifestación se iba a celebrar al día siguiente, pero antes estuvimos por la tarde en el despacho de Tomás porque tenía que contarnos sus nuevas averiguaciones a través del topo de Capitanía. El Coronel le había dicho que ya habían conseguido implicar también a la Capitanía de La Coruña para sacar los tanques a

la calle y que se estaba mojando más la Iglesia. El Arzobispo Cardenal Primado de Toledo estaba también de acuerdo con la ejecución del golpe – eso era decir mucho, pues era una de las mayores autoridades eclesiásticas en España– y estaban redactando una carta para leer en todas las Iglesias en el sermón del domingo 16 de marzo dando así un espaldarazo al golpe que se iba a dar el miércoles anterior. Tenían la confianza de que la Conferencia Episcopal diera también apoyo a ese manifiesto de adhesión al golpe para poder así defender los valores tradicionales que se estaban perdiendo desde que se instauró la democracia, se aprobó la constitución y, especialmente, desde que el PSOE llegó al poder.

- ¿Pero qué valores tradicionales? –gritó Julián con los nervios a flor de piel–. ¡Si los únicos valores que se pretenden recuperar son los monetarios de sus reliquias y del dinero que reciben de los Gobiernos! ¡Si la única moral que practican es la de la opulencia y la ostentación!
- Tranquilo Julián –le dijo Tomás–, que no vamos a dejar que el golpe estalle.
- ¡Pero si ya no es eso! Si lo que a mí me

gangrena es que justifiquen unos valores que nada tienen que ver con lo que realmente ellos persiguen. ¡Qué estamos casi en el siglo XXI, joder! ¡Si lo único que tenemos que hacer es poner el reloj de la Iglesia en hora con los tiempos! Ya sé que repito mucho esa frase, pero es que somos el único país de la Comunidad Europea que tenemos una Iglesia tan retrógrada. ¡No sé ni cómo nos han dejado entrar!

- No te equivoques, Julián. Que esto está hecho con el beneplácito de Roma.
- De Roma no. De Rosini y compañía.
- ¿Y tú estás seguro de que Marini y Sccciola no están metidos en el ajo? –le pregunté–.
- Pues seguro no puedo estar, Carlos, pero confío en que hayan sido sinceros. La verdad es que poco más pueden averiguar que ya no conozcamos. Ya sabemos que media Iglesia española está detrás del golpe y la otra media me da igual que esté o que no. Y también sabemos que una buena parte del Ejército está a favor de encaramarse una vez más a la poltrona. ¿Qué más necesitamos saber? Ahora lo que tenemos que hacer es intentar atajarlo como sea.

Improntuario de una crisis de fe

— Sí Julián, nosotros no necesitamos saber más, pero necesitamos pruebas para dárselas al Gobierno y a la opinión pública —dijo sensatamente Tomás—, y poco más podemos hacer para evitarlo que decírselo a alguien que sí pueda hacerlo. Ni tú ni yo vamos a salir con una ametralladora y el cuerpo cargado de cananas y granadas en plan Rambo.

En el mismo momento que se producía esta reunión en Madrid, en Roma el Cardenal Marini había convocado a una reunión a Sccciola y Rosini para hablar de Julián y comunicarle al Cardenal su decisión en lo referente a ese tema. Como siempre, Marini permanecía mirando por la ventana, de espaldas a sus interlocutores, con las manos cogidas por detrás.

— Señores, en el asunto del Padre Luna he tomado la decisión de mantenerle tal y como está. He analizado la situación y estimo que no puede ocasionar ningún mal —dijo Marini mirando cómo un grupo de japoneses en la plaza de San Pedro fotografiaba hasta las cagadas de las palomas—.

— ¡No me puedo creer lo que estoy oyendo! —dijo Rosini en un tono más alto de lo habitual en

los despachos de El Vaticano—. ¿Cómo que no puede ocasionar ningún mal? ¿Y qué pasa con la manifestación de mañana? Cuando la gente vea a un cura al frente de una jauría de hippies, ¿qué van a decir de nosotros? Va a parecer que la Iglesia apoya sus reivindicaciones.

— Cálmese. En primer lugar, es una falta de respeto llamar jauría a un grupo de personas que expresan una serie de peticiones. Podrá estar usted de acuerdo o no, pero eso no le da derecho para insultar ni para faltar al respeto. Además, las reivindicaciones que esgrimen mañana son perfectamente justas y asumibles por la Iglesia, que por otro lado no está representada por un simple sacerdote ni éste actúa en nombre de la Iglesia; participa a título personal y creo que eso no va a dar lugar a ninguna duda. Por cierto, le veo muy informado de todo lo que sucede en Madrid. ¿Tiene usted algún especial interés en esto? —al oír esta pregunta Sc-ciola se revolvió en su sillón. Le parecía muy directa y muy temprana y quizás pudiera hacer sospechar a Rosini, que sería un dinosaurio, pero tonto no era—.

— No, no tengo ningún especial interés fuera de mi responsabilidad Excelencia —

Improntuario de una crisis de fe

respondió Rosini en un tono mucho más bajo—. No entiendo a qué viene esa pregunta.

— Sólo me pareció que tenía usted algo contra el Padre Luna. En los últimos meses ha habido situaciones similares en España y en otros países y nunca le ha dedicado más de unos minutos al tema. En cambio ahora le veo muy puntilloso, como si quisiera que nada le pudiera molestar en Madrid —Marini continuaba echando cebos para ver si Rosini picaba—.

— Me gustaría hablar con usted a solas —le propuso Rosini a Marini—.

— ¿Por qué? Ya sabe que no me gustan los secretos entre nosotros, y no creo que haya nada que Monseñor Sc-ciola no deba escuchar.

— Se lo ruego Excelencia —pidió Rosini mientras Sc-ciola se levantaba para marcharse del despacho—.

— Y bien, usted dirá —dijo Marini una vez estuvieron a solas—.

— Por sus palabras deduzco que usted sospecha que hay algo detrás del mero hecho de que el Padre Luna esté trabajando en el borde mismo de lo aceptable.

- No me negará que sus hechos así lo indican. Me parece como si tuviera un gran campo de césped y no quisiera que le naciera ni un solo trébol, aunque sea de cuatro hojas como es este caso.
- Quizá, pero no es nada personal contra el Padre Luna. Simplemente creo que en España hay una situación política y social que desaconsejan el permitir este tipo de situaciones.
- ¿Y cuál es según usted esa situación? – preguntó Marini.–
- Pues a la Iglesia se la está dejando cada vez más de lado y hay que recuperar el protagonismo de hace unos pocos años. El protagonismo y también el poder, sobre todo el poder. Y el Padre Luna es un mal ejemplo. Si de verdad queremos ser lo que éramos, debemos ser más duros, y además hay que dejar ver esa dureza para que nadie se llame a engaño.
- ¿Y qué es lo que éramos? ¿Una Iglesia al servicio de una dictadura en cuyo nombre se torturaba y asesinaba a todo aquél que pensara diferente? A mí esto me recuerda a tiempos muy del pasado, la misma actitud aunque maquillada con detenciones y juicios aparentemente legales.

Improntuario de una crisis de fe

– No estoy de acuerdo con usted. Teníamos el poder de adoctrinar a la población, de establecer los criterios de la buena vida y la buena fe y sobre todo de hacerlos cumplir. Ahora hemos pasado al extremo opuesto y hay que recuperar ese poder para hacer que la sociedad española sea una sociedad exclusivamente católica y desterrar a todo aquel que no lo sea y si es necesario volver a usar el miedo, pues se usa.

– ¿Y qué cree usted que habría que hacer para recuperar ese poder?

– Eso es de lo que quería hablarle sin Monseñor Sc-ciola delante. Es un tema bastante delicado y confío en su discreción, Excelencia – dijo Rosini casi tartamudeando. No estaba seguro de hacer lo correcto pero, o se ganaba a Marini o Julián seguiría campando a sus anchas poniendo a la sociedad española en contra del poder de la Iglesia y el golpe podría llegar a peligrar–.

» En connivencia con altos cargos de la Iglesia en España así como del Ejército, tenemos previsto volver a tomar el poder el próximo día 12 de marzo, justo cuando en España se celebra el

referéndum sobre su permanencia en la OTAN. El Ejército tomará el Palacio de la Moncloa, los Ministerios y las delegaciones del Gobierno repartidas por España y luego la Iglesia apoyará el golpe en su hoja parroquial, pasando entonces a formarse un Gobierno compartido por Iglesia y Ejército, presidido por un General y teniendo como vicepresidente al Arzobispo de Madrid. Por eso estoy en permanente contacto con él, para que me informe de los avances de la preparación, de las adhesiones con las que contamos y sobre todo para adoctrinarlo para su futura responsabilidad, aunque en este punto empiezo a tener mis dudas —Marini escuchaba en silencio, inexpresivo—.

» Como comprenderá, esto que le acabo de contar es muy delicado y espero que usted se una a este proyecto de recuperar España para nuestra causa, única, noble y justa para así volver a ser grandes. Hasta ahora todas las personalidades con las que hemos contactado nos dan su apoyo y estamos ahora tratando de que la Conferencia Episcopal nos dé el espaldarazo definitivo.

— ¿Y qué apoyos tienen aquí en Roma?

Improntuario de una crisis de fe

- Preferiría no hablar de ese tema con usted hasta que no esté seguro de que nos ha prestado su apoyo.
- ¿Y qué pasará si no lo hago?
- Hasta ahora todas las personas con las que hemos contactado se han adherido a nuestra causa. Algunos pocos lo han dudado, pero nuestras razones los han acabado por convencer. No sé si me explico –dijo Rosini hablando en un tono más bajo acercándose a Marini–.
- ¿Me está usted amenazando?
- En absoluto. Simplemente le digo que estoy seguro de su adhesión –dijo Rosini mientras se acercaba a la puerta para salir del despacho–.

Marini se sentó en su sillón agotado. La tensión de la conversación, en la que debía de parecer lo más frío posible, le había dejado exhausto.

Cuando convocó la reunión, ni por asomo hubiera pensado que iba a lograr aquella confesión de Rosini, aunque su amenaza sorprendentemente no le producía ninguna duda sobre cómo debía de actuar. Sabía que si no se

adhería al grupo que iba a provocar el golpe, su vida podría llegar a correr peligro, pero en ese momento eso no le importaba lo más mínimo. No le cabía la menor duda de que si estaban dispuestos a dar un golpe de Estado, no tendrían miramientos en deshacerse de cualquier estorbo que pudieran encontrarse en medio del camino.

No sería la primera vez que veía cómo en el seno de la Iglesia había tramas para medrar que contrataban mercenarios para deshacerse de alguna persona que podía hacer fracasar sus planes; hasta en más de una ocasión había supuesto que Rosini llegó hasta donde estaba ahora a base de eliminar cualquier obstáculo en su camino de forma expeditiva, si no, no se entendía cómo podía ser el responsable de la Doctrina de la Fe una persona cuya única doctrina era quitar del medio a quien no fuese como él o supusiera la menor amenaza para su escalada en la jerarquía de la Iglesia. Además Juan Pablo II era una persona mucho más transigente, que respetaba a todas las creencias y nunca había estado dispuesto a tolerar comportamientos ultraconservadores en el seno de su empresa, por lo que no se explicaba cómo había podido elegir al Cardenal Rosini para dirigir

Improntuario de una crisis de fe

un ministerio tan delicado como el que dictaba las normas doctrinales de la Iglesia.

Sabía que debía hacer todo lo posible por evitar el golpe y ahora ya sabía cómo hacerlo.

11 – La manifestación

La manifestación fue todo un éxito de convocatoria. No sólo habían ido los estudiantes, tanto miembros del MIJ como independientes, sino que se sumaron multitud de políticos, sindicatos y periodistas, conmigo a la cabeza, junto a Julián y a Tomás. También acudieron grupos de feministas, homosexuales, ecologistas, *okupas* –o *squatters*, como todavía los llamábamos– y toda clase de grupos sociales, que en aquellos años, mediados los ochenta, eran más variados de lo que nunca han sido, sobre todo en cuanto a las tribus urbanas que se podía uno encontrar. No había más que dar un paseo por al lado de la manifestación e ir apuntando diferentes tipos de personas y la lista podía ocupar varias páginas.

En estos años que han transcurrido hemos

pasado del eclecticismo más absoluto a la uniformidad por bandera; todos nos vestimos igual, comemos lo mismo y hasta compramos los muebles en la misma gran tienda que te los entrega desmontados. Hoy en día, los elementos irreconciliables de la cultura, el arte y la diversión son reducidos mediante su subordinación a la totalidad de la industria cultural. Ésta consiste en reiteración; el hecho de que sus innovaciones características se reduzcan siempre y únicamente a mejoras de la reproducción en masa no es algo ajeno al sistema. Lo que podría denominarse valor de uso en la recepción de los bienes culturales es sustituido por valor de cambio; en lugar del goce se impone el simple participar y el estar al corriente de lo que hay en el mercado; en lugar de la autoridad y capacidad del conoedor, se impone el aumento de prestigio. Muchos artistas, escritores, músicos o periodistas se alejan de la verdadera raíz de su oficio para acercarse a las masas y conseguir reconocimiento y prestigio.

El consumidor se convierte en coartada ideológica de la industria de la diversión, a cuyas instituciones no puede sustraerse. El pensamiento pierde impulso, se limita a la

Improntuario de una crisis de fe

captura del hecho aislado y las conexiones teóricas complejas son rechazadas como un cansancio inútil y fastidioso, mientras que el momento evolutivo del pensamiento es olvidado y se reduce a lo presente e inmediato, a lo extensivo. El ordenamiento de la vida actual no nos deja espacio para extraer consecuencias intelectuales y el pensamiento, reducido a saber, es neutralizado.

La tecnología también provee la gran racionalización para la falta de libertad del hombre y demuestra la imposibilidad técnica de ser autónomo, de determinar la propia vida, especialmente con el advenimiento de Internet, el correo electrónico o las redes sociales. Porque esta falta de libertad no aparece ni como irracional ni como política, sino más bien como una sumisión al aparato tecnológico que aumenta las comodidades de la vida y aumenta la productividad en el trabajo, no dejándonos escapar de ella.

Escribí un nuevo artículo para *El País* sobre la manifestación, haciendo por supuesto hincapié en el hecho de que Julián fuera al frente de la marcha. Al empezar a movernos me dijo: «*me estoy empezando a acojonar*». Veía que todo

esto se nos estaba empezando a escapar de las manos, que estaba comenzando a tener mucha resonancia y trascendencia social y seguro que no le gustaba a sus jefes, y mucho menos a los que estaban organizando el golpe. Decía que no está preparado para dirigir a una masa heterogénea de gente hacia una lucha social, como así la llamaba él. El sabía dar sermones y debatir en clase sobre una serie de temas que conocía perfectamente y sobre los que estaba bien documentado, pero es de esas personas que si no saben de una cosa, prefieren no hablar de ella y el liderar un movimiento de lucha no le terminaba de parecer su misión. Cualquiera que lo viera sujetando la pancarta roja con letras blancas, con una chaqueta de pana y una barba desarreglada que le llega casi hasta el pecho, juraría que era un dirigente del Partido Comunista o de Comisiones Obreras, pero desde luego no parecía un sacerdote especialista en la sociología de la religión.

Al terminar la marcha, que fue desde la Plaza de Colón hasta la Puerta del Sol, se leyó un manifiesto exponiendo el decálogo del MIJ. Al principio subió a leerlo Luis, el *pijo marxista*, pero todo el mundo empezó a gritar el nombre de

Julián, por lo que se vio obligado a ser él quien lo leyera, aunque no hizo ninguna manifestación fuera del guión. Se limitó a leer el decálogo sin más; no sabía qué decir ante la insistencia de los manifestantes. Se quedó unos minutos en el estrado preparado en la Puerta del Sol, debajo del edificio de Correos, intentando acallar a la gente hasta que pudo leer el manifiesto dudando de si intentar arengar a esa especie de monstruo en que se convierte la gente cuando se integra en un grupo nutrido con un eslogan ante el que vociferar, ese monstruo con una voz y un pensamiento único, a pesar de la variedad de las personas que lo integren.

Desde el estrado, mientras esperaba, le parecía como un coloso inmenso cuyo único ojo fuera él. Al final Julián se echó para atrás asustado de lo que el monstruo podía llegar a hacer. Lo único que dijo al terminar el manifiesto fue «y ahora vámonos cada uno a seguir con nuestra lucha diaria»; yo creo que esa fue la manifestación que se ha disuelto más rápida y sin incidentes de todas las que he visto, y he visto muchas en mi vida de periodista.

Mientras estaba leyendo, se acercó Santiago Carrillo a pedirme que le presentara a Julián.

Improntuario de una crisis de fe

Hacía tiempo que no veía a nadie con ese imán para atraer a la gente ni para comunicar un mensaje y mucho menos para disolverlos tan pacíficamente. Cualquier cosa que Julián hubiera pedido al coloso en ese momento lo hubiera conseguido.

- Encantado de conocerte –le dijo Carrillo a Julián–. Me habían hablado muy bien de ti y tenía ganas de charlar un rato contigo.
- ¿Y quién le ha hablado de mí?
- Por supuesto Carlos, pero también me habla mucho Manuel Fraga. Me dice que eres una de las pocas personas a las que no puede ganar en una batalla dialéctica. Otra soy yo –le dijo en voz baja guiñándole un ojo–.
- Manuel es un buen compañero y una gran persona, aunque no coincidamos en muchas cosas. Pero lo cortés no quita lo valiente, ¿no?
- Estoy de acuerdo. Oye, el día que te echen me gustaría que te vinieras al partido. Estoy seguro de que podríamos hacer muchas cosas juntos.
- ¿Por qué cree que me van a echar?

Improntuario de una crisis de fe

– Tú me dirás. Estás echando un pulso a la Iglesia y por mucho que la sociedad, o una parte de ella, te apoye, una persona sola no puede nada contra cualquier institución. Además la Iglesia es una de dos mil años de antigüedad que ha aguantado guerras y conspiraciones y que tiene un poder casi ilimitado, por mucho que nos empeñemos en lo contrario.

– Entonces esto que estoy haciendo ¿no vale para nada? –le preguntó Julián un poco molesto–.

– ¡Claro que vale! ¡Y para mucho! Pero desde luego no para luchar contra tu Iglesia. Vale para hacer más fuerza en reivindicaciones que todos creemos justas y que el Gobierno no se puede negar a acometer. A su tiempo, pero estoy seguro que todo esto que se pide tarde o temprano lo conseguiremos. Nosotros llevamos años reclamando estas mejoras sociales entre otras, pero una voz más y tan fuerte como la que se ha oído hoy aquí, seguro que permite tomárselo más en serio al Gobierno y hacer más caso.

– Me alegro de que piense así y ojalá tenga razón y todo esto sirva para algo y el trabajo que

hemos hecho no haya sido en balde.

– Estoy seguro de que servirá. Además, teniendo al compañero Carlos en *El País* y ahora con *Independencia*, la repercusión en los medios está garantizada y su asentamiento en la sociedad civil es sólo cuestión de tiempo, cada vez menos, estimo yo.

– Ese optimismo me anima a seguir adelante. Muchas gracias y encantado de conocerle –se despidió Julián estrechándole la mano–.

Al terminar la manifestación, le di mi artículo manuscrito a Tomás y me fui a descansar; él se encargaría de revisarlo, corregirlo y mandarlo a las máquinas. Llevaba varios días sin dormir casi nada y el cuerpo estaba empezando a resentirse, así que le pedí a Tomás el favor de que llevara mi artículo al diario y lo introdujera en el sistema de producción editorial. Mientras, Julián se fue con los compañeros del MIJ a celebrar el éxito de la manifestación por los bares del barrio de Huertas, acabando en un concierto de Ñaco Goñi y Malcolm Scarpa en *El Populart*, un café que ofrece conciertos a diario sobre todo de blues y de jazz, y es que el vivir en el Johnny marca los

gustos musicales aunque uno no quiera; todas las semanas escuchando conciertos de estas músicas, fuera de los circuitos comerciales, va formando las preferencias y la oreja.

La juventud de Julián hacía que no desentonara con los compañeros del MIJ, a pesar de que el aspecto de éstos estuviera cuidado hasta el mínimo detalle y Julián fuera el más desaliñado que había en el local. A todos estos chavales su imagen les importaba mucho, era como una seña de identidad, como decir «yo soy un *punk* y por eso soy anarquista» o «yo soy *mod*, voy en scooter y me gusta el *pop-art*»; en cambio Julián era un desastre en su aspecto personal: llevaba la barba larga y desarreglada, siempre iba despeinado y los pantalones y las camisas invariablemente eran dos tallas más grandes que su enjuto cuerpo. Por una vez se dedicó a disfrutar, sin pensar en la Iglesia ni el Ejército ni golpes de Estado ni nada que no fuera dedicarse un rato a sí mismo.

Este estado de distensión fue el que le permitió conocerla. A primera vista se podría decir de ella que era una chica normal, del montón, casi tan desarreglada como Julián, pero cuando te acercabas a hablar con ella y te fijabas en sus

rasgos te daban cuenta de que tenía una cara que bien podría haber representado el canon de la belleza, con los rasgos definidamente marcados, la nariz un poco respingona y unos ojos grises que parecían no tener fondo. Pero lo que realmente les permitió conectar fue que Elena era tan buena conversadora como Julián. Hubo un momento en el que ni escuchaba la música del concierto ni prestaba atención a los que detrás de él intentaban llamar su atención sobre cualquier tema, estaba completamente absorto en las palabras de Elena y en su pelo moreno, muy corto para lo que se solía llevar entonces.

Antes de terminar el concierto, salieron juntos del café y fueron paseando calle abajo, cuando se puso a llover y Julián se quitó la chaqueta de pana para cubrirse los dos, empezando a correr y a reír, hasta que llegaron al Paseo del Prado y pudieron tomar un taxi, ya calados y ateridos. «Al colegio mayor San Juan Evangelista, por favor».

Al día siguiente todos los periódicos se hicieron especial eco de la manifestación del día anterior y nosotros por supuesto también. Unos de los ejemplares de *El País* estaba abierto por la página de la noticia encima de la mesa del

Arzobispo de Madrid en el momento en que recibió una llamada telefónica.

– ¡Esto ya es lo último! ¡Qué será lo siguiente! ¿Ya no puede ni mantener a raya a uno de los suyos? –vociferaba Rosini al otro lado de la línea–.

– ¡Pero si esto ya no está en mi mano, ya no puedo hacer nada más! ¡Si ha sido el mismísimo Cardenal Silvio Marini el que ha ordenado expresamente que siguiera en sus actividades!

– Bueno, de Marini quería hablarle. Le he contado nuestros planes con la confianza de que se adhiera a nuestra causa y así tener más legitimidad y de paso deshacernos del Padre Luna –se confesó Rosini–.

– ¿Pero está usted seguro de lo que ha hecho? ¿Le ha confirmado su adhesión? Porque si no quiere, a él no lo podemos apartar ni convencer por otros medios, y la verdad, dudo de que Marini esté a favor del operativo.

– No me ha quedado más remedio. ¡Además usted no es quién para cuestionar mis acciones ni mis decisiones! ¡Usted obedece y no

Improntuario de una crisis de fe

hay más que hablar! Si al final no se aviene a razones tenga por seguro que algo haremos para quitarlo de en medio, pero eso no es de su incumbencia.

– Bueno, Excelencia, usted sabrá, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Marini tiene suficiente poder como para hacer fracasar el golpe.

– ¡Y a mí qué me importa si usted está de acuerdo o no! Dedíquese a obedecer y a prepararse para lo que viene; para pensar ya estamos los demás –gritó Rosini antes de colgar–.

Ese mismo día conocí a Elena por accidente. Fui a primera hora a hablar con Julián al colegio y al ir a llamar a su habitación se abrió la puerta, encontrándome cara a cara con Elena, que se marchaba en ese momento. Me quedé paralizado, pero a ella no pareció perturbarle lo más mínimo el hecho de encontrarse conmigo. «Buenos días» me dijo, sin siquiera mirarme, y desapareció por el pasillo, andando con la soltura que imprime el saberse observada y admirada.

– ¿Qué has hecho Julián? –pregunté sin salir de mi asombro–.

Improntuario de una crisis de fe

- Nada que no debiera, no te preocupes Carlos. Elena es una chica del MIJ con la que he establecido una buena relación. Hemos estado toda la noche hablando sin parar.
- ¿No le habrás contado nada, no?
- No lo he hecho, pero no creo que hubiera pasado nada. Es una chica con las ideas muy claras y seguro que nos vendría bien tenerla de nuestro lado. Hacía tiempo que no conectaba tanto con una persona.
- Ya, pero sólo la conoces desde ayer. Es preferible no contarle nada a nadie más por lo que pudiera pasar.
- Lo que tú digas Carlos. Hoy estoy de muy buen humor y sin ninguna gana de discutir. De momento no le contaré nada hasta que la conozca un poco más. Luego he quedado con ella para comer. Estudia psicología y comeremos en la cafetería de su facultad, que está al lado de la mía.
- ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?
- ¿Y qué estoy haciendo, según tú? – preguntó Julián visiblemente molesto–.

Improntuario de una crisis de fe

– ¡Joder, Julián! Que eres sacerdote y no me creo que una chica así quiera sólo conversación.

– Pero dos no se pelean si uno no quiere. Simplemente es una chica con la que me siento a gusto hablando de cualquier tema, una posible buena amiga. Tú lo que tendrías que hacer es apoyarme, haga lo que haga. No hay quien te entienda. Siempre estás diciéndome que me salga del sacerdocio, que qué es lo que hago yo aquí y no sé cuántas cosas más y ahora me vienes con un falso y rancio puritanismo. A veces pienso que tú eres más reaccionario que aquellos a los que criticas.

– Vale tío, ahí me has dado. Tienes razón, y te apoyaré hagas lo que hagas, pero por favor, ten cuidado y no le cuentes nada, por lo menos hasta que no haya pasado todo.

Nos encontrábamos en esta conversación cuando sonó el teléfono. Era una llamada del mismísimo Cardenal Marini, pidiéndole a Julián que volviera a ir a Roma para tratar de un asunto de vital importancia. «No le puedo decir nada más por teléfono» fue su despedida. Esta vez yo no podía acompañar a Julián porque tenía mucho

Improntuario de una crisis de fe

trabajo en los dos periódicos y Julián retrasó hasta última hora la salida poniendo como excusa que tenía un examen, aunque en realidad lo que pretendía era no perderse la comida con Elena.

12 – Marini y Elena

A la mañana siguiente Julián estaba puntual en la cafetería de la terraza del hotel Sant'Angelo donde había quedado con Silvio Marini. Éste prefirió quedar ahí para que no le viera nadie en El Vaticano reunirse con Julián. No sabía quién estaba compinchado con Rosini, así que tenía que tomar todas las precauciones posibles. Sólo se fiaba de Sc-ciola y del propio Papa, con el que había estado hablando el día anterior acerca de lo que le había contado Rosini. En un principio dudó si hacerlo o no, pero se dijo que si Juan Pablo II hubiera tenido conocimiento del golpe lo hubiera desautorizado y si no lo hubiera hecho ya no le quedaría nadie en quién confiar, así que se arriesgó a hablar con él de los planes de dar un golpe de Estado en España.

Julián estaba sentado en una mesita al lado de la

barandilla de la terraza, tomando un café y pensando en Elena mientras observaba la magnífica vista que se divisaba desde allí. Cuando llegó Marini, casi ni le reconoció. Iba vestido con vaqueros y zapatillas y cubierto por una gorra de tela con el escudo del *Inter de Milán* y unas gafas de sol. Se sentó a su lado sin decir nada, observando la vista que no estaba acostumbrado a contemplar; el estar dentro del bosque no permite contemplar la inmensidad de la marea verde que se observa desde el aire.

- Ayer estuve hablando con el Santo Padre acerca del golpe.
- ¿Ha averiguado algo más a través de su gente? –preguntó Julián–.
- No me ha hecho falta. Ha sido el propio Cardenal Rosini el que me ha puesto al día de los planes, con la intención de que me adhiera a ellos.
- ¿Y usted qué va a hacer?
- ¿Usted qué cree? Si ahora estoy hablando con usted y ayer con Su Santidad creo que queda clara mi postura.
- ¿Y qué cree que va a hacer Rosini al

respecto?

- No sé de lo que puede ser capaz, de hecho me amenazó, pero mi intención es no darle opción a hacer nada.
- ¿Y cómo va a hacer eso?
- Este domingo el Papa va a leer una carta condenando la trama y desautorizando a todos los que sabemos están implicados: Rosini, el Arzobispo de Madrid, Monseñor Heredia, etcétera.
- ¿Y qué pasa con el Ejército? Supongo que a ellos no les importará que la Iglesia no les apoye y seguirán con sus planes.
- No lo sé, yo creo que los que han empezado a mover esto son Rosini y sus adláteres y al Ejército lo han liado sin que se den cuenta. No obstante, por si acaso hoy mismo Su Santidad va a llamar al Rey Juan Carlos para que haga lo mismo que en el golpe del 23 de febrero del 81, pero previamente deberá de asegurarse el control de las tropas por los generales de los que esté seguro que son fieles a la Corona y a la democracia.
- No sé. Si están dispuestos a dar el golpe,

quizá no les importe que el Rey no esté de su parte.

– Pero el Rey es el General en Jefe de las fuerzas armadas y estoy seguro de que habrá más soldados en contra del golpe que a favor. Es cierto que corremos el peligro de que estalle una contienda a raíz de la división en el Ejército, pero no creo que la sociedad española apoyara esta situación. Bastante les ha costado salir adelante en los últimos diez años como para tirar ahora todo por la borda. No obstante, será el Rey quien decida qué hacer.

– Bueno, yo ya dejo en sus manos todo, yo poco más puedo hacer.

– Sí que puede hacer –replicó Marini–. Usted debe seguir con el MIJ e incluso podría intentar radicalizar un poco las reivindicaciones. Ya sé que es pedir mucho y además es tirar piedras contra mi propio tejado, pero así tendremos a la sociedad más alerta por si al final no consiguiéramos abortar el golpe. Tanto el Santo Padre como yo somos partidarios de que hay que abortar esto cueste lo que cueste, aun a costa de la implantación de la Iglesia en la sociedad española, pero no podemos consentir

que haya otra lucha de sables respaldada o promovida por nosotros. Bastante se ha hecho ya a lo largo de la historia, como usted bien defiende a diario, como para cargar con otra guerra sobre nuestras espaldas.

— Entonces, ¿no está tan en desacuerdo conmigo? —preguntó Julián gratamente sorprendido—.

— Tanto el Santo Padre como yo estamos de acuerdo con usted en casi todo lo que predica. Lo que pasa es que yo por mi posición no puedo hacer pública una postura así, pero está claro que hay que dar una lección de humildad y debemos encontrar nuestro verdadero sitio en la sociedad actual y por una vez estar donde debemos estar.

» Sabemos que el hacer público este intento de golpe, por un lado desacreditará nuestra imagen, pero por el otro el hecho de abortarlo creo que dejará clara nuestra postura actual y nuestro compromiso con la justicia y la democracia. Como le oí decir en una ocasión, debemos poner en hora nuestro reloj con el tiempo en que vivimos. Nunca en la historia ha habido una situación de igualdad y justicia como

hasta ahora, al menos en el mundo occidental; aún queda mucho por hacer, pero está claro que estamos mejorando y no nos podemos permitir el lujo de dar marcha atrás.

– Esta es una de las mejores noticias que podían escuchar mis oídos –dijo Julián exultante–. Esto es un espaldarazo para mis ideas y es gratificante el saber que uno no está del todo equivocado. Ha sido un placer hablar con usted Excelencia.

– Espere un momento, Julián. ¿Usted se ve como Arzobispo de Madrid?

– Pues ahora mismo no –respondió Julián una vez se recuperó de la sorpresa de la pregunta–. Yo me veo más dando clases y luchando por mis ideales al lado de la gente.

– Bueno, ya volveremos a hablar de esto en su momento. Muchas gracias por todo. Es un gran placer descubrir que sigue habiendo gente como usted en la Iglesia. Desde ahora ya no hablaremos nunca más usted y yo de este tema.

Monseñor Marini se levantó y se despidió con un abrazo de Julián, que se quedó en la cafetería saboreando el momento y una buena taza de

café espresso. No podía creer lo que había pasado. El golpe estaba a punto de ser abortado y además los máximos dirigentes de la Iglesia Católica respaldaban sus actuaciones e incluso estaban de acuerdo con sus ideales. Esto era más de lo que nunca hubiera podido soñar y aún encima le había propuesto Marini como posible futuro Arzobispo de Madrid.

Aún le quedaban varias horas para tomar el avión de vuelta a Madrid, pero estaba cansado para pasear, así que decidió quedarse en la terraza de la cafetería a disfrutar de la vista de Roma que había desde allí. Entró a por otro café y al salir con la taza en la mano escuchó un ruido fuerte, como el de un estallido, seguido de un fuerte alboroto en la calle. Se asomó a la terraza y vio en la calle una aglomeración de gente en torno a un cuerpo tendido en el suelo rodeado de sangre. Bajó a toda velocidad para comprobar, como había supuesto en sus peores temores, cómo yacía el Cardenal Silvio Marini con un agujero de bala en el centro de la frente, con los ojos abiertos en una expresión de miedo que heló la sangre de Julián.

Parecía que las amenazas de Rosini iban en serio y estaba claro que no querían que nada ni

nadie pudiera ser un obstáculo para conseguir sus ruines fines. Era como si Dios hubiera dejado de creer en El Vaticano. A Julián le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Sabía que él podía ser el siguiente, pero no fue eso lo que más le preocupó en ese momento, sino la seguridad de que el golpe iba a seguir adelante. No sabía cómo reaccionaría Karol Wojtyla ante el asesinato de Marini aunque no era él quien fuera a intentar ponerse en contacto con el Papa ya que sería poner en peligro la vida de ambos. Estaba claro que lo del golpe no era un capricho ni un juego de niños y estaban dispuestos a apartarse de en medio a quien les hiciera frente, incluso llegando a asesinar. Seguía sin comprender cómo era posible que dirigentes de una institución religiosa, que defiende la vida desde el mismo momento de su concepción, fuera capaz de matar por el placer de encaramarse al poder y ejercer su autoridad sobre todo el mundo. Matar a todo aquel que no comulgara con sus creencias y con sus ideales, si es que se puede usar esa palabra con una ideología tan mezquina. Matar a personas tan honestas y legítimas como el Cardenal Silvio Marini. Matar. No se le iba esta palabra de la cabeza ni podía dejar de imaginarse al Cardenal

Improntuario de una crisis de fe

Rosini en el trono de San Pedro decidiendo sentencias de ejecución como un gran inquisidor de finales del siglo XX. Matar. Matar. La cabeza le daba vueltas.

Ahora sólo le quedaba volver a Madrid y esperar al fin de semana para ver si el Papa leía el comunicado que había acordado con Marini. Tampoco sabía ya si contactar con Scciola. Si sabían que Marini estaba reunido con Julián en el hotel quizá fuera por una filtración por su parte y si, por el contrario, seguía en el bando de los buenos sería también poner en peligro su vida, si es que todavía vivía.

Empezó a mirar a su alrededor para ver si veía a alguien que le estuviera observando y para quedarse con las caras de la gente, por si luego las volvía a ver en el aeropuerto. Le parecía como si todos los que estaban en sus inmediaciones tuvieran cara de estar espiándole, siguiéndole. Le era imposible recordar ni un sólo rostro, todos le parecían iguales, asesinos a sueldo de Rosini con él como siguiente objetivo. Se estaba volviendo loco, le faltaba el aire.

Estuvo unos minutos intentando tranquilizarse hasta que reunió fuerzas para irse corriendo al

hotel a dejar la llave, a pagar la habitación y pidió un taxi para el aeropuerto tan rápido como su temple le permitió. No estaba seguro ahí, aunque en realidad no estaba seguro en ningún sitio, porque si le habían visto con Marini ya sabrían que estaba al corriente de todo.

Pero, ¿qué podía nacer? Nada, se dijo. Si lo habían relacionado con Marini no creía ni que pudiera llegar a Madrid y si no, no tenía por qué salir huyendo. Esto se lo decía para tranquilizarse, pero aún así prefirió ir a perderse entre las filas de viajeros que a esas horas solían tapizar el suelo de mármol travertino de los halls de Fiumicino. Tras cuatro largas horas deambulando por los pasillos del aeropuerto, por fin pudo embarcar en el avión y salió el vuelo.

Durante todo el vuelo estuvo observando a todo el mundo que se acercaba a su asiento. Todas las caras que veía le parecían familiares, creía haberlas visto en Roma unas horas antes. Se tomaba de vez en cuando el pulso, que parecía fuera a explotar en sus muñecas y el sudor le manaba de la cabeza a borbotones. Al llegar a Madrid lo primero que hizo fue venir a verme. Tuvo que venir a mi casa porque a esas horas ya habíamos cerrado la edición del periódico y me

había ido a dormir. Me llamó desde el aeropuerto por teléfono para ver si podía venir a verme. Lo vi tan alterado que por supuesto le dije que podía venir. Una vez que se tranquilizó un poco, lo justo para poder hablar sin tartamudear, me contó lo que había hablado con Marini y su posterior asesinato.

- Esto empieza a ponerse muy feo. Está claro que no se andan con chiquitas –dijo–.
- No sé si serán capaces de quitarse de en medio al Papa, pero como se enteren de que está al tanto y de los planes de abortar el golpe, lo mismo cometan alguna locura y contratan a otro Ali Agca.
- Espero que no lleguen a ese extremo. Además no creo que Marini fuera tan desprevenido y le contara a nadie su reunión con el Papa, ni siquiera a Sc-ciola.
- ¡Pero si se puso en contacto conmigo! – dijo Julián–. ¿Porqué no se iba a haber puesto en contacto con Sc-ciola? Además era una persona en la que confiaba ciegamente, de eso estoy seguro. Quizá me esté volviendo paranoico, pero creo que no vamos a salir vivos de ésta. No tenía que haber venido a tu casa. Perdona, pero es

que no me he dado ni cuenta de que te estaba poniendo en peligro.

– No te preocupes ahora por eso. Tú está claro en qué bando estás, pero ahora no creo que Marini se fiara de nadie que no estuviera seguro de su situación. No tengo dudas de que Rosini ha querido quitárselo de en medio al ver que no se iba a adherir al golpe y así evitar que hiciera nada para evitarlo, aunque quizá, y ojalá, fuese tarde.

– Quiera Dios tengas razón, Carlos. Yo estoy muy asustado y sólo confío en que el Papa no se amedrente y siga para adelante con los planes que había acordado con Marini y llame al Rey y haga algo con Rosini y compañía.

– Estoy seguro de que sí lo hará –intenté tranquilizarle–. Si quieres te puedes quedar a dormir esta noche aquí.

– Pues sí Carlos, gracias. Es más por cansancio que por miedo, no sé si es una buena idea, pero ahora que ya estoy aquí ya no tiene remedio.

A la mañana siguiente fuimos a ver a Tomás para contarle lo sucedido. Al entrar en su despacho lo

encontramos al teléfono y nos hizo un gesto con el puro para que nos sentáramos. Él no hablaba, sólo escuchaba. Cuando colgó se levantó sin decir nada y fue a bajar las persianas de las mamparas de separación que había entre su despacho y la redacción y empezó a hablar en voz baja ya que esas paredes móviles que conformaban su guarida no aislaban del resto de la redacción tanto como para estar seguros de que nadie nos escuchaba.

– Parece que esto se empieza a complicar. Acabo de hablar con nuestro topo y me ha dicho que su General confidente ha desaparecido y nadie sabe nada de él. Se teme lo peor y yo también.

– Pues eso no es nada –le dije yo–.

Julián le relató la misma historia que a mí la noche anterior. Al oír otra vez el relato de la conversación con Marini y su posterior asesinato no pude evitar estremecerme de nuevo. El miedo se estaba adueñando de nosotros, al menos de Julián y de mí, porque Tomás estaba frío como un témpano de hielo, o al menos no exteriorizaba sus sentimientos como hacíamos nosotros. Estaba claro que en una situación así lo último

que hay que hacer es perder los nervios porque eso puede implicar casi con total seguridad el dar algún paso en falso que lleve a un desastre, pero por lo menos yo no podía evitar estar muy asustado. Ni Julián ni yo habíamos sido educados ni preparados para enfrentarnos con asesinos, medradores ni conspiradores y no teníamos ningún tipo de experiencia en el trato con todo tipo de jugadores; en cambio a Tomás, el ejercicio del periodismo en un diario líder le había obligado a relacionarse con toda clase de personas, a andar por el filo de la navaja a diario e incluso a traspasar la raya de lo ético y lo legal en más de una ocasión, aunque este traje creo que nos venía grande a los tres.

Estuvimos pensando qué acciones podíamos llevar a cabo para salir con bien del jardín en el que nos habíamos metido, pero cada idea que teníamos se nos antojaba peor que la anterior, así que de momento decidimos que los acontecimientos siguieran su curso. Ya estaba claro quiénes eran unos y otros, los buenos y los malos, qué pretendían hacer, a qué estaban dispuestos con tal de conseguir su objetivo. En ese momento no podíamos hacer otra cosa que esperar y ser lo más prudentes que pudiéramos,

no hablar de esto con nadie, «absolutamente con nadie» recalqué mirando a Julián a sabiendas de que comprendía a quién me refería.

Cuando íbamos a salir del despacho de Tomás sonó el teléfono y él nos hizo una seña indicando que esperáramos. «Es el corresponsal de Roma» dijo en voz baja tapando el auricular con la mano.

– Parece que no ha sido sólo Marini. El Cardenal Sc-ciola también ha desaparecido del mapa. –dijo una vez había colgado–. Nuestro corresponsal en Roma tenía una entrevista con él esta mañana pero no ha aparecido. Ha intentado dar con él pero parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

– ¿Y por qué te llama a ti si tú no tienes nada que ver con Internacional? –preguntó Julián en un tono muy suspicaz–.

– No te inquietes Julián –respondió Tomás–, que no me ha cambiado al otro bando. Simplemente le dije al corresponsal, que es amigo mío desde la facultad, que si había algún movimiento extraño en El Vaticano que me avisara. No le di más explicaciones ni él me las pidió.

Improntuario de una crisis de fe

– Bueno, está claro que a todo el que puede suponer un estorbo para sus planes se lo están quitando de en medio –tercié yo–.

– El siguiente seguro que soy yo –dijo Julián–. Estoy acojonado, os lo digo en serio. No me cabe la menor duda de que van a ir a por mí, aunque no sepan que fui yo el último en hablar con Marini.

– ¿Por qué vas a ser tú? –intenté tranquilizarle–. Nadie te puede relacionar.

– ¿Y si el que mató a Marini me vio con él?

– Tendremos que confiar en que no fuera así. Ten en cuenta que lo mataron nada más bajar; lo más probable es que estuviera esperándolo en la calle y no subiera hasta la cafetería.

– Quiera Dios que tengas razón, Carlos, quiera Dios.

Al terminar la conversación, yo me fui a la redacción y Julián se fue al colegio mayor. Al llegar, en la gran sala de espera que había a las puertas del salón de actos, presididas por unos cuadros gigantescos de unos siete metros de altura y un gran ventanal desde el que se podía

ver prácticamente toda la Ciudad Universitaria de Madrid, estaba Elena en un sillón sentada, leyendo un libro con un café y fumando un cigarrillo. En cuanto vio a Julián aparecer se levantó, fue hacia él, le abrazó y le besó en la cara.

Julián se alegró de ver aquellos ojos que irradiaban tanta luz después de las últimas horas tan intensas y oscuras que había vivido. Era un remanso de paz en medio de la tormenta que estaba viviendo y que tanto estaba empezando a atemorizarle. Quería compartir con Elena estos momentos aunque fuera en contra de mis consejos. No pudo evitarlo y la abrazó fuerte, muy fuerte, durante unos segundos que se le hicieron muy largos y en los que encontró un consuelo que últimamente no hallaba en ningún sitio, ni en sus clases, ni en sus misas y ni siquiera en su oración, en la soledad de la habitación, momento en el que hasta ahora siempre había encontrado alivio y tranquilidad.

Bajaron a la habitación de Julián cogidos de la mano. Al cerrar la puerta se volvió y Elena se le abalanzó, abrazándolo y besándolo con besos cortos y dulces en las mejillas, en la frente, en el cuello, pero nunca en los labios hasta que Julián

se zafó del abrazo, la miró y cogió su cara con ambas manos y la besó dulcemente en los labios para luego empezar a quitarle torpemente la ropa. Nunca le había quitado la ropa a nadie y mucho menos a una chica en medio de una excitación sexual que hasta ahora desconocía, o por lo menos no recordaba.

Elena le ayudó quitándose el pantalón y el sujetador y quitándole la ropa a él, cayendo en la cama abrazados como si fueran un único cuerpo. Julián estaba empezando a explorar un terreno desconocido y prohibido.

– Me parece que esto va en contra de tus votos ¿no? –dijo Elena mientras se encendía un cigarro de marihuana que llevaba ya liado, sudorosa en la cama después de hacer el amor–.

– Yo ya no sé cuáles son mis votos Elena. Estoy pasando por unos momentos en mi vida muy duros que me hacen dudar de todo, de la justicia, de la religión, de la libertad y de mí mismo, especialmente de mí mismo.

– ¿Y esto lo has hecho por despecho? – dijo acercándose el cigarro–.

– No, para nada, no me gustaría que

pensaras eso. Lo he hecho porque te necesitaba –dijo Julián rechazando la marihuana–. Eres lo único bueno que me ha pasado últimamente y no quiero dejarte escapar. No sé si podré seguir siendo sacerdote o me iré de Madrid o me matarán, pero ahora mismo me da igual. Sólo quiero estar contigo, sentir el roce de tu piel con mi piel y dejarme llevar, decir las cosas que nunca he dicho a nadie, besarte por todo el cuerpo. Además siempre he creído un error la castidad y el celibato de los sacerdotes, pero claro, si estás en una institución hay que respetar las normas.

- ¿Por qué dices lo de que quizás te pueden matar?
- Es que últimamente sin quererlo me he visto metido en un lío, ya ha muerto una persona y han desaparecido dos –le dijo Julián cogiéndole el petardo–.
- ¿Estás bromeando, no?
- No Elena, para nada. Oye, me estoy mareando –Elena le quitó el cigarro–. Han asesinado a un Cardenal y han desaparecido otro y un General. Hay una conspiración entre la Iglesia y el Ejército para cometer un golpe de

Improntuario de una crisis de fe

Estado el día del referéndum sobre la OTAN. No creo que tenga que decirte que no debes de hablar de esto con nadie, absolutamente con nadie, ¿no? Está en juego mucho, empezando por mi vida y ahora la tuya.

– La mía de momento no, pero la tuya creo que ahora está más en peligro de lo que pensabas –dijo Elena mientras se levantaba y se iba hacia la mesa a coger el teléfono–... Estoy aquí con el Padre Luna... No es que sospeche algo, sabe mucho más de lo que pensábamos... Sí, así lo haré... Adiós.

– ¿Qué? ¿Estás loca? ¿Con quién hablabas?

– Con mi comandante. Lo siento querido pero la vida es así. Te estaba empezando a coger mucho cariño, de verdad, pero como tú bien has dicho, si estás en una institución, hay que respetar las normas.

– ¿Qué institución? ¿Y qué normas? No entiendo nada.

– Soy soldado del Ejército. Tenía como misión seguirte para averiguar si sabías algo acerca del golpe tal y como sospechaba el

Improntuario de una crisis de fe

Arzobispo, aunque la cosa se me ha ido un poco de las manos –le dijo besándole–.

– No me lo puedo creer. Entonces, lo que ha pasado esta noche, ¿no ha significado nada para ti?

– Ya te he dicho que te he cogido mucho cariño, esto está siendo muy duro para mí, pero cuanto antes terminemos, mejor. Eres la persona más inteligente e interesante que he encontrado nunca. Siento que esto para ti suponga un mal trago, para mí desde luego lo está siendo –dijo mientras se vestía–.

– Hagamos el amor una vez más –dijo Julián levantándose hacia ella quitándole la camisa–.

Estuvieron una hora más acostados, haciendo el amor como si fuera lo último que fueran a hacer en la vida; al menos Julián así se sentía. Una última voluntad de un reo condenado a muerte. Después de hacer el amor Elena se vistió y se fue sin decir ni una sola palabra más, casi furtivamente, deslizándose como la luz entre las cortinas.

Julián se quedó tumbado en la cama desnudo,

Improntuario de una crisis de fe

indefenso y perdido. Sentía cómo el mundo lo estaba planchando, hundiendo en una desesperación tal que cada vez se iba haciendo un ovillo más pequeño, hasta que tocó la frente con las rodillas y se quedó dormido.

Despertó sobresaltado por unas voces en su habitación que no conocía. Miró hacia arriba y vio a dos matones, o por lo menos eso pensó al verlos, que le cominaban a vestirse.

13 – En la celda

Lo siguiente que recordaba Julián era despertarse en un camastro, en una habitación sin ventanas ni más decoración que un retrete. Se sentía preso, con un fuerte dolor en la cabeza, un regusto en la boca ligeramente dulce –de cloroformo pensó Julián– y un hambre canina. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que fueron a buscarle al colegio mayor ni recuerda cómo salió de allí sin que nadie se diera cuenta de nada –y aún hoy no lo sabe–. De lo único que se acordaba en ese momento era de la presión que sintió en el pecho, un dolor punzante, cuando Elena le dijo lo que de verdad pretendía.

Se dio cuenta de lo que le dolía esa humillación cuando sintió las cosquillas de una lágrima deslizándose por su mejilla, la misma que había

besado Elena el día anterior, o hacía dos días, o tres, no lo sabía. Toda su vida se estaba desmoronando delante de sus ojos, se estaba derrumbando debido al impacto de una bola de demolición con cara de mujer y no podía hacer nada, no ya por evitar el derribo sino por volver a ver a quien había accionado la palanca.

Se abrió la puerta y vio una bandeja con un plato de sopa y un panecillo. Detrás de la bandeja aparecieron Monseñor Heredia y el Arzobispo de Madrid.

– Yo sabía que usted me iba a dar problemas, pero nunca había imaginado hasta qué punto –fue el saludo del Arzobispo. Julián no respondió–. No sé cómo ha llegado usted a conocer tanto acerca de nuestra causa, pero eso ahora no lo podemos permitir. Cuando todo termine ya veremos qué hacemos con usted.

– ¿Dónde estoy?

– Eso ahora no importa. Lo que ahora me gustaría saber es quién más sabe lo que usted sabe. Y le aconsejo que no se haga el remolón porque no vamos a permitir ni un solo despiste. Ya ha visto usted que estamos dispuestos a llegar a donde sea.

Improntuario de una crisis de fe

– Sí, ya lo he podido comprobar. Y lo de la chica me ha parecido una jugada de lo más ruin.

– Eso ha sido cosa del General; yo solo les pedí que le siguieran para ver si sabía algo. Sospechamos de usted porque me desaparecieron unas tarjetas de visita el mismo día que la última vez que usted estuvo por aquí. ¡No sé por qué le tengo que dar ninguna explicación! Yo soy el que pregunta y usted el que responde. Dígame quien sabe además de usted lo del golpe.

– Nadie más. Yo con el único que hablaba era con Monseñor Marini y todos sabemos cómo acabó después de hablar conmigo. Por lo menos antes de morir me demostró que yo no estaba equivocado en creer en una Iglesia mejor. Aunque con dirigentes como ustedes o el dichoso Cardenal Rosini volveremos a la Edad Media. ¿Esto qué es, el nuevo tribunal de la Inquisición y usted el nuevo Torquemada?

– ¿Así que fue con usted con quién habló antes de morir? Eso me deja más tranquilo; así no tenemos que seguir buscando más flecos sueltos. De todas formas no me termino de creer que usted sea el único que sabía esto, sobre

Improntuario de una crisis de fe

todo después de ver lo poco que le costó contárselo a la soldado Alcalá.

– ¿La soldado Alcalá? –preguntó Julián–. ¡Ah, Elena!

– Veo que familiarizó usted rápidamente – dijo Heredia con media sonrisa en la cara que a Julián se le clavó como un cuchillo en el centro del corazón–.

– Piensen ustedes lo que quieran. Si quieren me creen o no, me da igual. Todo mi mundo se ha desvanecido bajo mis pies así que no me importa lo que pueda pasarme. Sólo yo sabía lo que sabía y el peso de la responsabilidad fue tan grande que necesitaba alguien de confianza a quien contárselo. Pensé que Elena podía ser esa persona, pero se ve que me equivoqué.

– Bueno, de momento le creeré, pero eso no va a quitar para que investiguemos a todas las personas con las que suele tratar –dijo el Arzobispo saliendo y haciendo una seña a Monseñor Heredia para que le siguiera–.

Yo llevaba todo el día intentando localizar a Julián sin éxito y estaba empezando a

preocuparme. Lo veía muy asustado los últimos días y bastante desconcertado. Nunca le había visto así y no sabía de lo que sería capaz; confiaba en él pero en una situación límite como la que estábamos viviendo, especialmente él, nunca se sabe cómo va a reaccionar una persona, por muy cabal que sea o que nosotros pensemos que es. Cuando se está en el límite de lo soportable, cualquiera es capaz de tomar las decisiones más inoportunas o ilógicas.

Estuve en el colegio mayor preguntando por él y lo único que habían acertado a decirme es que lo vieron salir con dos hombres, pero que estaba como despistado, ido. Y ya no encontré a nadie que supiera darme señales de él, ni en la facultad ni en el colegio mayor ni en la sede del MIJ, un pequeño local que habían alquilado en la calle Beatriz de Bobadilla, muy cerca del Johnny.

Como ya no sabía por dónde seguir buscando llamé a Tomás a *El País* para ver si me podía echar una mano. Se puso en contacto con amigos suyos de la policía para ver si podían intentar averiguar algo. Yo prácticamente me estaba empezando a meter en el mundo del periodismo, pero cuanto más iba conociendo, más me daba cuenta de por qué se le llama el

cuarto poder. Tomás tenía amigos y confidentes por todas partes, en la policía, el Ejército, la Iglesia, la clase política, ladrones, camellos o cualquier tipo de tribu que uno se pueda imaginar. Y todos le trataban con una especie de veneración que yo todavía no lograba comprender. Ahora sé que más que cualquier tipo de adoración o respeto lo que tenían todos es miedo, nada más. Sabían que si no lo tenían de su lado lo tendrían contra ellos y podrían llegar a tener problemas si tenían el más mínimo desliz; y puedo asegurar que no hay uno que se salve. El que más o el que menos ha estado involucrado en algún asunto más o menos turbio, pero ninguno se salva, así que debían de dorar la píldora a Tomás y a otros tantos como él.

Estuve más de tres días sin tener noticias de Julián. Nadie sabía nada de él. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra hasta que una mañana a primera hora apareció Elena en mi despacho de la Plaza del Ángel. Tenía mucho peor aspecto que la otra vez que la había visto. Estaba muy desarreglada y tenía un rictus muy triste, los ojos hinchados de sangre y el pelo grasiendo recogido en una diminuta coleta. Nada más verla supe que ella tenía algo que ver con la desaparición de

Improntuario de una crisis de fe

Julián. ¡Qué tonto había sido! ¿Cómo no había pensado en ella?

– ¿Estás aquí para hablar de Julián, no? –fue mi saludo–.

– Me siento muy mal. Todo lo que está pasando ha sido por mi culpa y me he dado cuenta de que no puedo vivir sin él. ¡Lo siento mucho, de verdad! ¡Yo sólo cumplía órdenes! Tendría que haber puesto mis sentimientos por encima de mis galones. Necesito que me ayudes a encontrarlo.

– Entonces, ¿no sabes dónde está ni qué le ha pasado?

– Lo que le ha pasado sí, pero no sé dónde está.

– Pues explícame qué le ha pasado –le dije secamente. Estaba bastante molesto en su compañía–.

– Soy militar y mis superiores me ordenaron que averiguara si Julián sabía algo de una operación que se está planificando para el día 12. Hace unos días estuve con él en su habitación del colegio mayor e hicimos el amor. Después me confesó todo lo que sabía, la muerte

Improntuario de una crisis de fe

del Cardenal y las desapariciones del otro Cardenal y de un General. Yo creo que necesitaba desahogarse ya que temía por su vida y la presión y la responsabilidad lo estaban carcomiendo.

» Yo después de haber oído todo lo que me contó llamé a mis superiores y me marché, pero antes le conté a Julián lo que había pasado y viéndose perdido sólo me pidió volver a hacer el amor, como si fuera un último deseo. Nunca he sentido el placer y la felicidad con la intensidad de esos últimos minutos con Julián. Me siento responsable de lo que le ha ocurrido, aunque sólo estuviera cumpliendo órdenes. No podría soportar que le pasara nada y necesito encontrarle. Por eso he venido aquí, para pedirte ayuda para ir a buscarle y poder decirle que lo siento y que le quiero. Llevo tres días sin comer, sin dormir, sin parar de llorar –dijo dejando escapar unas lágrimas–.

– ¿Y cómo sé yo que no me estás mintiendo y que pretendes tenderme a mí otra trampa como a Julián? –le pregunté aunque sabía que estaba siendo sincera–.

– No me hubiera hecho falta tenderte

Improntuario de una crisis de fe

ninguna trampa. Bastaría con decirles a mis superiores que tú también sabes lo mismo que sabía Julián y ya hubieras corrido la misma suerte.

- Pues eso es lo que vamos a hacer.
- ¿El qué?
- Pues que vas a delatarme para que vengan a por mí. Así quizás me llevarán donde está Julián. Tú podrás seguirme y así sabrás dónde nos han llevado. Me estoy jugando la vida y poniéndola en tus manos. Creo que has sido sincera, pero si lo hiciste con Julián podrías hacerlo conmigo sin remordimientos, si es que me equivoco.
- ¿Estás seguro de lo que estás diciendo? ¿Y qué conseguimos sabiendo a dónde te llevan? ¿Qué puedo hacer yo después para sacaros de ahí?
- Supongo que después del golpe ya les dará lo mismo que sepamos lo que sepamos así que nos soltarán. Ya dará igual lo que contemos. Pero si lo consigues averiguar me gustaría que fueras a ver a Tomás Recio, el redactor jefe de la sección de nacional de *El País* y le cuentes todo

lo sucedido. Él conoce gente que nos podría intentar ayudar, aunque sea poner todas las cartas sobre la mesa. No sé si me arrepentiré de todo esto y de haberte dicho el nombre de Tomás, porque si no eres sincera le estoy poniendo a él también en peligro.

- Por favor, tienes que creerme y confiar en mí, de verdad. Si no, no hubiera venido –dijo rompiendo a llorar compulsivamente–.
- Está bien, confío en ti y pongo mi vida en tus manos. Tranquilízate y toma el teléfono.

Después de unos minutos llorando amargamente, con el mar colgando de sus pestañas, se secó las lágrimas, respiró hondo y llamó a sus superiores para hablarles de mí. Luego se marchó con la intención de quedarse en el bar de enfrente para así poder ver cuándo venían a por mí para seguirnos al destino que me fueran a encomendar.

No se hizo esperar mucho la visita de los dos matones, supongo que los mismos que se llevaron a Julián. La verdad es que me trajeron mejor de lo que me esperaba y simplemente me pidieron que les acompañara. Para evitar levantar sospechas me quejé, le dije que quiénes

eran ellos para decirme que les siguiera, que qué derecho tenían y todas las cosas que se me ocurrieron y que había visto en las películas, hasta que me enseñaron sus pistolas y les seguí sumisamente. Me llevaron hasta un coche que tenían aparcado en doble fila. De reojo vi cómo Elena salía corriendo detrás de nosotros a pedir un taxi que nos fue siguiendo durante todo el trayecto, bastante corto porque fuimos hasta el arzobispado, en la calle de Bailén.

El coche nos dejó enfrente del edificio pero en lugar de entrar por la puerta principal, entramos por una pequeña puerta que había en un lateral de la sede de la archidiócesis. La puerta daba a un pequeño hall mal iluminado con dos puertas que estaban cerradas. Llamaron a una de ellas y salieron a recibirme dos hombres vestidos de sacerdote pero con aspecto de levantadores de pesas, a los que el alzacuellos les apretaba como si no hubiera de su talla, haciendo salir la carne en una lorza que casi ocultaba esa tira blanca que distingue a los curas, que ya estaba cayendo en desuso pero que unos obispos nostálgicos están imponiendo nuevamente.

Me cogieron cada uno de un brazo, firmemente pero sin apretar, y sin decir nada me bajaron por

unas escaleras muy estrechas, también muy mal iluminadas. No sé cuántos pisos bajamos, pero debieron ser varios porque estuvimos deslizándonos por las escaleras de caracol un buen rato, como niños bajando por un tobogán, aunque a lo largo de toda la bajada no vi ninguna puerta, por lo que me desorienté completamente. Cuando llegamos al final de las escaleras entramos en un recinto similar a una antigua nave ya en desuso, completamente vacía a no ser por una vieja silla con unas cuerdas a sus pies, con las paredes forradas de un cartón como los de las antiguas hueveras y con una puerta acolchada al fondo, en la esquina contraria a la que habíamos accedido nosotros. Atravesamos aquella puerta y entramos en un pasillo interminable con puertas equidistantes a lo largo de uno de sus laterales. Esas puertas eran metálicas con un pequeño ventanuco en la parte superior. Abrieron una de aquellas celdas y me arrojaron como si de un fardo se tratara; era la primera vez que tenían malas maneras conmigo, aunque me dije que no sería la última.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que vinieron dos sacerdotes que se identificaron como Monseñor Heredia y el Arzobispo. No querían saber ya

Improntuario de una crisis de fe

nada de hasta dónde llegaba mi conocimiento de sus planes. Lo único que querían saber era si había alguien más que como yo tuviera mucha amistad con Julián, supongo que para averiguar si podía haber más conocedores de sus intenciones para el día 12, para el que no debían de faltar más de cuatro o cinco días; había perdido por completo la noción del tiempo. Tras un breve interrogatorio me dieron una bandeja con sopa, pan y agua y me dejaron tranquilo durante mucho tiempo, quizá días. Lo siguiente que sucedió lo supe tiempo después a través de los relatos de sus protagonistas y de las confesiones de los implicados.

14 – El final

Elena se había montado en el taxi en la Plaza del Ángel y nos había seguido hasta que nos vio meternos en el Arzobispado. Sin bajarse del coche le indicó al taxista que la llevara a la calle Miguel Yuste, donde se encuentra la redacción de *El País* y preguntó por Tomás. Una vez que se explicó y pudo convencerle de sus buenas intenciones, él llamó a su topo en Capitanía para comentarle la situación y ver si podía hacer algo, para ver si podía averiguar si había alguna novedad con respecto al golpe.

– Algo raro está pasando por aquí –le dijo el Capitán–. Hay mucho ruido de sables y los mandos están todos muy nerviosos. Además alrededor de todo el edificio de Capitanía hay muchos coches de la Policía Militar. No sé, pero esto puede estar precipitándose, aunque no sé si

Improntuario de una crisis de fe

habrán tenido tiempo para cambiar los planes desde la última vez que hablé con el Coronel.

— ¿No conoces a nadie en Zaragoza y en La Coruña? —le preguntó Tomás, que se imaginaba por donde podían ir los tiros—.

— Sí, tengo compañeros de la Academia, buenos amigos, que están destinados allí. ¿Por qué lo preguntas?

— Podrías llamarles para ver si por allí también está pasando algo parecido —dijo colgando el auricular—. Bueno, Elena, parece que tus compañeros están más alterados que de costumbre. Creo que lo mejor que puedes hacer es ir al edificio de la Capitanía General para ver si averiguras qué está ocurriendo. Yo mientras tanto llamaré a un sacerdote amigo que trabaja en el arzobispado para ver si le sonsaco algo. No le preguntaré directamente porque no sé si estará implicado o no. Esta noche pásate por aquí y hablamos para ver si hemos conseguido algo —le dijo a Elena mientras le abría la puerta como una señal para que se marchara—.

Elena fue a su casa, se duchó, se puso el uniforme de soldado y se dirigió a la calle Mayor, al Palacio de Uceda, que alberga la Capitanía

General del Ejército. Al llegar vio a ambos lados del edificio varias furgonetas de la Policía Militar y dos policías en la puerta que no la dejaron pasar a pesar de su acreditación. «Órdenes estrictas, sin excepciones» le dijeron los guardias.

Como no podía hacer otra cosa, cruzó la calle y se metió en un café a esperar y desde allí poder ver si había algún movimiento en el exterior del Palacio. Estuvo varias horas entrando y saliendo del café y paseando por enfrente del edificio hasta que a última hora de la tarde, cuando ya la oscuridad se había hecho dueña del cielo sin estrellas de Madrid, se apagaron las luces de las farolas que iluminaban las calles que rodean al edificio de Capitanía y de un lateral del palacio salieron varios Generales y Coroneles, escoltados cada uno por dos policías militares que los introdujeron en las furgonetas que había aparcadas y dejaron rápidamente el entorno del edificio.

Elena pudo tomar acto seguido un taxi para seguir a las furgonetas. Tomaron la calle Bailén y al llegar a la calle Ferraz la última furgoneta se paró, bloqueando el paso, mientras las demás enfilaron hacia el arco de Moncloa sin que Elena

Improntuario de una crisis de fe

pudiera seguirlas. Al cabo de unos minutos la furgoneta arrancó pero ella se bajó del taxi sabiendo que ya no podía hacer nada. Estuvo deambulando por las calles del barrio de Moncloa por si volvían a pasar por allí las furgonetas hasta que se decidió a ir a la redacción de *El País* a contarle a Tomás lo que había visto.

Mientras, en los sótanos del arzobispado, yo estaba empezando a volverme loco entre esas cuatro paredes blancas de la celda que parecía más de un psiquiátrico que de una cárcel. El no poder hacer nada me estaba exasperando; yo siempre estoy haciendo algo, escribiendo, leyendo, escuchando música o paseando, pero no puedo estar sentado sin más, sin nada más que mirar el blanco liso de la pared o del retrete. Intentaba dormir pero me resultaba imposible con la luz siempre encendida y no hacía más que pensar en qué estaría haciendo Julián en ese momento. Seguro que él tenía más templanza que yo y estaría rezando o pensando en todo lo que le había ocurrido en las últimas semanas, en las que la tozuda realidad le estaba demostrando que los ideales son papel mojado y que el ansia de poder y no la fe es lo que de verdad mueve las montañas.

Improntuario de una crisis de fe

Por fin sonó la llave girando en el bombín de la puerta; yo pensaba que me iban a traer otro plato de la asquerosa sopa de bolitas con la que me había alimentado las últimas doce comidas, pero me equivoqué. Por la puerta apareció un sacerdote que no había visto hasta ese momento. Era Giuseppe Sc-ciola.

- Todo ha terminado, ya puede salir y marcharse a su casa.
- ¿Ya se ha pasado el día 12? –pregunté pensando que me soltaban porque ya no podía hacer ningún daño–.
- No, hoy es día 9.
- ¿Entonces por qué me sueltan?
- Porque todo ha terminado, como le he dicho antes. Ya se puede olvidar de todo lo que sabe. O mejor dicho, de lo que no sabe, porque nadie le creerá si cuenta nada de esta historia. Nadie en la Iglesia ni el Ejército podrá corroborar nada de lo que diga. Nada de esto ha pasado, ¿de acuerdo?
- ¿Y qué ha pasado con el Arzobispo, con Monseñor Heredia y con el Cardenal Rosini?

Improntuario de una crisis de fe

— El señor Arzobispo ha decidido retirarse por motivos de salud a vivir en un monasterio en el campo y no conozco a nadie que responda a los otros nombres que me ha dicho. Por favor, sígame que le acompañó hasta unos aseos para que pueda ducharse y afeitarse. Le he traído ropa nueva para que se cambie. Espero que sea de su gusto —dijo acercándose unos vaqueros, una camisa blanca y un jersey de lana gruesa—.

Al salir de la celda me encontré cara a cara con Julián. Tenía la mirada perdida en el infinito. Me miraba pero no me veía. Me pareció que el encierro le había afectado incluso más que a mí. Me acerqué a él y fui a darle un abrazo. Él ni se movió, sólo se dejó hacer; no había expresión en su cara ni tensión en sus músculos. Me pareció estar abrazando a un tentetieso, a un cuerpo inerte.

Nos subieron a unos aseos donde me duché y ayudé a Julián a ducharse. Un sacerdote vino a ayudarme a desvestir a Julián y luego a vestirlo con ropas limpias. Debajo de la ducha, con la cabeza hacia abajo y la barbilla pegada al pecho y esa cara inexpresiva me parecía estar lavando a un cadáver. No alcanzaba a entender qué le había pasado a Julián o qué le habían hecho en

Improntuario de una crisis de fe

su celda. A mí no me habían maltratado así que suponía que a él tampoco le habrían hecho nada como para dejarlo así, aparte de verse encerrado por sus propios compañeros

— No se preocupe —me dijo Scciola—. Le hemos tenido que dar un ansiolítico porque estaba muy excitado. Dentro de unas horas se le pasará el efecto y volverá a ser el de antes.

El sacerdote se equivocaba. Julián ya no volvería a ser nunca el de antes.

Una vez nos hubimos duchado y vestido, salimos a la calle Bailén, ya desierta por estar bien entrada la madrugada. No querían que nadie nos viera salir del edificio así que nos soltaron protegidos por la oscuridad. Pedimos un taxi que nos llevó hasta mi casa, que por aquel entonces era un pequeño apartamento con una sola habitación. En mi cama eché a Julián, le desvestí como buenamente pude y me fui al sofá-cama que tenía en el salón. Hubiera sido mejor dormir en el suelo porque en la cama en la que se convirtió el sofá se clavaban todos y cada uno de sus desvencijados muelles. No me extraña que ninguna visita aguantara más de una noche, poniendo toda clase de excusas de lo más

variopinto para no quedarse ni un minuto más en ese instrumento de castigo.

A la mañana siguiente me levanté temprano, más por no haber podido dormir que por estar descansado, y bajé al kiosko que había enfrente del portal de mi casa a comprar el periódico para ver si decía algo acerca de lo que había pasado, pero no encontré nada que tuviera la más mínima relación. Todas las noticias referidas a la política nacional trataban del referéndum que se celebraría a los dos días, pero ni la más mínima referencia a cambios en la cúpula del Ejército o de la Iglesia. Mientras dejaba dormir a Julián, llamé a Tomás a la redacción de *El País* para ver si él sabía algo más.

— Lo único que sabemos es que se han llevado a los mandos del Ejército en las Capitanías de Madrid, Zaragoza y La Coruña. No sabemos a dónde, pero está claro que algún movimiento ha habido en las altas autoridades del Ejército. Y en la Iglesia, porque nuestro corresponsal en Roma me ha dicho que Rosini ha sido sustituido a cargo de la Doctrina de la Fe. Elena y yo hemos estado buscándoos a ti y a Julián. ¿Qué os han hecho?

Improntuario de una crisis de fe

— Nos encerraron en los sótanos del Arzobispado. Julián ha salido bajo el efecto de alguna droga que le dieron para calmarlo y todavía no he podido hablar con él. Según el Cardenal Sc-ciola, que fue quien nos sacó de las celdas, parece como si Rosini, Heredia y el Arzobispo hubieran desaparecido sin nadie saber a dónde ni dejar rastro alguno. Por lo que me cuentas, parece que la última reunión de Marini con el Papa surtió sus efectos y él y el Rey han hecho bien su trabajo.

» Por cierto, ¿has dicho que Elena te ha ayudado? No estaba seguro de que fuera a hacerlo. Me ofrecí como cebo para saber dónde se encontraba Julián, aunque al final no haya servido de nada. Me alegro de que me dijera la verdad, eso le animará a Julián.

— ¿El qué me animará? —preguntó Julián que aparecía por la puerta del dormitorio en ese momento.

Le conté a Julián que Elena se había arrepentido de delatarlo y que había hecho todo lo posible para liberarlo. Mientras le iba contando la historia de todo lo que había pasado y de cómo creíamos que todo había acabado le fue cambiando la

Improntuario de una crisis de fe

expresión.

La sonrisa fue apareciendo en la cara de Julián y sus ojos empezaron a brillar. Se levantó y me dio un abrazo y empezó a levantarme, a sacudirme y a darme besos por toda la cara. “Soy feliz, Carlos. Soy feliz, te quiero” gritaba.

Me salvó la campana, literalmente, de ese espontáneo y empalagoso ataque de amor y amistad que le había dado a Julián y que me estaba poniendo nervioso; no me gusta nada que me soben ni me besen, es una manía que tengo desde niño. Cuando más me estaba sacudiendo, como si quisiera desencajarme los brazos de los hombros, sonó el timbre de la puerta. Me zafé del abrazo mortal y fui corriendo a abrir, no fuera que a Julián le diera otro arrebato y al otro lado de la puerta estaban Tomás y Elena. Cuando ella vio a Julián se abalanzó sobre él.

– ¡Perdóname Julián! ¡Te quiero! Sólo estaba cumpliendo órdenes pero me he dado cuenta de que no podría vivir sin ti. Me da igual que seas cura. Con tal de estar contigo me basta. Te necesito Julián –fue diciendo entre sollozos e hipo–.

– No tengo nada que perdonarte Elena. Era

tu obligación y ya está. Yo también te quiero –dijo serenamente antes de besarla en los labios–.

– Bueno –dijo Tomás sonriendo–, siento interrumpir este bello y melancólico momento digno del *Pájaro Espino*, pero tengo que irme. Yo esperaría a ver qué pasa el domingo antes de cantar victoria y lanzar las campanas al vuelo. Creemos que los cabecillas han desaparecido, pero había más gente al corriente de los planes y no sabemos cómo van a reaccionar. Esta gente son como las cucarachas, que pueden vivir varios días con la cabeza cortada.

– Tienes razón. Lo que más pena me da es que se ha quedado por el camino Marini. Con más gente como él en la Iglesia me sentiría más orgulloso de llevar sotana. Por lo menos parece que el Papa ha estado a la altura.

Todos nos fuimos a lo nuestro. Tomás al periódico, yo a la redacción de la Plaza del Ángel y Julián y Elena al Johnny. Cuando llegaron, muchos de los chavales residentes estaban en la entrada del colegio, preparando una fiesta para celebrar la salida de la OTAN que pensaban se iba a producir a raíz del referéndum.

Cuando vieron a Julián con Elena de la mano se

Improntuario de una crisis de fe

quedaron parados, sin saber que decir. Por muy progresistas que se creyeran, la rancia educación recibida estaba aflorando y les impedía asumir lo que estaban viendo. No llegaban a entender qué podía llevar a un sacerdote a quebrantar el voto de castidad o el celibato o lo que diablos fuera aquello que estaba pasando ante sus ojos en ese momento. Hoy en día quizá no esté tan censurado, no lo sé, pero aquellos chavales habían crecido en un ambiente todavía muy marcado por una educación tradicional y reaccionaria impartida por sacerdotes en todos los colegios de educación primaria.

Julián y Elena bajaron a la habitación del colegio y estuvieron allí encerrados durante todo el tiempo hasta que llegó el miércoles, día en que se celebraba el referéndum. Todavía en aquellos años las votaciones se celebraban en días laborables.

El día de antes estuve intentando hablar por teléfono con Julián, fui a visitarle al colegio, mandé a un becario del periódico a buscarle varias veces pero no hubo forma de dar con él. Luego Julián me confesó que habían estado encerrados Elena y él sin separarse ni un segundo, besándose, haciendo el amor y

fumando marihuana, que le venía muy bien para desinhibirse, porque al fin y al cabo seguía siendo un sacerdote y así se le disipaba una especie de nube que le crecía en la cabeza cada vez que la besaba o la acariciaba, una pesadumbre que quería hacer desaparecer a toda costa.

Por fin, el martes a última hora me llamó a la redacción del periódico para ver si quería que pasáramos el día del referéndum juntos, así que estuvimos Julián, Elena y yo paseando por Madrid, visitando diferentes colegios electorales, por cerca de La Moncloa, del Arzobispado y de Capitanía. Más que nada por quedarnos tranquilos, por asegurarnos de que realmente el golpe había sido conjurado y no había ningún nostálgico descerebrado que no hubiera aceptado complacientemente el cambio de planes de última hora. Todo el día pasó sin ningún incidente fuera de los esperados, ocasionados por chavales radicales de uno y otro signo que no tienen la tolerancia entre los vocablos de su diccionario.

Al finalizar la jornada y haber terminado las ediciones de los periódicos nos juntamos en el Café Central, debajo de mi redacción, a celebrar,

arropados por la música del pianista de jazz argentino Horacio Icasto, que el golpe no hubiera sido más que una pesadilla, una broma de mal gusto que nos había gastado la historia y que de paso había servido para purgar las oxidadas tuberías de los desagües de las dos instituciones que más se empezaban a cuestionar en la sociedad española de aquellos primeros años de democracia. Nos sentíamos como si hubiéramos respirado una bocanada de aire fresco después de haber estado parados varios días en un túnel sin ventilación alguna.

Pero sirvió para algo más. Sirvió para que Julián se diera cuenta de que desde dentro de la Iglesia sería muy difícil conseguir avanzar hacia lo que él creía que debería ser la sociedad. Quizá lo haya dicho ya en multitud de ocasiones, pero el cambio que se produjo en Julián no fue originado por que la Iglesia estuviera involucrada en la trama de aquel golpe, ni quizá en el del 81, ni porque tuviera entre sus filas a individuos tan reaccionarios e intransigentes como los que nos hemos encontrado en estas páginas.

No, que la Iglesia es como es ya lo sabía Julián antes de esta aventura. El verdadero motivo fue el darse cuenta que desde fuera se podía hacer

Improntuario de una crisis de fe

más y más diligentemente que siendo un mero sacerdote. Y aún hubo otro motivo de mucho más peso, pero me imagino que no hará falta que aclare a qué me refiero.

15 – Hasta hoy

Al día siguiente del referéndum había pesadumbre entre los chavales del Johnny y de los del MIJ. A la entrada del colegio mayor se podía ver la pancarta preparada para la celebración del día anterior perfectamente doblada, virgen de fiestas y de alegrías. Julián todavía no tenía una opinión al respecto; no había tenido tiempo ni de pensar en si sería bueno o no la permanencia en la OTAN, eso era un tema que en aquél momento le preocupaba bastante poco, pero intentaba animar a sus amigos tratando de hacerles ver el lado positivo de permanecer en la escena internacional después de haber pasado muchas décadas aislados del resto del mundo y el hecho de haber entrado en la Comunidad Económica Europea y de haber ratificado nuestra permanencia en el tratado nos hacía jugadores de pleno derecho en

Improntuario de una crisis de fe

las decisiones internacionales y no unos meros espectadores o ni aún eso, tal y como había pasado en los años de la autarquía y el aislamiento.

Hasta ese día la política no había influido en su vida ni en su forma de hacer las cosas. Pero ese 13 de marzo de 1986, Julián tuvo dos conversaciones telefónicas que dirigieron el rumbo de su futuro hacia un destino que nunca podría haber pensado, por lo menos antes de que ocurriera todo lo que aquí estoy contando.

La primera llamada fue realizada desde El Vaticano. El mismísimo Karol Wojtyla telefoneó a Julián para darle las explicaciones que creyó necesarias, darle instrucciones y realizarle un ofrecimiento.

En cuanto a las explicaciones le dijo que había mandado a Rosini a trabajar en una oficina administrativa, al Arzobispo a un monasterio benedictino y a los demás implicados –de los que no dio más indicaciones– los repartió por diferentes parroquias de la geografía española e italiana. Confiaba en que estuvieran todos los implicados, pero no podía estar seguro. Lo que sí que le podía asegurar es que todo había pasado

y que ahora se aseguraría mucho más de quién nombraba como colaborador en el Gobierno vaticano.

Las instrucciones fueron más claras que las explicaciones y aún más escuetas y concretas si cabe, quizá para evitar comentarios ni dudas. Julián debía de olvidar todo lo que había pasado y no hablar de ello con nadie. No dijo nada más y lo dejó bien claro, ni siquiera en su círculo más cercano.

El ofrecimiento ya se lo había adelantado Marini justo antes de morir asesinado, supuestamente a manos de algún compañero o de algún mercenario a sueldo de Rosini o de alguna de las innumerables sectas que adornan la Iglesia. Le ofrecía la posibilidad de ser el nuevo Arzobispo de Madrid para dar un impulso a esa institución tan deteriorada en los últimos años a manos de una marioneta de Rosini.

La respuesta de Julián fue contundente, al menos tan clara como las instrucciones que le había dado el Papa.

— Se lo agradezco Santidad, pero no sólo he de declinar su ofrecimiento sino que voy a colgar la sotana. Voy a dejar el sacerdocio. Es

una decisión inamovible y le agradecería que no la cuestionara ni intentara convencerme de lo contrario. Creo que mi vida ha de ir por otros derroteros. Como decía Hobbes en su *Leviatán*, la felicidad implica un progreso constante; consiste en prosperar, no en haber prosperado.

El Papa no intentó convencerle ni decirle nada más. Sólo se despidió recordándole a Julián la necesidad de que olvidara todo lo ocurrido por el bien de la Iglesia y de la sociedad en su conjunto y reconociéndole el compromiso de sus acciones con la verdadera fe y con el rumbo que ambos creían que debía de tomar la Iglesia.

Julián se comprometió a mantener el secreto como agradecimiento a su actuación, rápida y eficaz, para conjurar el golpe, aunque le dijo que no podría evitar hablar de ello con los que le habían acompañado en esa pesadilla, refiriéndose sobre todo a Elena y a mí.

Elena estaba tumbada desnuda en la cama de la habitación de Julián en el colegio, cuando oyó pronunciar esas palabras. No podía creer lo que estaba oyendo, Julián diciéndole al mismísimo Papa que pasaba de él. Nada más colgar, se abalanzó en los brazos de Julián, cayendo los

Improntuario de una crisis de fe

dos al suelo, comenzando a reír compulsivamente.

Después de hacer el amor, esta vez sin ningún sentimiento de culpa ni cigarrillo de marihuana de por medio, fue Julián quien realizó una llamada. Llamaba a la sede del partido comunista, preguntando por Santiago Carrillo. Después de hablar con varias personas, casi llegando a la desesperación, consiguió contactar con el entonces presidente del partido.

- Voy a aceptar su ofrecimiento.
- ¿A qué te refieres? –preguntó Carrillo–. ¿A unirte a nosotros?
- Sí. Creo que desde la política podré hacer más y más rápido que desde la Iglesia. Está claro que son los políticos los que dirigen los designios de la sociedad y que hoy en día desde el púlpito no se consigue nada, o al menos nada de lo que yo pretendo conseguir.
- Me alegro de que te hayas dado cuenta. ¿Y qué vas a hacer con las clases?
- Seguiré dándolas. Aunque no creo que tenga tantos alumnos un ex cura comunista que predica en contra de la Iglesia. Es tan obvio que

a nadie le extrañará.

– Bueno, el hecho de que ese “comunista” sea un sacerdote rebotado le da más credibilidad a lo que diga.

– No creo. Normalmente todos los curas rebotados son bastante beligerantes en contra de la Iglesia. Pero yo seguiré siendo coherente conmigo mismo y seguiré enseñando como hasta ahora. El que quiera aprender lo hará y el que no, pues que le vaya bien. Lo que sí quiero hacer es seguir empujando el MIJ y apoyarlo con el partido para conseguir lo que consideramos justo.

– Y necesario. Por cierto –dijo Carrillo–, me imagino que no podrás ni querrás hablar del tema y que negarás la mayor, pero algún día me contarás todo lo que has pasado con el golpe.

– ¿Cómo sabe usted eso? –preguntó Julián sorprendido–.

– Todos lo sabíamos. Felipe, Fraga, Suárez, yo, ... Ya estaba preparado todo para combatir a los golpistas; por suerte había más gente a este lado de la línea que del otro. Desde el 23-F hemos sido mucho más prudentes y tenemos informadores en todas partes. Ya verás

Improntuario de una crisis de fe

cuando te vayas introduciendo en este mundo de la política que la información no es que sea el cuarto poder. Es el primero y casi el único. Y las conjuras, conspiraciones y tráfico de información es el pan nuestro de cada día. La política no es tan altruista y objetiva como te imaginas y como cabría esperar, sino que es un charco de barro en el que quien más o quien menos está manchado. Hasta los tobillos o hasta el cuello, pero no nos salvamos nadie. Quiero dejarte esto claro para que luego no te lleves sorpresas. Y por cierto, no me trates de usted.

En pocos días la vida de Julián dio un giro de ciento ochenta grados. Dejó la Iglesia, se afilió al partido y se fue a vivir con Elena a un apartamento en la calle Espoz y Mina, muy cerca de mi redacción y del Café Central. Le ofrecieron quedarse en el colegio a modo de subdirector del centro, pero él se iba porque quería vivir con Elena y eso en el colegio no lo podía hacer en toda su dimensión. Quería vivir todo.

En las elecciones de 1986 se presentó como número dos por Madrid en la lista de Izquierda Unida, coalición de partidos de izquierda fundada para esas elecciones y cuya formación estuvo dirigida por Julián. En aquellas elecciones resultó

Improntuario de una crisis de fe

elegido como diputado y pasó a formar parte de la mesa de la Comisión de Educación y Política Social, de la que ha sido presidente en varias ocasiones.

Hoy en día Elena y Julián siguen viviendo en el mismo apartamento y se les puede ver casi a diario escuchando música en el Café Central. Ahora, aparte de su trabajo en el partido y en el Congreso, así como sus clases en la facultad de Ciencias Políticas, que siguen tan llenas como siempre, Julián está volcado en salvar al Johnny. Parece que la crisis ha tocado a la caja de ahorros propietaria del colegio y está en negociaciones con el PSOE para intentar rescatarlo como colegio mayor para estudiantes progresistas con una vocación de servicio público o conseguir que la caja lo remodele de veras ya que esa es la excusa que han puesto para su cierre y así dejar a cientos de estudiantes universitarios sin residencia para el próximo curso.

Ahora entenderás por qué quería contar esta historia. Sé que te costará creer lo que te he contado, pero te aseguro que todo lo que te relato es cierto, o al menos así nos lo cuenta nuestra memoria, la de Julián, la de Elena, la de

Improntuario de una crisis de fe

Tomás, la mía. Seguimos siendo muy buenos amigos los cuatro y no hemos permitido que nada nos separe. Necesitamos hablar de vez en cuando de lo que pasó y sólo lo podemos hablar tranquilamente entre nosotros. Pero al final hemos decidido dar a conocer nuestra versión de los hechos. Bueno, nuestra versión y de momento la única; supongo que así seguirá por mucho tiempo.

Todo el mundo debe saber lo que pasó. Está claro que nada ni nadie va a poder ni con la Iglesia ni con el Ejército, pero queremos contribuir a poner a cada uno en su sitio. Y como bien dice Julián, «quien quiera creer en mí, creerá, pero hay que tener fe».